

El Evangelio de Tomás

Un comentario · los 114 logia

JAVASCUS

Índice

Nota preliminar del original

Logion 1 — La interpretación como puerta

Logion 2 — Buscar, turbarse, reinar, descansar

Logion 3 — Dentro y fuera de vosotros

Logion 4 — El anciano y el recién nacido

Logion 5 — Delante de tu rostro

Logion 6 — No mintáis

Logion 7 — Comer al león

Logion 8 — El pez grande

Logion 9 — La tierra que ya eres

Logion 10 — El fuego arrojado

Logion 11 — Lo que no puede morir dos veces

Logion 12 — ¿Quién será grande sobre nosotros?

Logion 13 — No soy tu maestro

Logion 14 — Lo que sale de la boca

Logion 15 — El que no nació de mujer

Logion 16 — Fuego, espada, guerra

Logion 17 — Lo que ningún ojo ha visto

Logion 18 — El principio y el fin

Logion 19 — Antes de llegar a ser

Logion 20 — El grano de mostaza

Logion 21 — El campo que no es vuestro

Logion 22 — Hacer de los dos uno
Logion 23 — Uno entre mil
Logion 24 — El hombre de luz
Logion 25 — Como a la niña de tu ojo
Logion 26 — La viga en tu ojo
Logion 27 — Ayunar respecto al mundo
Logion 28 — Ebrios, no sedientos
Logion 29 — La riqueza en la pobreza
Logion 30 — Donde hay uno
Logion 31 — El profeta en su aldea
Logion 32 — La ciudad sobre el monte
Logion 33 — La lámpara sobre el candelero
Logion 34 — Ciego que guía a ciego
Logion 35 — Atar al fuerte
Logion 36 — Sin cuidado por el vestido
Logion 37 — Desnudos sin vergüenza
Logion 38 — Los días en que me buscaréis
Logion 39 — Las llaves escondidas
Logion 40 — La vid plantada fuera
Logion 41 — Al que tiene en su mano
Logion 42 — Sed transeúntes
Logion 43 — El árbol y el fruto
Logion 44 — La blasfemia imperdonable
Logion 45 — De la abundancia del corazón

Logion 46 — Hacerse pequeño
Logion 47 — Dos caballos, dos arcos
Logion 48 — Los dos que hacen la paz
Logion 49 — Solitarios y elegidos
Logion 50 — Venimos de la luz
Logion 51 — Ya ha llegado
Logion 52 — Los veinticuatro profetas
Logion 53 — La circuncisión verdadera
Logion 54 — Bienaventurados los pobres
Logion 55 — Odiar padre y madre
Logion 56 — El mundo como cadáver
Logion 57 — La cizaña y el trigo
Logion 58 — El que ha sufrido
Logion 59 — Mirad al Viviente mientras vivís
Logion 60 — El cordero y el reposo
Logion 61 — Los dos en el lecho
Logion 62 — Que tu izquierda no lo sepa
Logion 63 — El rico y sus graneros
Logion 64 — Los invitados que se excusaron
Logion 65 — La viña arrendada
Logion 66 — La piedra desechada
Logion 67 — Quien lo conoce todo pero no a sí mismo
Logion 68 — Perseguidos en el corazón
Logion 69 — Los que tienen hambre

Logion 70 — Lo que tienes dentro
Logion 71 — Derribaré esta casa
Logion 72 — El repartidor
Logion 73 — La mies y los obreros
Logion 74 — Muchos en torno al pozo
Logion 75 — Solo el solitario
Logion 76 — La perla
Logion 77 — Parte la madera, ahí estoy
Logion 78 — ¿Qué salisteis a ver?
Logion 79 — Dichoso el vientre que no concibió
Logion 80 — Quien ha conocido el cuerpo
Logion 81 — Que el rico renuncie
Logion 82 — Cerca del fuego
Logion 83 — Las imágenes y la luz
Logion 84 — Vuestras imágenes anteriores
Logion 85 — Adán no era digno
Logion 86 — Dónde reclinar la cabeza
Logion 87 — Cuerpo que depende de cuerpo
Logion 88 — Los ángeles y los profetas
Logion 89 — El interior de la copa
Logion 90 — Mi yugo es suave
Logion 91 — Leer el rostro del cielo
Logion 92 — Buscad y encontraréis
Logion 93 — No deis lo santo a los perros

Logion 94 — Quien busca encontrará
Logion 95 — Prestad a quien no devuelva
Logion 96 — La levadura
Logion 97 — La jarra agujereada
Logion 98 — La espada en la pared
Logion 99 — Los que hacen la voluntad
Logion 100 — Lo que es mío, dádmelo
Logion 101 — Amar y odiar como yo
Logion 102 — Los fariseos y el pesebre
Logion 103 — Dichoso el que sabe por dónde entran
Logion 104 — Cuando el novio salga
Logion 105 — Hijo de prostituta
Logion 106 — Hijos del hombre
Logion 107 — La oveja mayor
Logion 108 — Quien beba de mi boca
Logion 109 — El tesoro en el campo
Logion 110 — Quien ha encontrado el mundo
Logion 111 — Los cielos se enrollarán
Logion 112 — Ay de la carne y del alma
Logion 113 — Extendido sobre la tierra
Logion 114 — Hacerse varón

Javascus · los 114 logia

Fuente inmutable. Documento aportado por Javier el 20 26-08-18 (*`Evangelio\_de\_Tomas\_Comentario-7.docx`*). 60 .317 palabras de comentario sobre los 114 logia. Cada logion trae **título propio**, el dicho, el comentario y una línea de **rutas** (``) que propone saltos a logiones emparentados. Ese sistema de rutas es el que convierte el libro en un texto navegable — es la base de la app de navegación. La «Nota sobre esta edición» del original deja un **prólogo conceptual pendiente de redacción** entre corchetes. Se conserva tal cual: no se inventa.

Nota preliminar del original

El Evangelio de Tomás

Un comentario

Javascus

Los 114 logia

Nota sobre esta edición

[Prólogo conceptual — pendiente de redacción. Fijará el vocabulario del libro: el Viviente, la consciencia una, hacerse uno solo (*oua ouōt*), el reposo (*anapausis*), el solitario (*monachos*).]

Cada logion lleva un título propio y se cierra con una línea de rutas () que propone saltos de lectura: además del recorrido lineal, el libro puede navegarse siguiendo estos caminos, como una red. Las referencias entre paréntesis (Logion N) señalan conexiones de paso; las notas en cursiva al final de algunos comentarios invitan explícitamente al salto. Las variantes textuales entre la versión copta de Nag Hammadi y los fragmentos griegos de Oxirrincos se recogen en el Apéndice de variantes.

Logion 1 — La interpretación como puerta

Estas son las palabras secretas que pronunció Jesús el Viviente, y que escribió Dídimo Judas Tomás. Y él dijo: Quien encuentra la interpretación de estas palabras no gustará la muerte.

Lo primero que llama la atención es que el evangelio no promete salvación por creer, pertenecer o obedecer. Promete algo por encontrar la interpretación. Es decir: el umbral no es la fe sino la comprensión, y no una comprensión académica, sino un hallazgo. La palabra griega subyacente evoca la búsqueda que culmina en descubrimiento — el mismo verbo del Logion 2: «que el que busca no deje de buscar hasta que encuentre». Tomás inaugura así un cristianismo hermenéutico donde el texto no es doctrina sino espejo, y donde interpretarlo correctamente es, en el fondo, interpretarse a uno mismo.

Y esto tiene todo el sentido. Si la consciencia humana no está separada de Dios — si lo que llamamos «yo» es, en su raíz, la misma consciencia divina mirándose a través de un rostro particular — entonces el problema humano nunca fue la distancia sino la ignorancia de la no-distancia. No hay un abismo que cruzar; hay un malentendido que disolver. Y un malentendido no se resuelve con sacrificios ni méritos: se resuelve con comprensión. Por eso el Logion 1 pone la interpretación, y no la creencia, como puerta. La gnosis que Tomás propone no es información secreta sobre otro mundo, sino el reconocimiento directo de lo que ya es el caso en este

.
Nótese también quién habla: «Jesús el Viviente». No el Jesús histórico como figura del pasado, ni el Cristo resucitado como evento externo, sino el Viviente: la Vida misma en tanto que habla. El Viviente es la presencia consciente que anima toda experiencia, ese «Yo Soy» anterior a cualquier biografía. Cuando ese Viviente dice «quien encuentre la interpretación de estas palabras», podemos oírlo en dos niveles. En el nivel obvio, «estas palabras» son los 114 dichos que siguen. En el nivel profundo, las palabras del Viviente son el mundo mismo: cada experiencia, cada instante, es un dicho de Dios esperando ser leído. Encontrar su interpretación es aprender a leer la realidad como autorevelación de la conciencia, no como colección de objetos ajenos.

¿Y qué significa entonces «no gustará la muerte»? La promesa no es inmortalidad biológica — sería una lectura literal que el propio evangelio, obsesionado con lo oculto tras lo aparente, desaconseja. «Gustar la muerte» es experimentarla como real, saborearla como aniquilación del ser. Quien vive identificado exclusivamente con el cuerpo-mente, con el personaje separado, gusta la muerte constantemente: la anticipa, la teme, la sufre por adelantado en cada pérdida. Pero quien encuentra la interpretación — quien descubre que aquello que verdaderamente es, en él, es la conciencia sin bordes que nunca nació como objeto — descubre simultáneamente que eso no puede morir. No porque dure para siempre en el tiempo, sino porque no está en el tiempo: el tiempo aparece en ella. La muerte pierde su sabor porque pierde su sujeto. Muere la ola; el agua no gusta esa muerte.

Hay aquí una inversión hermosa de la lógica religiosa habitual. Normalmente se nos dice: primero muere (al pecado, al mundo, al cuerpo) y luego vivirás. Tomás dice: primero comprende, y verás que nunca hubo nadie separado que pudiera morir. La inmortalidad no se gana; se reconoce. Es la estructura misma del despertar en las tradiciones contemplativas — el Advaita Vedanta diría que el jñani no alcanza la liberación sino que descubre que jamás estuvo atado; el Maestro Eckhart, dentro del propio cristianismo, diría que hay en el alma un fondo increado donde Dios y el alma son uno sin distinción.

Finalmente, el Logion 1 encierra una paradoja deliberada: ofrece la clave del libro antes del libro, y esa clave es que el lector deberá fabricarla. Nadie puede darte la interpretación, porque la interpretación eres tú comprendiéndote. El evangelio no puede ser explicado desde fuera sin traicionarse; solo puede ser realizado desde dentro. Por eso son «palabras secretas»: no porque se escondan, sino porque solo se abren a quien mira desde el lugar del que brotaron — la consciencia viva, que en ti lee ahora mismo estas líneas, y que nunca, en ningún momento, ha estado separada de Aquello que las pronunció.

Camino desde aquí: 2 · 108 · 111

Logion 2 — Buscar, turbarse, reinar, descansar

Jesús dijo: Que el que busca no cese de buscar hasta que encuentre. Y cuando encuentre, se turbará; y cuando se haya turbado, se maravillará, y reinará sobre el Todo.

Si el Logion 1 puso la interpretación como puerta, el Logion 2 describe el camino que atraviesa esa puerta. Y lo describe como una secuencia precisa: buscar, encontrar, turbarse, maravillarse, reinar. No es una lista de virtudes ni un código moral; es una fenomenología del despertar. Tomás no dice qué creer sino qué esperará sentir. Esa precisión psicológica es la firma de un texto escrito desde la experiencia, no desde la especulación.

Buscar sin cesar. El mandato inicial parece obvio, pero contiene una advertencia sutil: la mayoría de las búsquedas se detienen de masiado pronto. Se detienen en una doctrina, en un maestro, en una experiencia cumbre que el ego convierte en trofeo. «No cesar hasta encontrar» significa no aceptar sustitutos del hallazgo real. Hay aquí una ironía fundacional: lo buscado es el buscador. La conciencia rastrea el mundo entero buscando a Dios, y Dios es precisamente aquello que mira a través de sus ojos. Por eso la búsqueda debe ser agotadora y agotarse: no porque el objeto esté lejos, sino porque hay que descartar todos los lugares donde no está — es decir, todos los objetos — hasta que solo quede el sujeto puro. La búsqueda no produce el hallazgo; lo que produce es el colapso de la dirección equivocada de la mirada.

Cuando encuentre, se turbará. Aquí Tomás se separa de toda espi

ritualidad complaciente. El hallazgo no es primero éxtasis: es primero conmoción. ¿Por qué? Porque lo que se encuentra desmiente todo lo que el buscador creía ser. Descubrir que no hay separación entre tu consciencia y Dios es simultáneamente descubrir que el «tú» que buscaba — el personaje delimitado, autor de sus actos, dueño de su vida — nunca existió como entidad independiente. Toda identidad construida durante décadas se revela como oleaje en la superficie de algo sin nombre. La turbación es el duelo del ego ante su propia transparencia. Las tradiciones lo conocen bien: la «noche oscura» de Juan de la Cruz, el «gran vacío» del zen, el temblor de Arjuna ante la visión de la forma universal. Todo más lo pone en el mapa para que nadie confunda la crisis con el fracaso: turbarse no es señal de haberse perdido, sino de haber encontrado.

Cuando se haya turbado, se maravillará. La secuencia continúa porque la turbación, atravesada y no evitada, se transfigura. Lo que primero pareció aniquilación se revela como liberación. El asombro llega cuando se comprende que nada se ha perdido salvo una frontera imaginaria: el mundo sigue ahí, el cuerpo sigue ahí, pero todo brilla ahora como manifestación de una sola consciencia. Esta maravilla no es asombro ante algo extraordinario, sino ante lo ordinario visto sin el filtro de la separación: que haya experiencia en absoluto, que el ser se sepa a sí mismo, que esta taza, esta luz, este instante sean Dios ocurriendo. Es el «asombro» que Platón puso al inicio de la filosofía, devuelto a su raíz mística.

Y reinará sobre el Todo. El lenguaje parece imperial, pero el reinado no es dominio sino identidad. No reinas sobre el Todo como un monarca sobre territorio ajeno; reinas porque descubres que

el Todo no es otro que tu propia naturaleza. La consciencia no está en el universo: el universo aparece en la consciencia, como el sueño aparece en el soñador. El soñador «reina» sobre su sueño no porque lo controle, sino porque nada en el sueño está hecho de otra sustancia que él. Ese es el señorío que promete Tomás: la soberanía de saberse el sustrato de toda experiencia, invulnerable no por poder sino por no tener afuera.

Y descansar. La versión griega del dicho añade un quinto paso — «y habiendo reinado, descansará» (véase el Apéndice de variantes) — con la palabra que quizá sea la clave de todo el evangelio: reposo (anapausis). El fin del camino no es poder ni conocimiento acumulado, sino descanso — el cese de la búsqueda porque cesó el buscador separado. Es el sábado interior: Dios descansando en Dios. La agitación humana era, toda ella, el esfuerzo de la ola por llegar al océano. Cuando comprende que nunca fue otra cosa que agua, no le queda nada por alcanzar. Queda el vivir mismo, ligero, sin peso metafísico: buscar terminó, encontrar terminó, y lo que resta es ser lo hallado.

Camino desde aquí: 1 · 50 · 90

Logion 3 — Dentro y fuera de vosotros

Jesús dijo: Si los que os guían os dicen: «Ved, el Reino está en el cielo», entonces las aves del cielo os precederán. Si os dicen: «Está en el mar», entonces los peces os precederán. Más bien, el Reino está dentro de vosotros y está fuera de vosotros. Cuando os conozcáis a vosotros mismos, entonces seréis conocidos, y sabréis que sois hijos del Padre Viviente. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, entonces habitáis en la pobreza, y sois la pobreza.

Este logion es, quizá, la declaración más subversiva de todo el evangelio, y comienza con una sátira. Jesús ridiculiza a «los que os guían» — toda autoridad religiosa que localiza lo divino en otra parte — con un argumento de una lógica demoledora: si el Reino está en el cielo, los pájaros llegan antes que tú; si está en el mar, los peces te ganan. La burla desmonta de un golpe toda espiritualidad de la distancia. Cualquier doctrina que sitúe a Dios en un lugar — arriba, después, más allá — convierte la vida espiritual en un viaje absurdo hacia donde ya viven los animales. Lo que se busca no puede estar en ningún sitio, porque todo sitio es parcial, y Dios no tiene bordes.

La respuesta de Jesús es la fórmula no dual más exacta que produjo el cristianismo primitivo: el Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros. Nótese que no dice solo «dentro» — eso sería interiorismo, la versión invertida del mismo error, un Dios encerrado en la psique privada. Dice dentro y fuera: es decir, en ninguna de las dos regiones y en ambas, porque la frontera misma entre interior y exterior es la ilusión que hay que ver. La consciencia qu

e lee estas palabras no está «dentro» de tu cabeza mirando un mundo «exterior»: dentro y fuera son contenidos que aparecen en ella. El Reino es esa consciencia sin costuras en la que el árbol y el pensamiento sobre el árbol ocurren en el mismo campo indiviso. No hay que ir a él; hay que dejar de dividirlo.

Y entonces el logion da el giro que lo cambia todo: la vía de acceso no es el rito ni la creencia, sino el autoconocimiento. «Cuando os conozcáis a vosotros mismos, seréis conocidos.» La reciprocidad es extraordinaria: conocerte y ser conocido por Dios no son dos actos sino uno, porque el que conoce en ti es lo divino conociéndose. Aquí Tomás converge con el corazón del Vedanta — tat tvam asi, tú eres Eso — y con el «conócete a ti mismo» delfico llevado a su fondo místico: no conocer tu personalidad, tus gustos, tu historia, sino conocer qué eres antes de toda historia. Y lo que se descubre en ese fondo es la filiación: «sabréis que sois hijos del Padre Viviente». Hijo, en gramática mística, no significa criatura subordinada sino misma naturaleza: el hijo del fuego es fuego. Saberse hijo del Viviente es saberse hecho de la misma vida-consciencia que llama Padre a su fuente.

El cierre es de una dureza luminosa: si no os conocéis, no es que tengáis pobreza — sois la pobreza. La miseria humana fundamental no es económica ni moral: es ontológica. Consiste en ser un heredero que mendiga a la puerta de su propio palacio. El ego — la identidad separada — es exactamente eso: infinitud que se experimenta como carencia, plenitud que se vive como hambre. Toda la ansiedad humana, todo el consumo, toda la sed de reconocimiento, son la pobreza operando: el intento de llenar desde fuera lo que solo se colma reconociendo lo que ya se es. Por eso este logion

no ofrece consuelo sino diagnóstico. No dice «Dios os ama a pesar de todo»; dice: mientras no sepas lo que eres, tu existencia entera será la experiencia de la falta. Y su reverso exacto: en el instante del reconocimiento, la pobreza no se remedia — se revela imposible. Nunca faltó nada. El Reino estaba extendido dentro y fuera, esperando no ser alcanzado, sino visto.

Caminos desde aquí: 5 · 51 · 113

Logion 4 — El anciano y el recién nacido

O

Jesús dijo: El hombre viejo en sus días no dudará en preguntar a un niño pequeño de siete días por el lugar de la Vida, y vivirá. Porque muchos primeros se harán últimos, y llegará a ser uno solo.

La imagen es deliberadamente escandalosa: un anciano — el depositario de la experiencia, la autoridad natural de toda cultura antigua — interrogando a un recién nacido de siete días, que ni siquiera habla. ¿Qué puede enseñar quien no sabe nada? Precisamente eso: el no saber. El niño de siete días es, en el simbolismo de Tomás, el ser humano anterior a la división. Aún no ha aprendido su nombre, no sabe que es «alguien», no ha trazado la línea entre yo y mundo. Vive en consciencia indivisa espontánea: pura experiencia sin experimentador separado. Los siete días importan: es el niño antes de la circuncisión del octavo día, antes de la primera marca de identidad, de pertenencia, de pacto social. Antes de entrar en el sistema de las diferencias.

El anciano, en cambio, es la consciencia al final del camino del saber: cargada de conceptos, de logros, de biografía. Y el logion dice que su salvación — «y vivirá» — pasa por preguntar al niño «por el lugar de la Vida». La Vida no está al final de la acumulación sino en el origen que nunca se abandonó. No se trata de regresar a la infancia biológica ni de idealizar la ignorancia: se trata de que el conocimiento maduro se incline ante lo que precede a todo conocimiento. El sabio verdadero es el que ha dado la vuelta complet

a: aprendió todo para descubrir que lo esencial estaba antes del primer aprendizaje. Es el «segundo candor» de los místicos, la mente de principiante del zen: no la ignorancia del que no llegó, sino la transparencia del que volvió.

«Muchos primeros se harán últimos.» En clave social, es la inversión evangélica conocida. En clave contemplativa, es más radical: las jerarquías del saber se invierten porque el criterio cambia. Primero era el que más había acumulado; último será, porque la acumulación misma — de méritos, de conceptos, de identidad — es el obstáculo. En el orden del ser no gana el que más tiene sino el que menos interpone.

Y el final revela hacia dónde apunta todo: «llegarán a ser uno solo» (oua ouōt, «uno único»). No se trata de que el viejo y el niño se lleven bien: se trata de que la polaridad entera — viejo/niño, sabio/ignorante, primero/último — colapse en la unidad que la sostenía. Hacerse «uno solo» es la definición tomasina de la salvación, que reaparecerá en los logia 22 y 106: reunificar lo que la mente dividió. El anciano que pregunta al niño no obtiene una respuesta: se convierte en ella. En él, el final del camino y el origen se tocan, y donde el círculo se cierra ya no hay viejo ni niño — hay Vida, una, sin edad, mirándose desde ambos extremos de la existencia.

Camino desde aquí: 22 · 46 · 106

Logion 5 — Delante de tu rostro

Jesús dijo: Conoce lo que está delante de tu rostro, y lo que te está oculto se te revelará. Pues nada hay oculto que no llegue a manifestarse.

Aquí está, en dos frases, todo el método de Tomás.

Toda religión de misterio promete revelar lo oculto mediante lo oculto: iniciaciones, secretos, cielos. Jesús invierte el vector: lo oculto se revela mediante lo evidente. «Conoce lo que está delante de tu rostro.» No hay que ir a ninguna parte, no hay que atravesar ningún velo: el velo es no mirar. Lo que tienes delante — esta luz, este sonido, esta respiración, este instante exacto — es la manifestación completa de lo divino, y su carácter «ordinario» es solo el nombre que le da una mente distraída. El secreto está escondido en la superficie, que es el último lugar donde el buscador mira, porque busca profundidad y desprecia lo dado.

Pero hay una segunda lectura, más honda, si preguntamos: ¿qué es, exactamente, lo que está delante de tu rostro? Todo. El mundo entero aparece «delante»; lo único que jamás aparece delante es el rostro mismo — el que mira. Conocer lo que está delante de tu rostro es, llevado al límite, descubrir la relación entre lo que aparece y aquello a lo que aparece: darse cuenta de que la escena y el testigo no son dos. En ese reconocimiento, lo oculto por excelencia — la consciencia, que nunca puede verse como objeto porque es lo que ve — se revela en su único modo posible: no apareciendo ante ti, sino como tú.

«Nada hay oculto que no llegue a manifestarse» no es entonces u

na amenaza escatológica ni una promesa de futuro: es una descripción de la estructura de lo real. Lo oculto y lo manifiesto no son dos reinos sino dos modos de mirar el mismo. Dios no se esconde: se muestra tan completamente, tan sin resto, que no queda «otro lugar» desde el que compararlo, y esa evidencia total es su aparente invisibilidad. Como la pantalla en el cine: nadie la ve porque no hay nada en la película que no sea ella.

El logion, así, es la instrucción práctica que faltaba tras la teoría del Logion 3. ¿El Reino está dentro y fuera? Bien: empieza por lo que tienes delante. La puerta de lo Absoluto es lo inmediato. No hay otra. Nunca la hubo.

Camino desde aquí: 6 · 77 · 113

Logion 6 — No mintáis

Sus discípulos le preguntaron: ¿Quieres que ayunemos? ¿Cómo hemos de orar? ¿Hemos de dar limosna? ¿Qué dieta hemos de observar? Jesús dijo: No mintáis, y no hagáis lo que odiáis, porque todo está descubierto ante el cielo. Pues nada hay oculto que no llegue a manifestarse, y nada hay encubierto que permanezca sin revelarse.

Los discípulos hacen las cuatro preguntas de toda religión organizada: ayuno, oración, limosna, dieta. Son las preguntas del hacer religioso — qué prácticas ejecutar para acercarse a Dios. Y Jesús no responde a ninguna. El silencio es la primera enseñanza: responder habría validado el marco, y el marco es el error. Las cuatro preguntas presuponen distancia — un Dios lejano al que se llega mediante técnicas, un mérito que acumular, una cuenta espiritual que saldar. Pero si la consciencia humana y lo divino no están separadas, toda práctica concebida como puente es un puente sobre un río que no existe. Peor: construir el puente afirma el río. Cada acto realizado para llegar a Dios proclama, en su misma estructura, que Dios está lejos. La práctica orientada a la meta perpetúa la ilusión que dice querer disolver.

Lo que Jesús da en su lugar es de una desnudez desconcertante: «No mintáis, y no hagáis lo que odiáis». Ninguna técnica, ninguna disciplina — solo integridad. Y hay que leer despacio, porque no es un mandamiento moral más: es la sustitución de la religión por la transparencia. No mentir, en su fondo, no se refiere solo a no engañar a otros: se refiere a no vivir en la mentira estructural, la de presentarse — ante los demás, ante uno mismo, ante el cielo

— como algo distinto de lo que se es. Y «no hagáis lo que odiáis» apunta a la fractura interna: el estado dividido en que una parte de ti ejecuta lo que otra parte aborrece. Hipocresía hacia fuera, e scisión hacia dentro: son la misma enfermedad, la duplicidad, el ser-dos. El pecado, en Tomás, no es transgredir una norma: es la división misma. La santidad no es pureza sino unidad — que no haya distancia entre lo que eres, lo que sabes, lo que muestras y lo que haces.

La razón que da Jesús sella la lectura: «porque todo está descubierto ante el cielo». No es la vigilancia de un Dios policial que anota infracciones. Es algo más íntimo y más vertiginoso: no existe el lugar privado donde esconderse, porque el que se esconde y aquello de lo que se esconde son la misma consciencia. Mentir es intentar ocultarle algo al propio campo en el que ocurre la mentira. Es la mano queriendo esconderse del cuerpo. Ante el cielo — ante el campo abierto de la consciencia una — todo está ya manifestado, no porque alguien mire desde fuera, sino porque no hay fuera. La duplicidad no es entonces un delito que será castigado: es un imposible que será deshecho. Vivir en la mentira es vivir en tensión contra la estructura de lo real, y esa tensión es, ella misma, el sufrimiento.

Por eso el logion repite la fórmula del dicho anterior — nada oculto que no se manifieste — pero girada del conocimiento a la ética. Allí era una promesa: lo divino escondido en lo evidente se revelará a quien mire. Aquí es una ley: lo humano escondido en la simulación se revelará aunque nadie mire. La misma transparencia del ser que garantiza la revelación de Dios garantiza la imposibilidad del disfraz. Son las dos caras de una física única: en un univers

o que es consciencia sin costuras, ni Dios puede permanecer oculto ni el hombre puede permanecer opaco.

Queda así respondida, por elevación, la pregunta de los discípulos. ¿Qué práctica? Ninguna — o una sola, que no es práctica sino estado: la coherencia total. Cuando no hay mentira, no hace falta oración que repare la distancia, porque no hay distancia; cuando no haces lo que odias, no hace falta ayuno que discipline el deseo, porque el deseo y la voluntad ya son uno. El ayuno verdadero, dirá el Logion 14 llevando esta lógica al extremo, no es abstenerse de comida sino abstenerse de mundo dividido; la limosna verdadera no es dar cosas sino darse. La religión pregunta qué hacer para ser otro. Jesús responde: sé sin fisuras lo que eres, y descubrirás que nunca hizo falta ser otro.

Caminos desde aquí: 5 · 14 · 104

Logion 7 — Comer al león

Jesús dijo: Bienaventurado el león que el hombre come, y el león se hace hombre; y maldito el hombre al que el león come, y el león se hace hombre.

Es el logion más extraño del evangelio, casi un acertijo, y su rareza es funcional: una imagen que la razón no puede digerir obliga a otro tipo de comprensión. El león, en el simbolismo de la época — y Tomás circuló en el Egipto donde lo leyeron los gnósticos — es la potencia animal: la pasión, la ira, el deseo, la fuerza vital pre-personal. No es el mal: es energía sin dirección, magnífica y devoradora. El hombre es la consciencia que puede conocerse. El logion plantea entonces el único drama que existe: ¿quién come a quién?

«Bienaventurado el león que el hombre come.» Comer es la metáfora exacta, y mucho más sabia que las metáforas de guerra. No se dice: bienaventurado el hombre que mata al león. Esta vía no aniquila la pasión, no la reprime, no la amputa — la asimila. Comer algo es convertirlo en tu propia sustancia: el león comido no desaparece, se hace hombre. La fuerza del instinto, integrada por la consciencia, se vuelve intensidad de la consciencia: la ira se hace claridad, el deseo se hace devoción, la potencia animal se hace presencia. Nada se pierde en la transmutación. El santo no es un hombre sin león: es un león plenamente digerido, y por eso su mansedumbre tiene fuerza y su paz no es tibieza.

«Maldito el hombre al que el león come, y el león se hace hombre.» La frase final repite — el león se hace hombre — y ahí está el ge

nio del dicho. Cuando la pasión devora a la consciencia, no se nota: el león resultante parece un hombre. Camina, habla, razona, tiene opiniones. Pero es el instinto disfrazado de persona: la ira que se argumenta, el miedo que planifica, el apetito que se justifica. Es la condición que el evangelio llamó pobreza en el Logion 3 y duplicidad en el 6, vista ahora desde abajo: una vida en la que el yo consciente es fachada y el animal, gobierno. La maldición no es castigo externo — es la descripción de ese estado: ser vivido por fuerzas que no ves, creyendo que eliges.

El logion niega la solución dualista al problema de la pasión. El asceta que combate su león lo mantiene vivo como enemigo; el libertino que lo suelta es devorado por él. Ambos siguen siendo dos. La tercera vía es la única real: reconocer que el león también es consciencia — energía de la misma vida una, no un intruso. Lo que se resiste persiste; lo que se acoge se transforma. Comer al león es mirar de frente la propia sombra hasta que revela su sustancia luminosa. Por eso bienaventurado el león comido, no solo el hombre que come: en la integración ganan los dos, porque descubren que nunca fueron dos. Al final del proceso no queda un vencedor y un vencido: queda un ser humano completo, cuya luz tiene la temperatura de la sangre y cuya fuerza tiene la forma de la paz.

Camino desde aquí: 11 · 70

Logion 8 — El pez grande

Y dijo: El hombre se parece a un pescador sabio que echó su red al mar y la sacó del mar llena de peces pequeños. Entre ellos el pescador sabio encontró un pez grande y hermoso. Arrrojó todos los peces pequeños de vuelta al mar y escogió sin esfuerzo el pez grande. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

La parábola parece calcada de la del tesoro o la perla de los sinópticos, pero Tomás introduce un detalle que lo cambia todo: aquí no se vende nada para comprar nada. No hay transacción, no hay precio, no hay sacrificio heroico. El pescador encuentra el pez grande y suelta los pequeños sin esfuerzo — la expresión copta sugiere facilidad, ausencia de deliberación. Este matiz es toda una teología: la renuncia verdadera no cuesta. Cuando se ha visto lo grande, lo pequeño se suelta solo, como se suelta un caramelo cuando ofrecen un banquete. Si la renuncia duele, es que aún no se ha visto; el esfuerzo por desapegarse es la prueba de que el apego sigue mandando. Tomás no pide sacrificio: pide visión, y deja que la visión haga el resto.

La red llena de peces pequeños es la consciencia y su contenido: la mente sacando del mar del ser su pesca diaria — experiencias, pensamientos, logros, placeres, identidades. Todos vivos, todos brillantes, todos pequeños. Ninguno es malo; son simplemente incapaces de saciar, porque son muchos y parciales, y el hambre humana es hambre de lo uno y lo total. La multiplicidad no se condena: se relativiza. El error no es pescar peces pequeños — es organizar la vida entera como colección de peces pequeños, esperando que la suma de lo parcial produzca plenitud. No la produce jam

ás: mil experiencias finitas no hacen una infinitud, como mil espejos rotos no hacen un rostro.

¿Y el pez grande y hermoso? Está en la misma red. No hay que pescar en otro mar ni con otra red: entre los contenidos de la experiencia ordinaria aparece, para el pescador sabio — la sabiduría es el requisito, no la suerte —, aquello que no es un contenido más: la consciencia misma que sostiene la red, reconocida por fin entre sus propios peces. El pez grande es el sujeto descubierto entre los objetos, lo único de la pesca que no es pescable, y por eso lo único que no se puede perder. Elegirlo no es optar por una experiencia mejor: es reconocer aquello que estaba presente en todas y a gotado por ninguna.

Devolver los peces al mar — no destruirlos: devolverlos — es el gesto final de la sabiduría. El mundo no se abandona; se le permite volver a su elemento. Las cosas pequeñas, liberadas de la exigencia imposible de ser lo Absoluto, recuperan su sitio y su gracia: el trabajo vuelve a ser trabajo, el placer, placer, sin cargar con el peso de tener que salvarse. Quien encuentra el pez grande no pierde el mar: lo gana entero, porque deja de exigirle lo que solo lo grande puede dar. Y quien tenga oídos, que oiga: la pesca ya está hecha. La red ya está llena. Solo falta el reconocimiento.

Camino desde aquí: 76 · 107

Logion 9 — La tierra que ya eres

Jesús dijo: He aquí que salió el sembrador, llenó su mano y arrojó. Algunas semillas cayeron en el camino; vinieron los pájaros y las recogieron. Otras cayeron sobre la roca, y no echaron raíz en la tierra ni hicieron germinar espiga hacia el cielo. Otras cayeron entre espinos; estos ahogaron la semilla, y el gusano se las comió. Y otras cayeron en la tierra buena, y dio buen fruto hacia lo alto: produjo sesenta por medida y ciento veinte por medida.

Es la parábola más conocida de Jesús, pero en Tomás aparece desnuda: sin la explicación alegórica que los sinópticos añaden después, sin la decodificación oficial de qué significa cada terreno. Esa desnudez es fiel al espíritu del Logion 1: la interpretación no se entrega, se encuentra. El evangelio confía en el lector como el sembrador confía en la tierra.

Y hay que empezar por el sembrador, porque su gesto contiene una teología entera. Llena su mano y arroja — a todas partes, sin seleccionar, sin examinar antes el terreno. La siembra es indiscriminada porque la fuente no dosifica. Lo divino no se ofrece a los dignos: se derrama, como la luz, que no elige las superficies que ilumina. Si la semilla — la presencia, la palabra viva, la posibilidad del despertar — cae en todas partes por igual, entonces la diferencia entre los destinos no está nunca en el dador sino en la receptividad. Nadie está excluido del Reino; hay quien está ocupado.

Los tres terrenos fallidos son tres estados de la consciencia, y cualquiera que se observe con honestidad los reconocerá como propi

os — no como categorías de personas, sino como momentos del propio día. El camino es la superficie endurecida por el tránsito: la mente pisoteada por la repetición, tan transitada por lo conocido que nada nuevo puede penetrarla; allí la semilla ni siquiera entra, y los pájaros — la distracción, lo primero que pasa — se la llevan. La roca es el entusiasmo sin profundidad: la comprensión que germina rápido como emoción y muere pronto porque no atraviesa la superficie del carácter; es el lector de libros espirituales que colecciona iluminaciones de fin de semana. Los espinos son la ocupación: no el mal, sino la maleza de lo legítimo — preocupaciones, proyectos, ansiedades razonables — que crece más rápido que lo esencial y lo ahoga sin necesidad de negarlo jamás. Nadie decide contra la semilla; simplemente no queda sitio. Es la forma moderna por excelencia de la pobreza del Logion 3: una plenitud de agenda que es vaciedad de ser.

¿Y la tierra buena? Aquí la parábola da su fruto más escondido. La tierra buena no hace nada: no se esfuerza, no compite con la semilla, no añade. Solo está — blanda, abierta, disponible. Su única virtud es la receptividad, y la receptividad no es una acción sino la ausencia de obstáculo. Esto invierte la lógica espiritual del mérito: no se trata de cultivar virtudes como quien acumula, sino de retirar lo que impide — ablandar el camino, romper la roca, desbrozar el espino. El crecimiento no es tarea tuya: la semilla sabe crecer, la vida sabe vivir, la consciencia sabe despertar. Toda la agricultura del alma es preparación del suelo; el milagro lo pone otro. O más exactamente: lo pone lo que tú ya eres en el fondo, porque — y este es el secreto que la parábola susurra — la tierra y la semilla no son dos. La consciencia recibe a la consciencia; Dios germina

na en Dios. El fruto «hacia lo alto», sesenta y ciento veinte por medida, es la desproporción característica de lo divino: donde lo real encuentra sitio, no suma — multiplica.

Sobre los terrenos como estados y no como personas, véase el Logion 7: también allí león y hombre no son dos individuos sino dos gobiernos del mismo ser.

Caminos desde aquí: 20 · 57 · 21

Logion 10 — El fuego arrojado

Jesús dijo: He arrojado fuego sobre el mundo, y ved: lo guardo hasta que arda.

La imagen contradice todo Jesús dulcificado. No dice: he traído consuelo, ni paz, ni doctrina. Dice fuego — y arrojado, con el mismo verbo violento de la red y la semilla. Hay en el evangelio de Tomás una familia de gestos de derramamiento: sembrar, echar la red, arrojar fuego. La fuente no negocia su entrega; la precipita.

¿Qué es el fuego? Lo que no puede coexistir con lo que toca sin transformarlo. Una doctrina se puede guardar en la estantería junto a otras doctrinas; una creencia convive pacíficamente con la vida de siempre. El fuego no convive: consume o se apaga. La palabra viva que Jesús arroja no es información sobre lo divino — es lo divino mismo como principio activo, y por eso no puede ser tenida sin que queme. Quien comprende de verdad que su conciencia y Dios no son dos, no añade una idea interesante a su repertorio: pierde el repertorio. Arde la identidad separada, arden las jerarquías del mérito, arde la religión de la distancia con sus ayunos y sus cuentas (Logion 6). El despertar no es un contenido nuevo en la mente vieja: es el incendio de la mente vieja.

Y sin embargo el mundo, a simple vista, no arde. Ahí entra la segunda mitad del dicho, la más enigmática: «lo guardo hasta que arda». El fuego está arrojado y custodiado; la obra está hecha y pendiente. Es la doble condición de lo divino en el tiempo: totalmente dado, no totalmente recibido. Como la semilla del Logion 9 — caída ya en todos los terrenos, germinada solo en algunos —, el fu

ego cubre el mundo en estado latente: brasa bajo la ceniza de la costumbre. «Guardarlo» es la paciencia de lo eterno con lo temporal: la consciencia una no fuerza su reconocimiento, lo espera. Cada ser humano es un punto del mundo donde el fuego puede prender — o seguir guardado otra generación más. La historia entera, vista así, no es el escenario donde se decide si el fuego vencerá: es el proceso de su combustión lenta, tan segura como aplazada. Nada oculto que no se manifieste (Logion 5); nada arrojado que no termine ardiendo.

El dicho deja al lector una pregunta más que una enseñanza, y conviene dejarla encendida: el fuego ya te fue arrojado — ¿en qué parte de tu vida sigue guardado?

Caminos desde aquí: 16 · 82 · 13

Logion 11 — Lo que no puede morir dos veces

Jesús dijo: Este cielo pasará, y pasará el que está sobre él. Y los muertos no viven, y los vivos no morirán. En los días en que comíais lo muerto, lo hacíais vivo. Cuando estéis en la luz, ¿qué haréis? El día en que erais uno, os hicisteis dos. Pero cuando seáis dos, ¿qué haréis?

Cuatro sentencias como cuatro golpes, cada una más honda, hasta a llegar a la pregunta que sostiene el evangelio entero. Conviene recorrerlas en orden, porque el orden es el argumento.

«Este cielo pasará, y el que está sobre él.» Primero cae la cosmología: no solo el mundo es transitorio — también el cielo, y el cielo del cielo. Todo lo que puede ser señalado, por sublime que sea, pertenece al orden de lo que pasa. Es la crítica del Logion 3 elevado al límite: si buscas el Reino en algún lugar, sábetelo que todos los lugares, incluidos los celestiales, tienen fecha. Lo que no pasa no puede ser un sitio ni un objeto: solo puede ser aquello en lo que todos los sitios aparecen y desaparecen.

«Los muertos no viven, y los vivos no morirán.» Parece una obviedad hasta que se ve que redefine ambas palabras. Muertos, aquí, son los que Tomás llama pobres (Logion 3) o comidos por el león (Logion 7): los que existen sin saberse, biografías sin presencia. De ellos se dice, con dureza serena, que no viven — su tiempo transcurre, pero nadie lo habita. Vivos son los que han despertado a lo que son, y de ellos se afirma lo prometido en el Logion 1: no gustarán la muerte. No porque su cuerpo no vaya a cesar, sino porq

ue lo que en ellos dice «yo» ya no está identificado con lo que ces a. La línea divisoria de la humanidad no es entonces la que separa respirar de no respirar: es la que separa ser consciente de serlo, de no serlo.

«Cuando comíais lo muerto, lo hacíais vivo.» El ser humano come cadáveres — plantas segadas, animales muertos — y los convierte en vida, en pensamiento, en este mismo acto de leer. La transmutación de muerte en vida no es un milagro excepcional: es el metabolismo diario. Tomás toma ese hecho y lo vuelve espejo: si ya haces eso con el pan, comprende lo que eres — el punto del universo donde lo inerte se vuelve consciencia. «Cuando estéis en la luz, ¿qué haréis?»: cuando el reconocimiento llegue, ¿qué transmutará entonces tu vida entera, si ya tu cuerpo transmuta la muerte sin pensarlo? La pregunta no tiene respuesta escrita; es una puerta.

«El día en que erais uno, os hicisteis dos.» Esta es la caída según Tomás — no una desobediencia moral, sino una escisión ontológica. Hubo un «día» (no cronológico: estructural, tan actual como cada instante de autoconsciencia dividida) en que lo uno se experimentó como dos: yo y mundo, dentro y fuera, hombre y Dios. Toda la condición humana ordinaria vive de esa fisura. Y la pregunta final — «cuando seáis dos, ¿qué haréis?» — es menos consuelo que espuela: instalados en la división, ¿cuál es vuestro plan? ¿Administrar la fractura indefinidamente? ¿Decorarla con religión, con éxito, con peces pequeños (Logion 8)? El evangelio ya ha dicho lo único que puede hacerse: volver a ser uno solo (Logion 4), de jar que el fuego arrojado prenda (Logion 10). La pregunta queda abierta porque solo el lector puede cerrarla — y porque, bien oída

, no pregunta por el futuro: pregunta qué estás haciendo, ahora mismo, con tu ser-dos.

Caminos desde aquí: 4 · 22 · 106 · 111

Logion 12 — ¿Quién será grande sobre nosotros?

Los discípulos dijeron a Jesús: Sabemos que te irás de nosotros. ¿Quién será grande sobre nosotros? Jesús les dijo: Dondequiera que hayáis venido, iréis a Santiago el Justo, por quien el cielo y la tierra llegaron a ser.

La pregunta de los discípulos merece más atención que la respuesta, porque contiene un diagnóstico. «¿Quién será grande sobre nosotros?»: ante la partida del maestro, lo primero que la mente comunitaria produce es la necesidad de jerarquía. No preguntan cómo custodiar la comprensión, sino quién ocupará el vértice. Es el reflejo del ser-dos (Logion 11) trasladado al grupo: donde hay separación interior, se pide autoridad exterior. El rebaño busca pastor exactamente en la medida en que cada oveja ha olvidado lo que es.

Jesús responde señalando a Santiago el Justo, su hermano, cabeza histórica de la comunidad de Jerusalén — y lo hace con una fórmula desmesurada: «por quien el cielo y la tierra llegaron a ser». Es el elogio que el judaísmo reservaba a los justos perfectos, aquellos por cuyo mérito el mundo se sostiene. Pero nótese qué clase de autoridad se elogia: no el poder, no el cargo, sino la justicia — en el sentido del Logion 6, la coherencia sin fisuras del que es uno consigo mismo. Si alguien ha de ser referencia, que sea alguien transparente; la única jerarquía tolerable es la de la integridad.

Y aun así, el dicho deja un regusto de concesión — como si Jesús respondiera a la pregunta que le hacen, no a la que deberían hacer.

r. La respuesta plena está en el logion siguiente, donde el discípulo que comprende descubre que ya no tiene maestro. Este dicho da a la comunidad lo que la comunidad puede sostener; el próximo muestra lo que queda cuando ya no hace falta sostén. Léidos juntos, forman la bisagra entre religión y conocimiento directo: Santiago para quien necesita a alguien sobre sí; la fuente burbujeante para quien está listo para beber sin intermediario.

Caminos desde aquí: 13 · 6 · 11

Logion 13 — No soy tu maestro

Jesús dijo a sus discípulos: Comparadme, decidme a quién me parezco. Simón Pedro le dijo: Te pareces a un ángel justo. Mateo le dijo: Te pareces a un filósofo sabio. Tomás le dijo: Maestro, mi boca es totalmente incapaz de decir a quién te pareces. Jesús dijo: No soy tu maestro; porque has bebido, te has embriagado del manantial burbujeante que yo he medido. Y lo tomó, se retiró, y le dijo tres palabras. Cuando Tomás volvió con sus compañeros, estos le preguntaron: ¿Qué te ha dicho Jesús? Tomás les dijo: Si os dijera una de las palabras que me ha dicho, tomaríais piedras y me las arrojaríais; y de las piedras saldría fuego y os quemaría.

Aquí está la escena central del evangelio, su autorretrato: el momento que explica por qué este libro lleva el nombre de Tomás. Y comienza con un examen que no es de doctrina sino de percepción: «decidme a quién me parezco». La pregunta es una trampa a morosa, porque toda respuesta que compare ya ha fallado. Comparar es colocar en una clase, y lo que Jesús es — la Vida viviente, el Viviente del prólogo — no pertenece a ninguna clase, porque es aquello en lo que aparecen todas.

Las dos primeras respuestas son los dos grandes malentendidos, y siguen siendo los nuestros. Pedro dice: un ángel justo — la respuesta religiosa: te sitúo arriba, en la jerarquía celeste, ser superior ante el que me inclino. Mateo dice: un filósofo sabio — la respuesta intelectual: te sitúo en la cultura, maestro de ideas del que tomo conceptos. Religión y filosofía: las dos maneras de mantener la distancia, una por veneración, otra por comprensión. Ambas co

nvierten al Viviente en objeto — sublime o interesante, pero objeto: algo ahí enfrente, distinto de quien mira.

Tomás no responde: confiesa la imposibilidad de responder. «Mi boca es totalmente incapaz.» No es modestia ni ignorancia — es la única exactitud disponible. Ha reconocido que lo que tiene delante no está delante: que la naturaleza de Jesús y la suya propia son la misma consciencia sin nombre, y lo sin-nombre no se deja comparar porque no hay un segundo término desde el que medirlo. Su silencio es conocimiento en estado puro, la docta ignorancia: sabe qué es Jesús precisamente porque sabe que no puede decirlo. Toda palabra habría sido menos.

Y entonces Jesús pronuncia la frase que abole la religión entera: «No soy tu maestro». El vínculo maestro-discípulo, con toda su belleza, es todavía relación entre dos — arriba y abajo, el que tiene y el que recibe. En el instante en que Tomás ve, la relación se disuelve, no por ruptura sino por cumplimiento: «te has embriagado del manantial burbujeante que yo he medido». La imagen lo dice todo. El maestro no da su agua: mide el acceso al manantial — y el manantial no es suyo. Es la fuente común, el fondo viviente del que ambos brotan. Mientras el discípulo cree beber del maestro, hay dos; cuando descubre que bebe del mismo manantial que el maestro, la verticalidad se vuelve hermandad en la fuente. La embriaguez es el estado del que ya no puede sostener la ficción de la distancia: borracho de lo mismo que es.

Las tres palabras que Jesús le dice aparte han hecho correr ríos de tinta: ¿el nombre divino, una fórmula iniciática, «yo soy tú»? El evangelio calla, y su silencio es más instructivo que cualquier hi

pótesis. Lo transmitido en ese aparte no se escribió porque no puede escribirse: no era información sino reconocimiento, y el reconocimiento no viaja en frases — cada uno debe beber por su boca. Un secreto publicado seguiría siendo secreto para quien no ha visto, y es innecesario para quien sí. Lo que se puede decir de lo esencial no es lo esencial; el libro entero es la medida del manantial, nunca el agua.

Queda la amenaza final, la más extraña: si Tomás hablara, lo apedrearían — y de las piedras saldría fuego que quemaría a los lanzadores. Primera mitad: la verdad de la no-separación, dicha en voz alta ante quien vive en la separación, suena a blasfemia suprema; es exactamente el cargo por el que la tradición dice que murió Jesús, y lo que oyó Al-Hallaj cuando gritó «yo soy la Verdad». El ser-dos se defiende con piedras de lo que anuncia su final. Segunda mitad, el prodigio: las piedras mismas traicionarían a quien las lanzan. Porque tampoco las piedras están fuera del fuego arrojado sobre el mundo (Logion 10): la realidad entera está de parte de la verdad que se castiga, y el gesto de suprimirla la libera. Quien apedrea al que ha visto, golpea el pedernal: saca chispas de la propia materia que creía muerta. La verdad no necesita defensa — necesita, a lo sumo, paciencia. Está guardada en todas las cosas, hasta que arda.

Caminos desde aquí: 12 · 108 · 10 · 5

Logion 14 — Lo que sale de la boca

Jesús les dijo: Si ayunáis, os engendraréis pecado; y si oráis, seréis condenados; y si dais limosna, haréis mal a vuestros espíritus. Y cuando entréis en cualquier tierra y caminéis por las regiones, si os reciben, comed lo que os pongan delante, y curad a los enfermos que haya entre ellos. Porque lo que entra en vuestra boca no os contaminará; lo que sale de vuestra boca, eso es lo que os contaminará.

Aquí se cierra el círculo abierto en el Logion 6. Allí los discípulos preguntaron por el ayuno, la oración y la limosna, y Jesús calló sobre las tres, respondiendo con la única práctica real: no mentir. Ahora vuelve sobre las preguntas y las responde — y la respuesta es aún más violenta que el silencio. No dice que las prácticas sean inútiles: dice que dañan. El ayuno engendra pecado, la oración condena, la limosna hiere al espíritu. Ningún texto cristiano antiguo llega tan lejos, y hay que entender por qué Tomás necesita llegar.

La clave no está en los actos sino en su gramática oculta. Ayunar, orar, dar — para qué. Si la práctica se realiza para ganar algo ante Dios, entonces cada acto refuerza las tres mentiras que sostiene la separación: que Dios está lejos (por eso hay que orar hacia allí), que soy culpable o impuro (por eso hay que ayunar), que la santidad se acumula como un capital (por eso la limosna cotiza). El ayuno «engendra pecado» porque fabrica al pecador: nadie se siente tan impuro como el que se purifica sin descanso. La oración «condena» cuando es súplica a la distancia: cada petición reafirma el abismo que dice querer cruzar. La limosna «hace mal al es

píritu» cuando el dar se vuelve transacción: el gesto más hermoso o corrompido en contabilidad. No es la comida, la palabra o la moneda: es el mercado espiritual entero lo que Jesús vuelca, como las mesas del Templo.

¿Y qué pone en su lugar? Dos instrucciones de una sencillez desarmante, dadas al que camina: comed lo que os pongan delante, y curad a los enfermos. La primera abolía, para oídos judíos, el edificio entero de la pureza alimentaria — pero su alcance es mayor que la dieta. «Comer lo que te pongan delante» es la confianza fundamental en lo real: recibir lo que la vida sirve, sin el filtro del puro y el impuro, sin la vigilancia ansiosa del que teme contaminarse de mundo. Es el Logion 5 hecho mesa: lo que está delante de tu rostro no es amenaza sino don. Y la segunda — curad — orienta la energía liberada de las prácticas hacia lo único que importa: el encuentro real con el que sufre. La religión del mérito mira a Dios y da la espalda al enfermo; la vía de Tomás mira al enfermo y descubre que era Dios lo que miraba.

El fundamento final invierte la dirección de la pureza: nada de lo que entra contamina; contamina lo que sale. La impureza no viene del mundo hacia ti — viene de ti hacia el mundo. Lo que sale de la boca — la mentira, la queja, el veneno sutil del juicio — nace del corazón dividido, y esa división es la única mancha que existe. El mundo no puede ensuciarte: es tu ser-dos el que ensucia el mundo. Con lo cual la pregunta espiritual cambia de lugar para siempre: no «¿qué debo evitar que entre?», dieta del cuerpo o de la mente, sino «¿desde dónde sale lo que sale de mí?». Vigilar la fuente, no la aduana. Quien es uno consigo (Logion 6) puede comer cualquier cosa, pisar cualquier tierra, tocar cualquier enfermo: n

o hay nada que proteger, porque no hay dos.

Caminos desde aquí: $6 \cdot 89 \cdot 104$

Logion 15 — El que no nació de mujer

Jesús dijo: Cuando veáis al que no nació de mujer, postraos sobre vuestros rostros y adoradle: ese es vuestro Padre.

El dicho sorprende dentro de Tomás, que lleva catorce logia desmontando la religión de la distancia — y de pronto ordena el gesto religioso máximo: postrarse, adorar. La contradicción es solo a parente, y resolverla es entender el evangelio entero.

Todo lo nacido de mujer es forma: cuerpo, biografía, personaje — incluido el propio Jesús en cuanto figura histórica, incluido todo maestro, toda imagen, todo dios representable. Ante nada de eso ordena Tomás postrarse; ante eso, precisamente, prohibió compararlo el Logion 13. La adoración se reserva para «el que no nació de mujer»: lo que no entró en la existencia por nacimiento, lo que no es forma ni ocupa lugar — lo Innacido. Y como no nació, no puede morir: es el fondo del Logion 1, aquello que no gusta la muerte porque nunca ingresó en la cadena del nacer y el perecer.

¿Pero dónde ver al que no nació? No en un objeto, porque todo objeto nació — apareció, y lo que aparece, desaparece. Solo hay un candidato: la consciencia misma que ve. Nadie ha presenciado el nacimiento de su propia consciencia; para presenciarlo, tendría que haber estado ya ahí. Desde dentro de la experiencia — el único lugar donde alguien ha estado jamás — el ser consciente no tiene fecha de entrada: siempre es ahora, siempre ya. «Ver al que no nació de mujer» es entonces el giro imposible y necesario: reconocer al que mira, no como objeto delante, sino como presencia innacida en la que todo lo nacido aparece. Y de ese reconocimiento di

ce Jesús: ese es vuestro Padre. No un progenitor celeste: la fuente sin origen de la que todo rostro es rostro.

¿Por qué, entonces, postrarse — si el Padre y el fondo de uno mismo no son dos? Porque la postración, aquí, no es sumisión de un ser ante otro: es la caída de la pretensión de ser otro. Postrarse sobre el rostro es, literalmente, deponer el rostro — bajar la cara, la máscara, la persona, hasta el suelo. Es el único culto que Tomás admite porque es el único que no confirma la distancia sino que la funde: el ego rindiéndose a lo que siempre fue su sustancia. Ante lo Innacido no cabe otro gesto, porque no queda nadie de pie que pueda hacer otro. La adoración verdadera no es un acto del yo: es su disolución agradecida.

Caminos desde aquí: 46 · 3 · 50

Logion 16 — Fuego, espada, guerra

Jesús dijo: Quizá los hombres piensan que he venido a arrojar paz sobre el mundo, y no saben que he venido a arrojar divisiones sobre la tierra: fuego, espada, guerra. Porque habrá cinco en una casa: tres estarán contra dos y dos contra tres, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre. Y se mantendrán en pie como solitarios.

Otra vez el verbo arrojar — la semilla, la red, el fuego, y ahora la espada. El Logion 10 dejó el fuego guardado bajo la ceniza; este describe lo que ocurre cuando prende. Y lo primero que hace es destruir una expectativa: la de que la verdad trae paz. Trae paz al final; primero trae guerra, porque la paz que había antes no era paz — era anestesia. La concordia del mundo ordinario es un pacto de sueño compartido: familias, culturas, identidades enteras sostenidas sobre el acuerdo tácito de no mirar. Cuando alguien despierta, rompe el pacto, y el sistema entero lo registra como agresión. El que ve es vivido como espada por los que duermen.

La casa de cinco es la imagen exacta de ese sistema. En su lectura inmediata, la familia: la primera fábrica de identidad, el lugar donde a cada uno se le dijo quién es antes de que pudiera preguntárselo. El padre contra el hijo y el hijo contra el padre: la transmisión rota — porque el que despierta ya no puede heredar sin examen, y el que transmite siente esa pausa como traición. Pero la casa admite una lectura interior que el número invita: cinco en una casa son también los sentidos en el cuerpo, la comisión de la percepción que gobierna por consenso la vida del durmiente. Tres contra dos, dos contra tres: el motín interior del despertar, cuando u

na parte del ser ya ha visto y la otra defiende la casa antigua. Nadie atraviesa el fuego en bloque; la guerra civil es la forma que tiene la transformación mientras dura.

Y el final, que parece derrota, es la victoria: «se mantendrán en pie como solitarios» — monachos, la palabra que dará nombre al monje. Pero el solitario de Tomás no vive en un monasterio: vive en el mundo, de pie, después de la guerra. Solitario no significa aislado ni huérfano de afectos: significa unificado — el que ya no es dos por dentro (Logion 11) y por eso puede sostenerse sin apoyarse en el consenso de la casa. Es la soledad estructural de todo el que ve: nadie puede ver por ti, nadie puede acompañarte al reconocimiento, cada uno bebe por su boca (Logion 13). La espada, al final, no venía a cortar entre las personas: venía a cortar las falsas soldaduras — las identidades prestadas, las paces baratas — para que lo que quede en pie sea de una sola pieza. El fuego divide todo lo compuesto; solo lo uno no puede ser dividido. Por eso la guerra que trae Jesús es, exactamente, la paz: la única que no puede romperse, porque ya no hay dos que puedan enfrentarse.

Caminos desde aquí: 10 · 49 · 75

Logion 17 — Lo que ningún ojo ha visto

Jesús dijo: Os daré lo que ningún ojo ha visto, lo que ningún oído ha oído, lo que ninguna mano ha tocado y lo que no ha subido al corazón del hombre.

Pablo cita una frase casi idéntica como escritura antigua, y las liturgias la repiten desde hace veinte siglos — casi siempre entendiéndola mal, como la descripción de un cielo futuro: maravillas que veremos después, colores que aún no existen, una experiencia superlativa reservada para el final. Esa lectura, tan natural, arruina el dicho. Porque si lo prometido fuera una experiencia futura, sería en el fondo más de lo mismo: algo que el ojo verá, que el oído oír — lo conocido, ampliado. El logion dice otra cosa, y la dice con precisión quirúrgica: lo que se da es lo que ningún ojo ha visto ni verá, lo que ninguna mano tocará jamás. No lo todavía-no-percibido: lo imperceptible por principio.

¿Y qué es imperceptible por principio? Solo una cosa, y no está lejos. El ojo lo ve todo menos el ver; el oído lo oye todo menos el oír; la mano lo toca todo menos el tocar. Y al corazón del hombre — a la mente — sube todo: imágenes, ideas, mundos, dioses; todo menos aquello en lo que sube. La consciencia no puede ser objeto de sí misma, como el fuego no puede quemarse ni el cuchillo cortarse. No es un defecto de nuestros instrumentos: es la firma de su naturaleza. Lo que conoce no comparece entre lo conocido — y por eso el mundo entero puede registrarse mientras lo más íntimo permanece, para toda percepción, en blanco. El regalo de Jesús no es una experiencia nueva: es el experimentador, entregado a sí mismo.

Ahí el verbo «dar» revela su ironía sagrada. ¿Cómo se da lo que el receptor ya es? No se puede entregar como se entrega una cosa — solo se puede despertar. El maestro da lo invisible del único modo posible: girando la atención del discípulo desde lo visto hacia el ver, como hizo con Tomás en el aparte del Logion 13. Por eso el don es a la vez lo más gratuito y lo más inalienable: nadie puede dártelo desde fuera, y nadie puede quitártelo, porque no lo tienes — lo eres. Todo otro regalo se recibe; este se reconoce.

Y sin embargo el dicho no invita al desprecio de los sentidos. Ellos hacen su trabajo perfecto: mostrar lo mostrable. El error nunca fue mirar el mundo; fue esperar que el mundo contuviera, en alguna de sus habitaciones, al dueño de la casa. La frustración religiosa de la humanidad — buscar a Dios y no verlo jamás — no es prueba de su ausencia sino de su posición: no está delante del ojo porque está detrás, no como un objeto escondido sino como la visión misma. Lo que buscabas con la linterna era la luz.

Caminos desde aquí: 5 · 2 · 108

Logion 18 — El principio y el fin

Los discípulos dijeron a Jesús: Dinos cómo será nuestro fin. Jesús dijo: ¿Acaso habéis descubierto el principio, para que preguntéis por el fin? Porque donde está el principio, allí estará el fin. Bienaventurado el que se mantenga en pie en el principio: ese conocerá el fin y no gustará la muerte.

Los discípulos hacen la pregunta escatológica — la pregunta de todas las religiones y de todas las noches de insomnio: ¿cómo terminará esto? El fin del mundo, el fin de la vida, el después. Y Jesús responde con la contra-pregunta que desmonta el tablero: ¿habéis descubierto el principio? La ansiedad por el fin es siempre síntoma de ignorancia del origen. Quien no sabe de dónde brota su existencia proyecta hacia delante la pregunta que no supo hacer hacia atrás — o mejor: hacia dentro. El futuro es el escondite favorito de lo que no queremos mirar en el presente.

«Donde está el principio, allí estará el fin.» La frase parece un enigma y es una topología. El tiempo lineal imagina principio y fin como dos puntos alejados de una recta: nacimiento allá atrás, muerte allá delante, y nosotros en medio, viajando de uno a otro. Pero el principio del que habla Jesús no es un momento pasado: es la fuente presente, aquello de lo que la experiencia brota ahora — como el manantial no es el punto donde el río empezó hace años, sino el lugar donde el agua nace en cada instante. Ese principio no queda atrás: sostiene. Y por eso el fin está «donde» él está: todo lo que emerge de la fuente regresa a la fuente, no al final de una línea sino en la vertical de cada momento. Las olas no viajan hacia el océano: nunca lo dejaron. Principio y fin son los dos nombre

s que el tiempo da a lo que, visto desde la fuente, es un solo latido — aparecer y disolverse en lo mismo.

De ahí la bienaventuranza, formulada con un verbo que hay que tomar en serio: el que se mantenga en pie en el principio. No el que lo visite en meditación los domingos: el que hace de él su lugar de residencia — de pie, como el solitario del Logion 16, estable en el origen mientras la vida sucede. Mantenerse en el principio es vivir identificado con la fuente y no con sus formas: ser el manantial que fluye como esta biografía, y no la biografía angustiada por su desembocadura. A ese, dice Jesús, el fin no le llegará como sorpresa ni como enemigo: lo conocerá — lo reconocerá como el rostro de vuelta de lo que siempre estuvo viendo de ida. Y no gustará la muerte: la promesa del Logion 1 encuentra aquí su mecánica exacta. La muerte solo puede saborearla quien vive en la línea del tiempo, porque solo en la línea hay un punto final. Para el que habita la fuente no hay línea: hay surgir y volver, respiración de lo eterno, y ningún término — porque nada que esté en el principio puede acabarse, y él ya no está en otra parte.

La pregunta de los discípulos queda así, no respondida, sino sanada. Preguntaban por el fin porque se sentían viajeros hacia un abismo. Jesús les devuelve la única orientación que desactiva el vértigo: date la vuelta. No mires hacia donde crees que vas; mira desde donde estás brotando. El futuro no guarda tu secreto. Lo guarda — lo es — el presente en su raíz.

Camino desde aquí: 19 · 49 · 1

Logion 19 — Antes de llegar a ser

Jesús dijo: Bienaventurado aquel que era antes de llegar a ser. Si os hacéis mis discípulos y escucháis mis palabras, estas piedras os servirán. Porque tenéis cinco árboles en el Paraíso que no se mueven ni en verano ni en invierno, y sus hojas no caen. Quien los conozca no gustará la muerte.

La primera frase es un imposible gramatical, y ahí está su función: «bienaventurado aquel que era antes de llegar a ser». ¿Cómo puede alguien ser antes de ser? No puede — si «ser» significa existir como forma, como criatura fechada. La frase solo se abre si distingue dos niveles que el lenguaje confunde en un verbo: el llegar-a-ser, que es el ingreso en el tiempo — nacer, devenir, tener historia — y el ser sin más, que no ingresa en nada porque es el fondo del que todo ingreso emerge. El logion bendice a quien se sabe anterior a su propio nacimiento: no como alma preexistente que esperaba turno, sino como lo Innacido del Logion 15 — la presencia que no llegó a ser porque nunca fue una llegada. Es la misma vertical del Logion 18 dicha en clave de identidad: no solo el principio sostiene cada instante; el principio eres tú. Antes de que Abraham fuera, Yo Soy.

Luego, la promesa extraña: «estas piedras os servirán». En el Logion 13 las piedras escupían fuego contra los que apedreaban al vivo; aquí, las mismas piedras sirven al discípulo. Es la reversibilidad del mundo según el estado de quien lo habita. Para el ser-dos, la realidad es adversaria: las cosas resisten, pesan, golpean. Para quien escucha la palabra viva — para quien ha vuelto al origen — la creación entera cambia de bando, porque nunca tuvo ban-

do: era consciencia esperando ser reconocida, y lo mineral mismo, lo más mudo y muerto del mundo, se revela servicial, hecho de lo mismo que el que lo mira. No es magia sobre las piedras: es paz con la sustancia de lo real.

¿Y los cinco árboles del Paraíso, que no se mueven en verano ni en invierno y no pierden hoja? Los comentaristas antiguos ya especulaban, y quizá el número quiera resonar con otro cinco del evangelio: los cinco de la casa en guerra del Logion 16 — los sentidos, la comisión de la percepción. Aquellos cinco se agitaban, se dividían tres contra dos, vivían de las estaciones del estímulo. Estos cinco son sus dobles transfigurados: los sentidos del Paraíso, la percepción enraizada en el origen. Ver, oír, tocar, gustar, oler — pero desde la fuente, sin el yo separado que convierte cada percepción en apetito o amenaza. Esa percepción no se mueve con las estaciones porque no depende de lo percibido: es el ver del Logion 17, anterior a todo lo visto, siempre verde porque nada exterior lo alimenta ni lo deshoja. El Paraíso, así, no es un jardín perdido atrás ni prometido adelante: es la experiencia misma, cuando la vive el que era antes de llegar a ser. Los árboles están plantados; conocerlos — vivir desde ellos — es la tercera vez que el evangelio lo promete con la misma fórmula: no gustar la muerte. Lo que percibe desde el origen no puede morir con lo percibido.

Caminos desde aquí: 18 · 15 · 16 · 17

Logion 20 — El grano de mostaza

Los discípulos dijeron a Jesús: Dinos a qué se parece el Reino de los cielos. Él les dijo: Se parece a un grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas; pero cuando cae en tierra trabajada, produce un tallo grande y se convierte en abrigo para los pájaros del cielo.

Los discípulos piden una comparación del Reino — la misma trampa del Logion 13, ahora sobre el Reino en vez de sobre Jesús — y Jesús responde con lo más humillante que ofrece la despensa: la semilla más pequeña de todas. La elección es polémica deliberada. Los imperios se comparaban con el cedro del Líbano: alto, majestuoso, visible desde lejos. El Reino, en cambio, no impresionaba. No llega con la evidencia de lo grande sino con la insignificancia de lo que cabe entre dos dedos y se pierde si sopla el viento. Es la ley que el evangelio repite desde el Logion 5: lo divino se esconde en lo que la mirada descarta. Quien espera a Dios en formato monumental lo pisará sin verlo cada mañana.

Y lo pequeño no es solo el tamaño del Reino en el mundo: es su tamaño en la experiencia. El reconocimiento del que habla todo este libro empieza siempre como algo minúsculo — un instante de presencia entre dos pensamientos, una sospecha de que el que mira no es el personaje, un silencio de dos segundos con sabor a fondo. Nada espectacular; nada, sobre todo, comparado con el estruendo de la vida mental. La tentación es despreciarlo: ¿qué puede esa brizna contra cuarenta años de identidad? El logion responde: todo — si cae en tierra trabajada. Ahí está la única condición, y devuelve al lector a la parábola del sembrador (Logion 9): la se

milla no necesita ser grande; necesita suelo dispuesto. La desproporción entre la causa y el efecto es la firma de lo real: de lo mínimo reconocido brota lo que ninguna acumulación de lo grande produce.

El final es un guiño que cierra un círculo: el tallo crecido se hace «abrigo para los pájaros del cielo». En el Logion 9, los pájaros eran los ladrones de la semilla — la distracción que se lleva lo sembrado. Aquí, los mismos pájaros encuentran refugio en lo que la semilla llegó a ser. Lo que amenazaba al proceso es hospedado por su resultado: la consciencia estabilizada ya no teme a la distracción — le da sombra. Todo lo que robaba, acoge; nada queda fuera del árbol. Así crece lo verdadero: sin vengarse de lo que lo estorba.

Caminos desde aquí: 9 · 96 · 113

Logion 21 — El campo que no es vuestro

Mariam dijo a Jesús: ¿A quién se parecen tus discípulos? Él dijo: Se parecen a unos niños pequeños instalados en un campo que no es suyo. Cuando vengan los dueños del campo, dirán: Dejados nuestro campo. Ellos se desnudan en su presencia para dejárselo y devolverles su campo. Por eso os digo: si el dueño de casa sabe que viene el ladrón, vigilará antes de que llegue y no le dejará horadar la casa de su reino para llevarse sus bienes. Vosotros, pues, estad vigilantes frente al mundo; ceñíos con gran fuerza, para que los ladrones no encuentren camino para llegar a vosotros, porque el provecho que esperáis será hallado. Que haya entre vosotros un hombre entendido: cuando el fruto maduró, vino enseguida con su hoz en la mano y lo cosechó. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

Entra en escena Mariam — María Magdalena, la discípula que volverá a aparecer en el último logion del evangelio — y su pregunta es la simétrica de la del Logion 13. Allí Jesús preguntó a quién se parecía él; aquí ella pregunta a quién se parecen los que le siguen. Y la respuesta de Jesús no es una imagen sino tres, encadenadas con una lógica que hay que reconstruir, porque el dicho entero es un pequeño tratado sobre la posesión: qué es nuestro, qué no, y qué hacer con cada cosa.

Primera imagen: niños instalados en un campo ajeno. El campo es todo lo que el ser humano llama suyo sin serlo: el cuerpo, los bienes, los roles, el mundo entero de las formas. Todo eso es prestado — recibido al llegar, devuelto al partir. Los discípulos son «ni

ños» en ese campo: lo habitan sin escrituras de propiedad, jugando, sin la crispación del dueño. Y cuando los dueños reclaman — cuando la vida pide de vuelta lo que dio: la salud, los seres, los años, el cuerpo mismo — los niños hacen el gesto más limpio del evangelio: se desnudan y lo devuelven. Sin pleito, sin agarre. La desnudez es la libertad del que nunca confundió el traje con la piel: puede soltarlo todo porque nunca fue nada de eso. Morir, perder, envejecer — para el que sabe qué es prestado, son devoluciones, no robos. (El Logion 37 hará de esta desnudez sin vergüenza la condición para ver al Viviente.)

Segunda imagen — y giro brusco: ahora el discípulo no es el niño que entrega sino el dueño de casa que vigila contra el ladrón. ¿Contradicción? Al contrario: es la otra mitad exacta de la misma sabiduría. Porque hay algo que sí es tuyo — «la casa de su reino», los «bienes»: el tesoro interior, la presencia, el pez grande del Logion 8 — y eso no se entrega jamás. La vida puede reclamar el campo entero; no puede reclamar al que lo habita. El error humano es simétrico y doble: defender como propio lo prestado (y sufrir cada devolución como un expolio) y descuidar como si fuera seguro lo único propio (y dejar que el mundo lo saquee). El ladrón que horada la casa es todo lo que roba presencia: la prisa, el miedo, la opinión ajena, el ruido que se lleva la atención — la hacienda del alma — sin que el dueño despierte. De ahí la orden: vigilad frente al mundo, ceñíos con fuerza. No es hostilidad hacia el mundo: es custodia de la atención, el único bien cuyo robo pasa inadvertido porque roban también al testigo.

Tercera imagen, la más breve: el segador entendido que, madurado el fruto, viene enseguida con la hoz. Tras la entrega de lo ajeno

o y la custodia de lo propio, la prontitud ante lo maduro. El proceso interior tiene sus sazones, y la comprensión llega a punto como llega el trigo: el instante en que algo por fin se ve — una verdad sobre uno mismo, una decisión aplazada, un reconocimiento que asoma — dura lo que dura lo maduro: poco. El entendido no lo deja pasar «para más adelante»: siega en el acto. Cuántas cosechas interiores se pudren en pie por la lentitud del que esperaba estar más preparado.

Tres imágenes, una sola enseñanza con tres tiempos: suelta lo prestado, guarda lo propio, siega lo maduro. O dicho con el vocabulario del libro: desnudez ante lo que pasa, vigilancia sobre lo que no pasa, prontitud cuando lo eterno asoma en el tiempo. Quien tenga oídos, que oiga — la fórmula cae aquí con ironía suave, porque el dicho entero va de no dejar pasar lo que ya sonó.

Caminos desde aquí: 37 · 103 · 114

Logion 22 — Hacer de los dos uno

Jesús vio a unos pequeños que mamaban. Dijo a sus discípulos: Estos pequeños que maman se parecen a los que entran en el Reino. Le dijeron: ¿Entonces, haciéndonos pequeños, entraremos en el Reino? Jesús les dijo: Cuando hagáis de los dos uno, y hagáis lo de dentro como lo de fuera y lo de fuera como lo de dentro y lo de arriba como lo de abajo, y cuando hagáis del macho y de la hembra uno solo, de modo que el macho no sea macho ni la hembra sea hembra; cuando hagáis ojos en lugar de un ojo, y una mano en lugar de una mano, y un pie en lugar de un pie, y una imagen en lugar de una imagen — entonces entraréis en el Reino.

Si hubiera que salvar un solo logion del incendio, muchos salvarían este. Es la formulación más completa del programa entero del evangelio, y nace de un malentendido fecundo. Jesús ve a unos lactantes y los compara con los que entran en el Reino; los discípulos, literales como siempre, preguntan si la técnica es entonces hacerse pequeños — otra práctica más para la colección del Logion 6. Y Jesús, en vez de corregirlos, desborda la pregunta con la respuesta más vertiginosa del libro. No: no se trata de imitar al niño, sino de recuperar lo que el niño de pecho todavía tiene y que ya vimos en el de siete días del Logion 4 — la condición previa a la división. El lactante no sabe dónde termina él y empieza la madre; no ha partido aún el mundo en dentro y fuera, en yo y otro. No es un modelo moral de inocencia: es un testigo ontológico. Entrar en el Reino no es volverse ingenuo; es deshacer, con plena lucidez adulta, la partición que el lactante aún no ha hecho.

Y entonces el logion enumera las particiones, como quien lee el acta fundacional del ser-dos (Logion 11). Los dos en uno: la fórmula general, la matriz de todas las demás. Dentro como fuera: la primera frontera, la que funda el ego — un «interior» privado frente a un «exterior» ajeno; ya el Logion 3 la declaró ilusoria al situar el Reino a ambos lados, es decir, en ninguno. Arriba como abajo: la frontera religiosa — cielo y tierra, sagrado y profano, el Dios de las alturas frente al barro de aquí; mientras exista, habrá templos y desiertos, y el Reino no está en los templos más que en los desiertos. Macho y hembra en uno solo: la polaridad más honda, no la anatomía sino la escisión erótica del ser — lo activo y lo receptivo, el hacer y el acoger, la mitad que cada uno cree ser y la mitad que persigue fuera. Que «el macho no sea macho ni la hembra hembra» no borra la diferencia en el mundo de las formas: la desactiva como identidad última. El que es uno no busca su mitad: la incluye.

Queda la serie final, la más extraña: ojos en lugar de un ojo, una mano en lugar de una mano, un pie en lugar de un pie, una imagen en lugar de una imagen. El desconcierto es intencional — se sustituye cada cosa ¿por lo mismo? No por lo mismo: por lo mismo renacido. Es la refundación del cuerpo entero desde la unidad: los mismos ojos, pero que ya no miran desde la división; la misma mano, pero que ya no agarra desde la carencia; el mismo pie, pero que ya no huye ni persigue. Todo igual y todo otro — como las piedras del Logion 19, que sirven en vez de golpear sin haber cambiado de piedra. La transformación que propone Tomás nunca fue amputar el mundo ni el cuerpo: fue transfigurarlos, órgano a órgano, devolviéndolos a su raíz indivisa. Y la «imagen en lugar d

e la imagen» corona la serie: la propia identidad — el retrato interior que cada uno lleva de sí — sustituida por la imagen verdadera, la que el fondo tenía de ti antes de que llegaras a ser (Logion 19).

Nótese, por último, el verbo que gobierna todo el dicho: cuando hagáis. No cuando creáis, no cuando esperéis, no cuando muráis. Hacer de los dos uno es obra — la única obra, la que el Logion 6 dejó en pie cuando derribó todas las prácticas. No se realiza en un altar sino en cada acto donde la división comparece: cada vez que el dentro se atrinchera contra el fuera, cada vez que lo alto desprecia lo bajo, cada vez que la mitad exige a otra mitad completar la. Ahí, cada vez, se puede hacer de los dos uno — o apuntalar el muro. El Reino no tiene otra puerta, y la puerta no tiene otra bisagra.

Caminos desde aquí: 4 · 11 · 106 · 114

Logion 23 — Uno entre mil

Jesús dijo: Os elegiré uno entre mil y dos entre diez mil, y se mantendrán en pie siendo uno solo.

La frase suena a elitismo, y conviene mirarla despacio antes de escandalizarse o de entusiasmarse, porque las dos reacciones fallan igual. No hay aquí un dios que reparte favores ni una casta de predestinados: hay una constatación. Después de veintidós dichos que insisten en que el Reino está extendido dentro y fuera (Logion 3), que la semilla cae en todas partes por igual (Logion 9), que el fuego ya fue arrojado sobre el mundo entero (Logion 10), la escasez no puede estar en el dar. Está en el recibir. La elección no selecciona a quién se ofrece: nombra a quién responde.

Y hay un detalle aritmético que casi todos los lectores pasan por alto, aunque es el corazón del dicho. Uno entre mil es una proporción; dos entre diez mil es cinco veces peor. Cuanto mayor el número, más rara la respuesta — como si la multitud, al crecer, se hiciera más opaca a sí misma. No es un cálculo de población: es una observación sobre la masa. Donde muchos se reúnen, cada uno se apoya en el consenso de los otros, y el consenso es precisamente lo que exime de mirar. La casa de cinco del Logion 16 lo dijo en pequeño: la paz del grupo se sostiene sobre el acuerdo de no despartar. Multiplíquese por diez mil y se entiende la proporción de creciente.

Pero el final desarma cualquier lectura triunfalista: los elegidos «se mantendrán en pie siendo uno solo». No dice que serán muchos ni pocos, ni que formarán una comunidad de escogidos. Dice

que estarán de pie — como el solitario del Logion 16, como el que reside en el principio del Logion 18 — y que serán uno solo. Doble sentido, y ambos verdaderos. Uno solo cada uno, porque ha hecho de los dos uno (Logion 22): la elección no premia una virtud, describe un estado de unificación. Y uno solo entre todos, porque lo que en ellos está de pie no es su persona sino la única conciencia que hay: dos entre diez mil no son dos individuos afortunados — son un mismo Uno reconociéndose en dos sitios. Ahí se disuelve el elitismo por completo. No hay club de elegidos, porque el que llega no llega como alguien: llega como nadie, y ese nadie es el mismo en todos.

Caminos desde aquí: 16 · 49 · 75

Logion 24 — El hombre de luz

Sus discípulos dijeron: Muéstranos el lugar donde estás, pues nos es necesario buscarlo. Él les dijo: Quien tenga oídos, que oiga. Hay luz dentro de un hombre de luz, y él ilumina al mundo entero. Si no ilumina, es oscuridad.

Los discípulos vuelven a preguntar por un lugar. Es su vicio persistente — el mismo del Logion 3, donde el Reino se buscaba en el cielo o en el mar — y aquí se agrava con una urgencia conmovedora: «nos es necesario buscarlo». La mente no puede evitarlo: si algo es real, tiene que estar en alguna parte, y si mi maestro está en un sitio bueno, quiero las coordenadas. Toda la industria espiritual vive de esa pregunta: dónde está el estado, dónde el lugar, cómo llego.

Jesús no da coordenadas. Da, primero, una advertencia sobre el modo de escuchar — quien tenga oídos, que oiga — que aquí funciona como un aviso de cambio de plano: lo que viene no responde a la pregunta, la disuelve. Y luego pronuncia una frase de apariencia tautológica y de fondo abismal: hay luz dentro de un hombre de luz.

La tautología es deliberada, como los ojos en lugar de un ojo del Logion 22. Podría haber dicho «el hombre tiene una luz dentro», y habría fundado otra religión de la interioridad: un tesoro escondido en el pecho, un objeto luminoso que poseer. Pero no dice eso. Dice que la luz está dentro de un hombre de luz: el continente y el contenido son de la misma sustancia. No tienes luz — eres luz que contiene luz, como la llama no contiene fuego sino que lo e

s. Y ahí queda respondida la pregunta por el lugar: el sitio donde Jesús está no es un sitio, es un modo de ser; no se localiza, se es. Preguntar dónde está el que ha despertado es como preguntar en qué habitación está la vigilia.

El segundo movimiento lleva la imagen hasta su consecuencia cosmológica: «e ilumina al mundo entero». No dice que ilumine su vecindario ni que dé buen ejemplo. Entero. Porque la luz de la que se habla no es una virtud que irradia hacia fuera: es aquello por lo cual hay un mundo visible. Nadie ha visto jamás el mundo salvo iluminado por su propia consciencia; el universo entero comparece en esa luz o no comparece en absoluto. El hombre de luz ilumina el mundo entero por la misma razón por la que el sol no puede alumbrar solo un rincón: no hay un afuera de su alcance. Es la misma verdad del Logion 17 dicha desde el otro lado — lo que ningún ojo ha visto es lo que hace que todo ojo vea.

Y entonces cae la sentencia final, seca como un golpe: «Si no ilumina, es oscuridad». Nótese la asimetría cruel de la frase: no dice «si no ilumina, no ilumina», ni «está apagado». Dice que es oscuridad. La consciencia no reconocida no queda en un limbo neutro: se convierte en su contrario. Es la pobreza del Logion 3 vista desde la óptica: el que no sabe que es luz no simplemente ignora algo — proyecta un mundo oscuro, y lo habita. Cada percepción suya viene teñida de la sombra de la separación, y llamará realidad a esa sombra. No hay término medio, porque la luz no admite grados de existencia: o se sabe y todo brilla, o se ignora y todo — incluido el brillo — queda del lado de las cosas, muerto y ajeno.

Queda una última resonancia en el orden de las frases. La luz est

á dentro; la iluminación es del mundo entero. Ninguna interioridad se queda dentro: lo más íntimo es inmediatamente lo más universal. Quien busca su luz para sí no la ha encontrado; quien la encuentra descubre que nunca fue suya, que iluminaba ya todo lo que hay, y que la pregunta por el lugar era la última sombra antes de la evidencia.

Caminos desde aquí: 77 · 61 · 3 · 17

Logion 25 — Como a la niña de tu ojo

Jesús dijo: Ama a tu hermano como a tu alma; guárdalo como a la niña de tu ojo.

Un solo versículo, y en él se juega la objeción más seria que se le hace a esta vía. Si no hay separación — si todo es una consciencia y el otro no es otro — ¿no se evapora la ética? ¿Para qué amar a nadie, si nadie hay? El reproche es antiguo y suena razonable: la unidad parecería disolver la obligación moral en un océano indiferente. Este logion responde, y lo hace sin argumentar, cambiando una sola palabra.

La versión conocida manda amar al prójimo como a ti mismo. Tomás más dice: como a tu alma. La diferencia parece pequeña y lo cambia todo. «Como a ti mismo» es una analogía: hay dos, tú y él, y se te pide extender hacia el segundo el cuidado que naturalmente diriges al primero — un puente de simpatía sobre una separación que se da por buena. «Como a tu alma» no es analogía: es identificación. Tu alma no es un objeto que tú cuidas; es lo que eres. Amar al hermano como a tu alma es amarlo como aquello mismo que en ti dice yo. No se pide un esfuerzo de generosidad: se enuncia un hecho y se pide vivir de acuerdo con él.

Aquí se ve por qué la unidad no disuelve el amor sino que lo funda. Lo que se disuelve es otra cosa: el mérito. En un mundo de dos, amar es sacrificio — cedo algo mío a alguien ajeno, y por eso me corresponde una recompensa, un lugar en el cielo, al menos gratitud. Toda la contabilidad espiritual que el Logion 14 fulminó vive de esa distancia. Cuando la distancia cae, el amor deja de ser tran-

sacción y se vuelve circulación: la mano no es generosa con el pie. No amas a pesar de que el otro sea otro; amas porque descubriste que no lo es. Y entonces la ética no necesita mandamiento — es la conducta espontánea de quien percibe correctamente. El daño, al revés, siempre requiere primero un acto de ceguera: hay que fabricar un extraño antes de poder herirlo. Toda crueldad es una teoría de la separación aplicada.

La segunda mitad añade lo que faltaba, porque el amor entendido o solo como identidad podría volverse abstracto — amo a la humanidad y nadie en concreto. «Guárdalo como a la niña de tu ojo»: la imagen exige cuerpo. La pupila es la parte más delicada y más defendida del organismo; el párpado se cierra antes de que decidas cerrarlo. Ese es el nivel de cuidado que se pide: no el de la buena voluntad deliberada, sino el del reflejo — instantáneo, anterior al cálculo, previo incluso a la moral. Se protege así lo que uno es, no lo que uno tiene.

Y hay un tercer sentido escondido en la elección de esa parte del cuerpo entre todas las posibles. La pupila no es solo lo más frágil: es el hueco por donde entra la luz. Es hueco — un vacío, una abertura, literalmente el orificio negro del iris — y por él ve todo el que ve. Guardar al hermano como a la pupila es reconocerlo, entonces, no solo como frágil sino como órgano de tu propia visión: el otro es por donde te llega la luz. Sin él no habría rostro que mirar ni mirada que devolver; la consciencia del Logion 24 se ilumina a sí misma pasando por los ojos ajenos. Nadie despierta en soledad absoluta, ni siquiera el solitario del Logion 16 — que es uno por dentro, no huérfano por fuera. Y hay un último guiño en la lengua: en castellano llamamos a esa pupila «la niña del ojo», y el evange

lio ya nos dijo qué es lo que el niño sabe y el sabio olvidó (Logion 4). Lo que hay que guardar, en el hermano, es exactamente eso — lo que en él aún no ha sido dividido.

Caminos desde aquí: 24 · 26 · 22 · 95

Logion 26 — La viga en tu ojo

Jesús dijo: Ves la paja que hay en el ojo de tu hermano, pero no ves la viga que hay en tu propio ojo. Cuando saques la viga de tu ojo, entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano.

El dicho llega inmediatamente después del que mandaba guardar al hermano como a la niña del ojo (Logion 25), y la continuidad no es casual: seguimos en el ojo. Lo que allí era órgano de amor aparece aquí como órgano averiado. Y el diagnóstico no es moral sino óptico. Jesús no dice «no juzgues porque está mal»; dice que no puedes ver. El juicio no es un pecado que haya que reprimir: es un síntoma que delata una obstrucción.

La desproporción entre la paja y la viga es cómica a propósito, y esconde una ley de la percepción. Lo pequeño ajeno se ve; lo enorme propio, no. ¿Por qué? Precisamente porque es propio: no está delante del ojo, está en el ojo. Lo que obstruye la visión nunca aparece en el campo visual — aparece como distorsión de todo lo demás. Por eso la viga es invisible para su portador y evidentísima para cualquiera que lo escuche hablar de los otros. Cada defecto que señalamos con precisión de cirujano describe, casi siempre, la forma exacta de nuestra propia madera.

¿Y qué es la viga, en el vocabulario de este evangelio? No un vicio particular. Es la obstrucción mayor, la que este libro nombra desde el principio: el ser-dos (Logion 11), la creencia en la separación. Esa es la viga — el yo separado atravesado en la mirada, filtrando cada percepción, convirtiendo al hermano en un objeto exami-

nable en lugar de en la propia alma (Logion 25). Mientras esté ahí, todo lo que veas del otro vendrá teñido de comparación: mejor o peor, superior o inferior, culpable o inocente. No es que juzgues mal: es que estás viendo a través de un tabique y llamas visión a lo que llega.

Lo notable es lo que Jesús no dice. No dice: ocúpate de lo tuyo y deja en paz al hermano. La frase termina con la paja retirada: «entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano». El servicio no se cancela — se pospone hasta que sea posible. Nadie puede quitar una brizna del ojo ajeno con las manos temblando de juicio; hace falta pulso, y el pulso lo da la limpieza propia. La ayuda auténtica al otro no viene de la indignación sino de la claridad: quien ha sacado la viga puede acercarse a un ojo ajeno sin arañarlo, porque ya no está corrigiendo a un rival — está atendiendo a su propia alma en otro rostro.

Queda el orden, que es toda la enseñanza: primero ver, después servir. La secuencia inversa — servir sin ver — es la fábrica de todos los reformadores que dejan el mundo peor, de toda la ayuda que humilla, de todo el celo que hiere. Y la secuencia correcta no exige perfección previa: exige solo haber mirado de frente lo que se interpone. La viga sale mirando, no luchando; y quien la ha visto, aunque sea una vez, ya no puede señalar pajas con la misma inocencia.

Camino desde aquí: 25 · 34 · 3

Logion 27 — Ayunar respecto al mundo

Jesús dijo: Si no ayunáis respecto al mundo, no encontraréis el Reino; si no hacéis del sábado un sábado, no veréis al Padre.

Los discípulos preguntaron por el ayuno en el Logion 6 y Jesús no respondió; en el Logion 14 respondió que ayunar engendra pecado. Ahora el ayuno regresa — y regresa como condición ineludible. La aparente contradicción se resuelve en tres palabras: ayunar respecto al mundo. Nunca se trató de la comida. Lo que se abandona no es el pan sino el mundo.

Y aquí conviene precisar qué significa «mundo» en este evangelio, porque no significa la creación. Las piedras sirven (Logion 19), lo que te ponen delante se come sin miedo (Logion 14), el Reino está extendido sobre la tierra aunque no se vea (Logion 113). Lo que Tomás llama mundo no es lo que hay: es el modo de habitarlo. Es la realidad organizada como sistema de objetos frente a un sujeto que los quiere, los teme y los administra — la existencia vivida desde la carencia. Ayunar respecto al mundo es dejar de comer de ese modo: cesar en el apetito estructural que convierte cada cosa en alimento para un yo que nunca se sacia. No es abstenerse de lo real, sino de la relación devoradora con lo real. El que ayuna así no come menos: come sin hambre metafísica.

La segunda mitad es una de las expresiones más hermosas del texto, y suena a redundancia hasta que se abre: hacer del sábado un sábado. Podría entenderse como reproche ritual — guardar bien el día —, pero el evangelio ya derribó los calendarios sagrados j

unto con los templos (Logion 22: lo de arriba como lo de abajo). Lo que se pide es más radical y más simple: que el descanso sea realmente descanso. Porque el sábado humano casi nunca lo es. Descansamos del trabajo sin descansar del trabajador: el cuerpo se detiene y el yo sigue produciendo — planes, balances, reproches, futuros. Eso no es sábado: es el mismo día con otra decoración.

Hacer del sábado un sábado es el reposo del Logion 2, la anapausis que corona la secuencia entera del despertar: el cese no de la actividad sino del hacedor. Un instante en que nadie está construyendo nada — ni siquiera su propia salvación. Y por eso está ligado a ver al Padre: mientras el yo se afana, la mirada está ocupada en sus obras; solo cuando la producción cesa aparece lo que estaba antes de toda obra. Dios no se encuentra al final del esfuerzo, sino en el hueco donde el esfuerzo se suelta.

Nótese la elegancia de la estructura: dos condiciones para dos promesas. Ayunar del mundo — encontrar el Reino. Sabatizar el sábado — ver al Padre. Y las dos son la misma en sus dos tiempos: dejar de devorar y dejar de fabricar. Lo que queda cuando cesan el apetito y la faena no es un vacío: es lo que siempre estuvo debajo de ambos, esperando un silencio para ser evidente.

Caminos desde aquí: 2 · 14 · 60 · 90

Logion 28 — Ebrios, no sedientos

Jesús dijo: Me puse en pie en medio del mundo y me manifesté a ellos en carne. Los encontré a todos ebrios; no encontré a ninguno sediento entre ellos. Y mi alma se afligió por los hijos de los hombres, porque son ciegos en su corazón y no ven: vacíos vinieron al mundo, y vacíos buscan salir del mundo. Pero ahora están ebrios. Cuando sacudan su vino, entonces se arrepentirán.

Es el logion más doliente del evangelio, y el único donde el Viviente habla de sí mismo en primera persona con acento de fatiga. Otra vez el verbo estar de pie — el mismo del solitario (Logion 16), del que reside en el principio (Logion 18), de los elegidos que se sostienen siendo uno (Logion 23). Estar de pie en medio del mundo es el gesto propio del despierto: no elevado sobre él, no retirado de él — en medio, visible, disponible. Y «me manifesté a ellos en carne»: la encarnación aquí no es un dogma sobre la naturaleza de Cristo, es una estrategia de acceso. Lo que no tiene forma se hizo forma para poder ser encontrado por quienes solo miran formas.

Y no lo encontraron. El diagnóstico que sigue es de una precisión terrible: no dice que los encontrara malvados, ni pecadores, ni hostiles. Los encontró ebrios. La embriaguez no es el vicio; es la condición general. Estar ebrio significa estar lleno — de mundo, de ruido, de opiniones, de proyectos, de estímulo — de tal manera que ninguna otra cosa cabe. El ebrio no rechaza el agua: no la echa de menos. Y por eso la frase que sigue es la más grave que pronuncia Jesús en todo el texto: no encontró a ninguno sediento. La tr

agedia humana, según Tomás, no es el error ni la culpa — es la anestesia. No que busquemos mal, sino que hayamos dejado de buscar (Logion 2). El obstáculo no es la resistencia: es la satisfacción.

Y hay una ironía cruel en la palabra elegida, porque este evangelio tiene otra embriaguez. En el Logion 13, Tomás bebe del manantial burbujeante y se embriaga — y esa borrachera es el despertar. Dos ebriedades, entonces, y una excluye a la otra: quien está lleno del vino del mundo no puede beber de la fuente. No porque se lo prohíban: porque no tiene sed. La única condición para recibir lo que se da gratis es la carencia consciente. Por eso todo este evangelio, más que enseñar, intenta provocar sed.

Luego viene el retrato de fondo: son ciegos en el corazón y no ven. La ceguera no es de los ojos — es del centro, del órgano que debería reconocer. Es la oscuridad del Logion 24: no la ausencia de luz, sino la luz que no se sabe y por eso proyecta un mundo apagado. Y la fórmula que sigue tiene la forma cerrada de una condena estadística: vacíos vinieron al mundo, y vacíos buscan salir de él. Una vida entera entre dos vacíos — y en medio, una borrachera continua para no notarlos. Es la pobreza del Logion 3 puesta en línea temporal: no supieron lo que eran al llegar, no lo supieron al partir, y llamaron vida al intervalo. Nótese además la paradoja exacta: están llenos y vacíos a la vez. Llenos de mundo, vacíos de sí. Es precisamente lo que los llena lo que garantiza que sigan vacíos.

Y sin embargo el dicho no termina en condena. Termina con la única frase que abre una puerta, y es una frase de sobriedad, no de

castigo: cuando sacudan su vino, entonces se arrepentirán. El arrepentimiento aquí no es remordimiento moral — es metanoia, cambio de mente, giro de la mirada. Y no llega por convicción ni por sermón: llega cuando el vino se sacude, cuando la ebriedad se disipa por sí sola. A veces la sacude el dolor, a veces el hastío, a veces un silencio inesperado un martes por la tarde. La aflicción del alma de Jesús no es desprecio: es la paciencia del que sabe que no se puede dar de beber a quien no tiene sed, y que la sed llegará — porque el vino, todos los vinos del mundo, terminan pasándose. El fuego arrojado sigue guardado bajo la ceniza (Logion 10), esperando la primera resaca lúcida.

Caminos desde aquí: 13 · 2 · 24 · 3

Logion 29 — La riqueza en la pobreza

Jesús dijo: Si la carne llegó a ser a causa del espíritu, es una maravilla; pero si el espíritu llegó a ser a causa del cuerpo, es una maravilla de maravillas. Pero yo me maravillo de esto: cómo esta gran riqueza ha habitado en esta pobreza.

En tres frases, el dicho recorre las dos únicas soluciones que la humanidad ha dado al problema mente-cuerpo — y las abandona a ambas. Si el espíritu produjo la carne, tenemos el idealismo: la materia como emanación o pensamiento de lo divino. Maravilla, dice Jesús, y no lo niega. Si el cuerpo produjo el espíritu, tenemos el materialismo: la consciencia como fruto tardío de la química, la mente como flor de la carne. Y aquí la respuesta desconcierta, porque en vez de refutarlo lo eleva: maravilla de maravillas. Es la valoración más generosa que un texto antiguo concede a la hipótesis contraria a la suya — y es también, leída con cuidado, una ironía. Que lo inconsciente produzca consciencia sería, en efecto, el prodigio mayor; tan mayor que quizá el prodigio sea la señal de que algo en el planteamiento no encaja.

Porque lo que hacen ambas posiciones es idéntico: suponen dos cosas y discuten cuál engendró a cuál. Espíritu y materia, causa y efecto, primero y segundo. Toda la disputa vive del ser-dos (Logion 11), y las respuestas se turnan en el trono sin tocar el problema. Por eso Jesús no elige: hace un tercer movimiento, marcado por el giro del texto — «pero yo me maravillo de esto». Deja la cuestión del origen, que es la cuestión del tiempo, y se instala en la del hecho presente, que es la de la coexistencia. No pregunta qué vino antes. Pregunta cómo es posible esto: que tanta riqueza habite

en tanta pobreza.

La riqueza es lo que este evangelio viene nombrando sin nombre — la consciencia sin bordes, el Reino extendido dentro y fuera (Logion 3), la luz que ilumina el mundo entero (Logion 24). La pobreza es el mismo término del Logion 3, aquí con otro giro: allí era la miseria de no saberse; aquí es el continente — este cuerpo pequeño, esta vida breve, este manojito de huesos que envejece. Lo infinito alojado en lo diminuto. Y nótese el verbo: ha habitado. No «cayó en», no «quedó atrapada en» — que sería la lectura gnóstica pesimista, el alma prisionera de la materia. Habitar es lo que se hace en la propia casa. La riqueza no fue encarcelada en la pobreza: reside en ella.

Y ahí se disuelve la paradoja, aunque el asombro permanezca. Lo infinito no cabe en lo finito — es cierto, si se piensan como dos recipientes. Pero la relación no es de contenido a continente: es la del sueño con el soñador. El cuerpo pequeño no aloja a la conciencia inmensa; el cuerpo pequeño aparece en ella, junto con el mundo entero y su historia. Que la vivencia se dé desde este punto concreto — desde estos ojos, esta fatiga, este dolor de espalda — no encoge lo que mira. La localización es del cuerpo; la mirada no tiene domicilio.

Por eso el logion termina en asombro y no en explicación: porque es la única respuesta honesta y la única fecunda. El asombro es el segundo paso de la secuencia del Logion 2 — después de la turbación, la maravilla — y aquí aparece en boca del propio maestro, que no resuelve el enigma sino que lo contempla. Es la firma de este evangelio: no da doctrina sobre el cuerpo, ni lo desprecia ni l

o diviniza. Lo deja donde está, transfigurado por una sola constatación — que en esta pobreza, ahora mismo, mientras lees, habita todo.

Caminos desde aquí: 3 · 87 · 112 · 22

Logion 30 — Donde hay uno

Jesús dijo: Donde hay tres dioses, son dioses; donde hay dos o uno, yo estoy con él.

El texto llega dañado y las versiones no coinciden — el Apéndice recoge las diferencias —, pero el eje del dicho se sostiene con claridad: es una inversión deliberada del principio de congregación. Donde el evangelio de Mateo prometía la presencia allí donde se reúnen dos o tres, Tomás invierte la aritmética: cuanto menor el número, mayor la presencia. Tres son dioses en plural — es decir, multiplicidad, un panteón, cada uno con su versión y su altar. Dos o uno: ahí está el Viviente.

La lógica es la contraria de la eclesial y perfectamente coherente con todo el libro. La verdad no se refuerza sumando testigos. Al contrario: en el grupo, cada uno cree porque los otros creen, y ese apoyo mutuo — tan cálido, tan humano — es exactamente lo que exime de ver por sí mismo. Es la proporción decreciente del Logion 23: uno entre mil, dos entre diez mil. Donde hay tres, ya hay consenso, y el consenso fabrica dioses — imágenes negociadas, doctrinas que se sostienen entre varios como una tienda de campaña. Los dioses en plural no son otras deidades: son las representaciones que produce la mente colectiva cuando no hay reconocimiento directo.

«Donde hay dos o uno, yo estoy con él.» El descenso numérico diluye el camino. Dos: el encuentro real entre dos que no forman masa — el maestro y el discípulo del Logion 13, el hermano amado como la propia alma del Logion 25. Ahí todavía hay presencia p

orque todavía hay intimidad, no muchedumbre. Y luego uno, que es la meta: el monachos, el unificado del Logion 16, el que ha hecho de los dos uno (Logion 22). Ahí la promesa se cumple del todo .

Pero fíjese en la última palabra, porque contiene la ironía final del dicho. «Yo estoy con él»: la fórmula del acompañamiento — que es todavía la fórmula de dos. Jesús habla el lenguaje del que aún escucha desde la separación, y le promete compañía. Lo que el que llega descubre, sin embargo, es que el «con» era una concesión pedagógica: donde hay uno solo, el Viviente no está al lado. No hay dos que puedan acompañarse. La presencia prometida al solitario no es la de un huésped: es su propia sustancia reconocida . El evangelio dice «estoy contigo» a quien todavía necesita un tú ; a quien ya no lo necesita no le dice nada, porque no queda a quien decirselo ni desde dónde.

Caminos desde aquí: 23 · 16 · 22 · 77

Logion 31 — El profeta en su aldea

Jesús dijo: Ningún profeta es aceptado en su aldea; ningún médico cura a los que le conocen.

La primera mitad la recogen también los evangelios canónicos y suele leerse como queja biográfica: el desdén de Nazaret, la ingratitud de los cercanos. La segunda mitad, propia de Tomás, cambia a el registro y revela que no se hablaba de ingratitud sino de un mecanismo. El médico no fracasa por falta de ciencia: fracasa por que lo conocen. La familiaridad no es un obstáculo emocional — es un obstáculo cognitivo.

¿Por qué? Porque conocer a alguien, en el sentido corriente, es tener de él una imagen completa: su historia, su familia, sus torpezas, cómo era de niño. Esa imagen es exhaustiva y por eso es opaca. No deja rendija por donde pueda aparecer nada nuevo — y menos aún lo que no es nuevo sino de otro orden. La aldea no rechaza al profeta: lo tiene clasificado. Es el hijo del carpintero, y un hijo de carpintero no puede ser el Viviente. Es exactamente el error de Pedro y de Mateo en el Logion 13, comparar para colocar en una clase; solo que aquí lo comete todo un pueblo, con la fuerza tranquila de quien no sospecha que está mirando a través de un archivo.

La aldea, sin embargo, no está solo en Galilea. Cada uno lleva la suya dentro, y es la más impenetrable de todas: el archivo que tenemos de nosotros mismos. Nadie está más clasificado que uno mismo — con su historia, sus fracasos, su carácter conocido de memoria. Y por eso el logion tiene un filo que apunta al lector: si nin

gún profeta es aceptado en su aldea, entonces lo divino no será aceptado allí donde más cerca está, es decir, en el propio fondo. Toda esta enseñanza dice que la luz está dentro de ti (Logion 24), que el Reino está extendido dentro y fuera (Logion 3), que lo buscado es lo que está delante del rostro (Logion 5) — y la aldea interior contesta lo mismo que Nazaret: a este lo conozco, no puede ser eso. La incredulidad más difícil de vencer no es sobre Dios: es sobre uno.

Y de ahí la segunda imagen, que añade el matiz práctico. El médico no cura a los que lo conocen porque la curación exige una entrega que la familiaridad impide: hay que dejarse tocar, dejar de saber, admitir que el otro puede ver en ti algo que tú no ves. Frente a quien creemos tener catalogado, esa apertura no se produce. Nadie sana de manos de alguien a quien está midiendo. Lo que vale para el vecino sabio vale para el instante presente: quien cree conocer ya la vida no puede ser curado por ella.

Caminos desde aquí: 13 · 5 · 78

Logion 32 — La ciudad sobre el monte

Jesús dijo: Una ciudad construida sobre un monte alto y fortificada no puede caer ni permanecer oculta.

Dos propiedades, y ambas son consecuencias de una sola posición: la altura. Lo que está arriba no cae — no porque resista mejor, sino porque no tiene desde dónde descender; y lo que está arriba no se esconde — no porque se exhiba, sino porque desde cualquier punto del valle se lo ve. Estabilidad y evidencia: los dos rasgos de lo que este evangelio viene llamando estar de pie.

La altura, aquí, no es superioridad moral ni logro espiritual. Es la vertical del origen del Logion 18: quien reside en el principio no está más arriba que nadie, está más adentro, y esa hondura funciona como altura porque nada que ocurra en el plano puede alcanzarla. Una consciencia establecida en su fondo no se sostiene con esfuerzo — como la ciudad no se sostiene aferrándose al monte; simplemente está donde está. Por eso «no puede caer»: no es invulnerable a la desgracia, es que su lugar no está entre las cosas que se pierden. El campo prestado puede reclamarse entero (Logion 21) sin que la ciudad se mueva.

«Ni permanecer oculta» dice lo otro, y es lo más incómodo. Nadie que haya despertado puede disimularlo del todo — no por gestos ni por discursos, sino por presencia: se nota en el modo de escuchar, en la ausencia de urgencia, en cómo trata a quien no le sirve para nada. Es la contracara exacta del Logion 24: el hombre de luz ilumina el mundo entero, y una luz no puede acordar consigo misma no alumbrar. Aquí Tomás desactiva de paso una tentación

n muy fina, la del secreto como coquetería espiritual: la de quien cultiva su interioridad como jardín privado. Este evangelio es de palabras ocultas, pero lo oculto lo está por naturaleza, no por decisión (Logion 5); lo que se ha comprendido de verdad se hace visible sin proponérselo, del mismo modo que lo que no se ha comprendido no se hace visible por mucho que se proclame.

Queda la palabra «fortificada», que podría sonar defensiva y no lo es. Las murallas de esta ciudad no guardan contra el mundo: guardan lo que el Logion 21 mandaba custodiar, la casa del reino frente a los ladrones de atención. Vigilancia hacia dentro, apertura hacia fuera. Una ciudad así no teme visitantes — se ve desde lejos, sus puertas están abiertas, y precisamente por eso nada puede tomarla.

Caminos desde aquí: 24 · 21 · 18

Logion 33 — La lámpara sobre el candelero

Jesús dijo: Lo que oigas con tu oído, predícalo desde vuestros tejados. Porque nadie enciende una lámpara y la pone bajo un celemín, ni la pone en un lugar escondido, sino que la coloca sobre el candelero, para que todos los que entran y salen vean su luz.

Un evangelio que se abrió anunciando palabras secretas ordena a hora gritar desde las azoteas. La contradicción es solo aparente, y desmontarla aclara qué clase de secreto es el de Tomás. Lo secreto no lo es por censura ni por privilegio: lo es por naturaleza. Las tres palabras que Jesús dijo aparte a Tomás no se escribieron por que no pueden escribirse (Logion 13); ninguna prohibición las guarda, sino su propia índole. Y justamente por eso, todo lo que sí puede decirse debe decirse a voces. Lo indecible se calla solo; lo de más no tiene ninguna razón para esconderse.

Hay además una precisión en el mandato que conviene no perder: predica lo que oigas con tu oído. No lo que leas, no lo que te enseñen, no lo que suene bien. Lo oído — recibido de primera mano, comprendido, verificado en la propia experiencia. Tomás no manda difundir doctrinas: manda transmitir lo que a uno le ha llegado de verdad. Es el mismo criterio del logion anterior — lo que se ha comprendido se ve, lo que no, no se enciende por mucho que se repita — y también el freno a la propaganda religiosa: repetir lo que no se ha oído no es predicar, es hacer ruido con material ajeno.

La imagen de la lámpara añade el matiz decisivo, y está en un verbo. Nadie enciende una lámpara y la esconde: el encendido no es obra del portador. La luz fue dada — está dentro del hombre de luz desde antes de cualquier mérito (Logion 24) — y lo único que queda en manos de uno es la colocación. No se fabrica la llama; se decide dónde ponerla. Bajo el celemin, esa medida de grano que se sirve para contar y guardar, es donde la ponen los que reducen su vida a administración: no la apagan, la tapan con la contabilidad de los días. En un lugar escondido la ponen los que hacen de la interioridad un refugio — los que tienen su luz para sí, en el rincón donde nadie la discuta. Ninguna de las dos posturas destruye la lámpara. Solo la vuelven inútil, que es la única manera de perderla.

Y el final describe a quién sirve: a los que entran y salen. No a una comunidad de iniciados, no a los dignos — al tránsito, a cualquiera que pase por la casa. La luz colocada no ilumina a los suyos: ilumina el paso. Es el desinterés característico de lo real, que no ilumina superficies (Logion 9) y no puede alumbrar solo un rincón (Logion 24). Quien pone su lámpara en alto deja de saber a quién sirve, y esa ignorancia es la prueba de que ya no la usa para sí.

Camino desde aquí: 24 · 32 · 6

Logion 34 — Ciego que guía a ciego

Jesús dijo: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en un hoyo.

Colocado justo después del mandato de predicar desde los tejados (Logion 33), este dicho brevísimo funciona como su contrapeso exacto. Sí: hay que transmitir lo oído. Pero solo lo oído — y por eso ahora la advertencia sobre quién guía. El evangelio abre la boca de todos y, en el mismo aliento, avisa de lo que ocurre cuando habla el que no ve.

La ceguera, en este libro, ya fue definida: no es de los ojos sino del corazón (Logion 28), y consiste en la luz que no se sabe a sí misma y por eso se vuelve oscuridad (Logion 24). El ciego, entonces, no es el ignorante en el sentido corriente — puede saber mucho, citar bien, dirigir con solvencia. Es simplemente alguien desde quien nada alumbra. Y lo característico de esta ceguera es que no se siente: nadie sabe que está oscuro cuando la oscuridad es todo lo que hay. De ahí que el ciego pueda ofrecerse de guía con perfecta sinceridad. No hay engaño en el dicho — hay dos honestidades cayendo juntas.

¿Y por qué caen ambos? Esa es la mitad menos obvia. Del guía se entiende; pero el seguidor no ha hecho nada más que confiar, y también cae. Tomás no admite la delegación: entregarle a otro la propia visión no es humildad, es una manera cómoda de no mirar. El que sigue a ciegas ha decidido que su despertar es responsabilidad de otro — y esa decisión, tomada con toda la reverencia del mundo, es ya la caída. Ninguno bebe por otro (Logion 13). El hoy

o no espera al final del camino: está justo debajo del acuerdo.

Que es, además, cómo funciona el consenso. Dos ciegos avanzan más confiados que uno solo, porque cada uno interpreta como confirmación el paso del otro. Multiplíquense por diez mil y aparece la proporción del Logion 23: la masa no ve mejor que el individuo, ve menos, porque cada mirada se apoya en la contigua y ninguna se apoya en lo real. Toda muchedumbre en marcha lleva dentro esta imagen.

Queda entonces la pregunta que el dicho deja abierta, y que es la única útil: si no hay que seguir a ciegas y no se puede ver por otro, ¿qué hace un guía verdadero? La respuesta ya se dio en el corazón del libro. Mide el acceso al manantial y aparta la mano: no soy tu maestro (Logion 13). Quien guía viendo, guía hacia el ojo del otro.

Caminos desde aquí: 13 · 24 · 28 · 23

Logion 35 — Atar al fuerte

Jesús dijo: No es posible que alguien entre en la casa del fuerte y la tome por la fuerza, a menos que ate sus manos; entonces saqueará su casa.

La tradición leyó aquí una escena de exorcismo cósmico: Cristo entrando en el dominio del príncipe de este mundo, atándolo, liberando su botín. Pero en un evangelio donde el Reino está dentro y fuera y la única guerra es la del ser-dos (Logion 16), la casa fuerte tiene una dirección más cercana. El fuerte es el yo separado: instalado, armado, con su hacienda de certezas, hábitos e identidad acumuladas — la fortaleza mejor construida que existe, porque quien la habita ni siquiera la percibe como fortaleza, sino como sí mismo.

Lo primero que dice el logion es lo que no funciona: no se puede tomar por la fuerza. Y es la constatación más útil que puede recibir cualquiera que lleve años en esto. Todo asalto frontal al ego lo fortifica, porque el asaltante es él: quien se combate a sí mismo con disciplina, con culpa, con voluntad de aniquilarse, no ha hecho más que dividirse en guarnición y sitiador — dos donde había uno, exactamente lo contrario del programa (Logion 22). Es el error del asceta que pelea con su león (Logion 7): la lucha alimenta lo que quiere destruir. Ninguna casa cae por el empuje de su propio dueño disfrazado de enemigo.

Lo segundo es la instrucción, y está en un detalle anatómico que decide el dicho: hay que atar las manos. No matarlo, no vencerlo, no discutir con él — inmovilizar sus manos. Y las manos son lo q

ue agarra. Son el hacer compulsivo, la actividad incesante con que la identidad se sostiene: opinar, defender, comparar, planificar, justificar, acumular. Ese agarre continuo no es un accesorio del yo o separado; es su modo de existir. Un yo que no agarra nada se queda sin oficio. Atarle las manos es, entonces, la práctica más simple y más difícil que este evangelio insinúa: no combatir el pensamiento, sino no seguirle la mano; no pelear con la identidad, sino no dejar de trabajar para ella. Es el sábado hecho sábado del Logion 27 — el cese del hacedor — visto desde el lado de la conquista.

Y lo tercero es lo que ocurre después, dicho con una sequedad admirable: entonces saqueará su casa. Sin batalla. Cuando las manos están quietas, la casa se rinde sola, porque nunca hubo un dueño detrás de las manos — solo el agarrar produciendo la ilusión de un agarrador. Y lo saqueado no se pierde: vuelve a su sitio. Toda la energía inmovilizada en sostener un personaje queda disponible; es el león comido que se hace hombre (Logion 7), la fuerza recuperada intacta y con otra dirección. El botín de esa casa eras tú.

Camino desde aquí: 7 · 27 · 21 · 98

Logion 36 — Sin cuidado por el vestido

Jesús dijo: No os preocupéis desde la mañana hasta la tarde ni desde la tarde hasta la mañana por lo que os pondréis.

La fórmula temporal es lo primero que llama la atención: de la mañana a la tarde y de la tarde a la mañana. Es decir, el ciclo completo, sin resquicio. No se prohíbe una preocupación puntual — se señala una continuidad. La inquietud por el vestido no ocupa momentos: ocupa el día entero y sigue por la noche, cambiando de forma pero no de naturaleza. Cualquiera que se observe una jornada reconocerá el mecanismo: un rumor de fondo que nunca cesa, ocupado en cómo quedará esto, cómo se verá aquello, qué dirán, qué imagen queda.

Porque el vestido no es la ropa. O no solo. En este evangelio los vestidos son lo que se pone encima del ser: la persona, el papel, la reputación, la manera de aparecer ante los otros. Los mismos que en el Logion 21 los niños se quitan sin pleito cuando los dueños reclaman el campo, y los mismos que en el logion siguiente habrá que pisar sin vergüenza. Preocuparse por lo que se pondrá uno es vivir del lado de la apariencia — sostener una imagen que hay que renovar cada mañana porque no se sostiene sola. Es un trabajo agotador, y es el único trabajo del que este evangelio pide jubilarse.

Nótese que no dice: no os vistáis. Ni: despreciad vuestro aspecto. Dice: no os preocupéis. La diferencia es toda. Habrá ropa, habrá papeles, habrá modos de presentarse ante el mundo — la vida en forma exige forma. Lo que sobra es el cuidado ansioso, esa vigila

ncia perpetua del que no sabe qué es y por eso tiene que decidir sin descanso qué parecer. Quien conoce su fondo se viste como quien abre una ventana: sin ceremonia y sin miedo.

Hay además una razón interior para la calma que el dicho no explicita pero el libro entero sostiene. La preocupación por el vestido supone que uno es lo que muestra, y por tanto que un fallo en la apariencia es un fallo en el ser. Deshecho ese supuesto, la ansiedad se queda sin objeto: nadie puede dañar lo que no aparece. La riqueza habita en esta pobreza (Logion 29), y ninguna crítica llega tan adentro. De ahí que la despreocupación de Tomás no sea negligencia ni bohemia: es la consecuencia natural de haber puesto la identidad donde no la alcanza el juicio ajeno.

Queda la brevedad del dicho, que es parte de su enseñanza. Lo que dura la frase es lo que debería durar el asunto. Sobre lo que uno se pone, un pensamiento; sobre lo que uno es, una vida.

Caminos desde aquí: 21 · 37 · 42

Logion 37 — Desnudos sin vergüenza

Sus discípulos dijeron: ¿Cuándo te nos manifestarás y cuándo te veremos? Jesús dijo: Cuando os desnudéis sin avergonzaros, y toméis vuestros vestidos y los pongáis bajo vuestros pies como niños pequeños y los piséis, entonces veréis al Hijo del Viviente y no temeréis.

La pregunta de los discípulos es la de siempre, ahora en su versión temporal: ¿cuándo? Antes fue dónde (Logion 24), antes fue a quién te pareces (Logion 13), antes fue cómo será nuestro fin (Logion 18). Cada vez, la mente pide una coordenada — un sitio, una fecha, una comparación — y cada vez la respuesta desplaza la pregunta a otro plano. Aquí el desplazamiento es el más físico de todos: no te lo mostraré en tal momento; ocurrirá cuando estéis desnudos.

La desnudez continúa el gesto del Logion 21, donde los niños devolvían el campo quitándose la ropa ante los dueños. Allí era entrega de lo prestado; aquí es condición de la visión. Los vestidos son las capas de identidad — el nombre, la historia, el papel, la imagen que uno tiene de sí y la que administra ante los otros (Logion 36). Mientras estén puestas, lo que se ve del mundo viene filtrado por ellas: todo comparece como amenaza o confirmación para el personaje. Quitárselas no es una mortificación; es retirar el filtro. Y entonces, dice el logion, aparece lo que no puede aparecer ante alguien.

Pero la palabra decisiva no es «desnudos»: es «sin avergonzaros». Porque desnudarse con vergüenza no sirve de nada — la vergü

enza es precisamente la conciencia de estar siendo visto como objeto, y quien la siente sigue vestido de mirada ajena aunque no lleve nada encima. La vergüenza fue, en el relato del jardín, el primer síntoma de la caída: no la desobediencia, sino el instante en que dos que eran uno con todo se descubrieron mirándose desde fuera y buscaron con qué taparse. Tomás manda deshacer exactamente ese momento. La desnudez sin vergüenza es el estado anterior a la escisión (Logion 22), la del lactante que no sabe dónde termina, la del niño de siete días que aún no tiene nombre (Logion 4).

Y de ahí el gesto que sigue, tan concreto que casi se oye: tomar los vestidos, ponerlos bajo los pies y pisarlos, como hacen los niños pequeños. No doblarlos con cuidado, no guardarlos por si acaso, no quemarlos con solemnidad — pisarlos jugando. Es la diferencia entre el asceta y el libre. El asceta trata su identidad como enemiga y por eso la mantiene viva en la lucha (Logion 35: no se toma por la fuerza). El niño no combate su ropa: la usa de suelo. Ese desprecio alegre, sin dramatismo, es la señal de que algo ha dejado de importar de verdad. Nadie que siga peleando con su personaje se ha quitado el personaje.

El final promete dos cosas, y la segunda suele pasar desapercibida. Veréis al Hijo del Viviente — no dice «me veréis a mí», y el matiz importa: lo que se manifiesta cuando caen los vestidos no es una persona con nombre sino la Vida misma en su carácter filial, aquello que el Logion 3 llamaba ser hijos del Padre Viviente. No parece un otro: aparece lo que se es, cuando nada lo tapa. Y «no temeréis»: en el jardín, la vergüenza y el miedo llegaron juntos — me escondí porque estaba desnudo y tuve miedo. Aquí se van jun

tos también. Sin nada que proteger, no queda nada que temer; el miedo era la sombra proyectada por el vestido.

Caminos desde aquí: 21 · 22 · 36 · 46

Logion 38 — Los días en que me buscaréis

Jesús dijo: Muchas veces habéis deseado oír estas palabras que os digo, y no tenéis a nadie más de quien oírlas. Vendrán días en que me buscaréis y no me encontraréis.

Dos frases, dos tiempos: el ahora abierto y el después cerrado. Y entre ambos, una advertencia que no es amenaza sino descripción de cómo funcionan las oportunidades interiores.

La primera mitad reconoce un deseo antiguo: muchas veces habéis querido oír esto. No es un deseo aprendido — es el hambre de fondo, la sed que el Logion 28 buscaba en vano entre los ebrios y que aquí, en los que escuchan, por fin existe. Hay quien pasa décadas sin saber qué le falta y reconoce la respuesta en cuanto la oye; ese reconocimiento es la prueba de que la pregunta ya estaba dentro. Nadie desea lo que no ha rozado alguna vez.

«Y no tenéis a nadie más de quien oírlas.» La frase suena a monopolio y es lo contrario. No dice que solo un hombre posea la verdad — este mismo evangelio derribó la figura del maestro cuando la comprensión llega (Logion 13). Dice algo más incómodo: que esto no se aprende de segunda mano. Hay noticias que se pueden recibir de cualquiera y hay una que no viaja entre personas — la del propio fondo, que solo puede oírse de aquello que ya lo es. Por eso no hay «alguien más»: no porque los otros sean indignos, sino porque en cuanto se busca fuera se busca en la dirección equivocada. El único que puede decírtelo es el Viviente, y el Viviente no es alguien.

De ahí que la segunda mitad no sea un castigo. «Vendrán días en que me buscaréis y no me encontraréis» describe con exactitud lo que le ocurre a quien pospone. No porque una puerta se cierre por despecho, sino porque las cosas maduran y pasan: es la lección del segador entendido que siega el fruto en cuanto está a punto (Logion 21). La comprensión asoma en instantes — un desengaño, una enfermedad, una tarde inexplicable en que todo se transparenta — y esos instantes tienen sazón. Quien los aplaza para cuando tenga tiempo, para cuando esté más preparado, para cuando termine el asunto pendiente, vuelve después al mismo sitio y encuentra el sitio vacío. No es que le nieguen nada. Es que lo maduro se pudre en pie.

Y hay un último sentido, más severo y más liberador a la vez. Los días en que se busca y no se encuentra son, precisamente, los días de la búsqueda como actividad: buscar es la postura de quien supone ausencia. Mientras se busque, no se encontrará — no por castigo, sino por método (Logion 2: la búsqueda debe agotarse). Lo que se busca está diciendo estas palabras ahora, en el único lugar donde nunca miramos. La advertencia y la promesa coinciden: no lo encontrarás mientras lo busques fuera, y no hace falta buscarlo donde ya está.

Camino desde aquí: 2 · 21 · 59 · 92

Logion 39 — Las llaves escondidas

Jesús dijo: Los fariseos y los escribas han recibido las llaves del conocimiento y las han escondido. No entraron ellos, y a los que querían entrar no se lo permitieron. Vosotros, sed astutos como serpientes y sencillos como palomas.

Es el ataque más duro del evangelio, y su blanco no es la religión sino una función: la del intermediario. Fariseos y escribas — los que saben leer, los que custodian el texto, los que administran el acceso. Recibieron las llaves: no las robaron. Les fueron dadas, lo cual agrava el retrato. Lo que se les confió para abrir, lo escondieron.

Y luego la doble acusación, que hay que separar porque son dos cosas distintas. No entraron ellos: la esterilidad del que maneja lo sagrado sin tocarlo, del especialista en Dios que jamás se ha quedado a solas con lo que estudia. Es una condición muy fácil de alcanzar y perfectamente compatible con la erudición, la devoción y la buena fe. Y a los que querían entrar no se lo permitieron: la consecuencia inevitable, porque quien no ha entrado no puede sino administrar la puerta. Nadie que haya visto se dedica a filtrar visitantes.

Ahora bien, ¿pueden esconderse de verdad las llaves? El evangelio ya ha dicho que el Reino está extendido sobre la tierra aunque los hombres no lo vean (Logion 113), que está dentro y fuera (Logion 3), que basta con conocer lo que está delante del rostro (Logion 5). Si eso es cierto, no hay puerta que cerrar. Y ahí está la ironía más honda del dicho: lo que el intermediario esconde no es el acc

eso — es la noticia de que no hace falta llave. Su oficio consiste en persuadirte de que existe una cerradura. El daño no está en guardar el tesoro: está en convencerte de que es suyo, y de que llegar hasta él requiere permisos, méritos, etapas y alguien que los valide. El conocimiento no fue secuestrado; fue rodeado de trámite.

Por eso la instrucción final no es una llamada al asalto de la puerta, sino algo mucho más fino: sed astutos como serpientes y sencillos como palomas. Dos virtudes que en cualquier otro contexto se estorban. La astucia sin sencillez produce al cínico — el que ve el mecanismo del poder religioso y concluye que todo es mecanismo, y con esa lucidez amarga se queda tan fuera como los escribas. La sencillez sin astucia produce al crédulo — el corazón limpio que entrega su acceso al primero que le pida las credenciales. Las dos solas fracasan; juntas hacen posible lo único que sirve aquí: atravesar el aparato sin volverse desconfiado, ver el juego sin perder la inocencia del que puede recibir.

Y esa combinación, dicho sea con el vocabulario del libro, es otro modo de hacer de los dos uno (Logion 22). Serpiente y paloma — lo que reptas y lo que vuela, lo bajo y lo alto — reunidos en un solo movimiento. La respuesta al que administra la puerta no es la revuelta: es una manera de estar completo ante la cual la puerta deja de significar nada.

Camino desde aquí: 22 · 102 · 113 · 5

Logion 40 — La vid plantada fuera

Jesús dijo: Una vid ha sido plantada fuera del Padre, y como no está firme, será arrancada de raíz y perecerá.

La imagen es agrícola y la sentencia parece de exterminio, pero conviene leer el orden de las cláusulas, porque el dicho no dice que la vid será arrancada por castigo: dice que no está firme, y que por eso perecerá. Entre la plantación y la ruina no hay un juez — hay una consecuencia. Lo que no tiene raíz no se sostiene, y para eso no hace falta que nadie intervenga.

¿Y qué es una vid plantada fuera del Padre, si el Padre es la fuente de todo lo que hay? En rigor, nada puede estar fuera: el Reino se extiende dentro y fuera (Logion 3), la luz ilumina el mundo entero (Logion 24), lo divino se derrama sin seleccionar terreno (Logion 9). No existe una región exterior a lo real donde algo pueda plantarse. Y ahí está la clave: lo que se planta fuera no es una cosa, es una ficción — la única «entidad» que puede pretender existir por su cuenta. El yo separado es esa vid. Un ser que se concibe a sí mismo como origen de sí, desconectado de la fuente, sosteniéndose con sus propios logros. No es que sea perverso: es que no está enraizado en nada, porque aquello en lo que dice apoyarse no existe.

Por eso su destrucción no es una tragedia sino un desenlace. Todo lo que se construye desde la separación tiene fecha: los personajes, las obras hechas para durar, las identidades apuntaladas con esfuerzo. Se sostienen mientras dura el esfuerzo — como la roca del Logion 9, donde la semilla germina rápido y muere pronto po

r falta de raíz — y caen en cuanto el esfuerzo cesa. La vida se enca
rga, sin saña, de ir arrancando lo que no tenía raíz: cada pérdida,
cada fracaso, cada envejecimiento hace ese trabajo. Y lo hace, en
el fondo, a favor del que lo padece.

Porque el logion, leído en positivo, dice algo consolador: solo per
ece lo que nunca fue real. Nada que esté verdaderamente enraiza
do en la fuente puede ser arrancado, y todo lo que puede ser arra
ncado no era tuyo. Es la misma sabiduría del campo prestado (Lo
gion 21) desde la otra orilla: allí se aprendía a devolver sin pleito;
aquí se comprende por qué la devolución no empobrece. Lo que l
a vida te quita, examinado de cerca, resulta ser siempre una vid p
lantada fuera.

Caminos desde aquí: 9 · 21 · 57 · 3

Logion 41 — Al que tiene en su mano

Jesús dijo: Al que tiene en su mano se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo poco que tiene.

Suena a injusticia elemental — el rico se hace más rico — y por eso conviene detenerse en cuatro palabras que casi todas las traducciones conservan y casi todos los lectores atraviesan sin ver: en su mano. No dice al que tiene guardado, ni al que tiene mucho. Dice al que tiene en la mano: lo que se sostiene, lo que está en uso, lo que está siendo empleado ahora mismo. La ley que enuncia el dicho no es de propiedad sino de circulación.

Y entonces deja de sonar a injusticia y empieza a sonar a descripción. Todo lo que pertenece al orden de lo vivo funciona así: crece al usarse y se atrofia al guardarse. El músculo, la lengua que se habla, el oficio, la atención. Nada de eso se conserva reservándolo; se conserva gastándolo. Lo contrario — el ahorro — solo vale para las cosas muertas, que es exactamente lo que este evangelio no está tratando. La gracia no se acumula en una cuenta: pasa por las manos o no pasa.

¿Y qué es lo que se tiene en la mano, en el vocabulario del libro? La luz que ya está dentro y que uno puede colocar sobre el candelero o dejar bajo el celemín (Logion 33); el fruto maduro que se siega al instante o se pudre en pie (Logion 21); el instante de reconocimiento, minúsculo como el grano de mostaza, que germina si encuentra suelo (Logion 20). Nadie empieza sin nada — todos tienen su poco. Lo que decide no es la cantidad recibida sino si se pone a trabajar. A quien usa su brizna de lucidez, la vida le va entr

egando más, no como premio sino como consecuencia: cada reconocimiento abre el siguiente. A quien la deja en el bolsillo se le va incluso eso, y tampoco como castigo: lo no usado se apaga.

Queda el filo de la segunda mitad, que no conviene suavizar. Se le quitará incluso lo poco que tiene. Hay una pérdida real, y cualquiera que haya visto y no haya hecho nada con lo visto sabe de qué se trata: la comprensión que un día fue evidente se vuelve recuerdo de una comprensión, luego opinión, luego frase repetida. No se olvida — se enfría. Y llega un punto en que uno puede explicar perfectamente lo que ya no le pasa. Ese es el modo exacto en que se pierde lo poco: conservándolo.

Caminos desde aquí: 33 · 21 · 20 · 70

Logion 42 — Sed transeúntes

Jesús dijo: Sed transeúntes.

Dos palabras — el dicho más corto del evangelio, y probablemente el más comentado. La brevedad no es economía: es método. Un texto que aspira a que el lector encuentre la interpretación (Logion 1) alcanza aquí su forma mínima, un aforismo que no explica nada y lo dispone todo.

En su lectura inmediata, es una instrucción sobre el modo de habitar: pasad, no os instaléis. No como huida del mundo — este evangelio come lo que le pongan delante (Logion 14) y manda ponerse de pie en medio de él (Logion 28) — sino como renuncia a la propiedad. El transeúnte usa el camino sin reclamarlo; atraviesa la ciudad sin necesitar que la ciudad lo reconozca. Es la actitud de los niños en el campo ajeno (Logion 21): habitar plenamente lo que no es de uno, y por eso poder soltarlo sin pleito cuando llegue el reclamo. Todo apego es una tentativa de dejar de ser transeúnte, de convertir la posada en domicilio.

Pero el copto admite un segundo sentido que multiplica el dicho, y que muchos consideran el principal: llegad a ser al pasar, sed en el paso. Ya no una recomendación sobre las cosas, sino una definición del ser. Lo que eres no es una sustancia detenida: es un pasar. Tú no tienes una vida — tú ocurres, como ocurre una llama, que existe únicamente mientras arde y no es nunca la misma. Vista así, la instrucción deja de oponerse a nada: no pide desapego del mundo, pide coincidir con la naturaleza del propio ser, que es tránsito. La identidad fija — el personaje que hay que sostener de

la mañana a la tarde (Logion 36) — es el único intento fracasado de no pasar.

Y los dos sentidos convergen. Quien se sabe paso no se instala, no porque se prive, sino porque no hay quién se instale. Deja de haber propietario, y entonces el mundo entero se vuelve habitable — se puede tocar todo sin agarrar nada, que es la definición más práctica de libertad que ofrece este libro. La eternidad de la que habla Tomás no está en durar. Está en ser lo que no puede detenerse, y saberlo.

Caminos desde aquí: 21 · 36 · 56 · 110

Logion 43 — El árbol y el fruto

Sus discípulos le dijeron: ¿Quién eres tú, que nos dices estas cosas? Jesús les dijo: Por lo que os digo no reconocéis quién soy, sino que os habéis vuelto como los judíos: aman el árbol y odian su fruto, aman el fruto y odian el árbol.

La pregunta ya se hizo en el Logion 13 y nadie aprendió la lección: ¿quién eres? Los discípulos siguen queriendo colocar al que habla en una categoría — profeta, mesías, sabio — como si la identidad del emisor pudiera autenticar el mensaje. Y la respuesta de Jesús desmonta esa dependencia con una precisión que corta: por lo que os digo no reconocéis quién soy. La credencial estaba en las palabras. Quien las oye de verdad ya sabe de dónde vienen; quien pide además un carné no las ha oído.

Y luego la imagen, aplicada con una dureza que el propio texto suaviza haciéndola general: aman el árbol y odian su fruto, aman el fruto y odian el árbol. Es el retrato de una incoherencia que atraviesa toda la vida religiosa. Se venera la fuente y se desprecia lo que produce: se ama a Dios y se desprecia el mundo, su única manifestación; se adora al maestro y se ignora lo que enseña. O al revés: se toman los frutos y se niega el árbol — se aprovecha la sabiduría de una tradición y se rechaza la experiencia viva de la que salió, se disfruta la existencia y se niega su fondo. Las dos operaciones son la misma: cortar en dos lo que es uno.

Ahí está el diagnóstico, y es el de siempre en este libro: el ser-dos (Logion 11) aplicado ahora a lo divino. La mente dividida no puede recibir nada entero, y por eso siempre se queda con la mitad, y

siempre con la mitad equivocada — porque separadas, ambas mitades son falsas. Un árbol sin fruto es una abstracción; un fruto sin árbol es un objeto sin origen. El mundo desconectado de su fuente es materia opaca, y la fuente desconectada del mundo es un dios imaginario. Lo que hay es un solo movimiento: la savia haciéndose higo.

Y de ahí vuelve el filo hacia la pregunta inicial. Los discípulos quieren saber quién es el árbol para decidir si aceptan el fruto. Han invertido el orden: piden la raíz para autorizar lo que ya está en la boca. Pero el fruto se juzga comiéndolo — el logion siguiente sobre los espinos y las uvas dirá que ningún árbol puede dar lo que no es (Logion 45). Si estas palabras alimentan, ya sabes de qué árbol vienen; y si no, ninguna credencial las volverá comestibles. Preguntar quién habla, en vez de escuchar lo que se dice, es la última estrategia de quien prefiere no cambiar: mientras se investiga al emisor, no hay que hacer nada con el mensaje.

Camino desde aquí: 13 · 45 · 11 · 22

Logion 44 — La blasfemia imperdonable

Jesús dijo: Quien blasfeme contra el Padre será perdonado, y quien blasfeme contra el Hijo será perdonado; pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo no será perdonado, ni en la tierra ni en el cielo.

El dicho ha atormentado conciencias durante siglos, leído como la excepción a la misericordia: una ofensa que ni Dios quiere perdonar. Esa lectura convierte el pasaje en el retrato de un juez susceptible, y no encaja con nada de lo que este evangelio ha dicho — un evangelio donde el fuego se arroja sobre todos por igual y la semilla cae en todos los terrenos. Hay otra manera de leerlo, y es estructural: no que el perdón sea negado, sino que en ese caso no haya nadie que pueda recibirlo.

Empecemos por lo perdonable. Blasfemar contra el Padre: insultar a Dios, negarlo, maldecirlo, rechazar la idea entera. Perdonado — y no por indulgencia, sino porque lo que se ofende es una representación. El Padre, en cuanto nombre, es un concepto en la mente del que blasfema; se maldice una imagen, y ninguna imagen es Aquello. Casi todo ateísmo es el rechazo justificado de un dios que tampoco existía para el creyente. Blasfemar contra el Hijo: despreciar al maestro, a la figura, al mediador — igual de inocuo en el fondo, y este mismo evangelio ha ido desmontando esa figura desde dentro (Logion 13: no soy tu maestro). Se puede insultar toda la fachada sin que el edificio se entere, porque la fachada nunca fue el edificio.

Pero el Espíritu no es una representación. Es la presencia viva, la consciencia inmediata, aquello por lo cual hay experiencia y hay reconocimiento — la luz que está dentro del hombre de luz (Logion 24). Blasfemar contra eso no es maldecir un nombre: es negar la propia facultad de ver. Y ahí aparece el porqué del «no será perdonado», sin necesidad de tribunal alguno. El perdón, como toda gracia, tiene que ser recibido, y el órgano que recibe es precisamente lo que se ha negado. Quien rechaza la vista no puede ser convencido por ninguna demostración visual; quien niega que hay luz en él ha desactivado lo único capaz de acoger la respuesta. No es que la puerta esté cerrada: es que se ha declarado inexistente la mano que abriría.

«Ni en la tierra ni en el cielo» sella esa lectura: no hay instancia superior que pueda arreglarlo, porque el problema no está en ninguna instancia. Es lo mismo que dijo el Logion 24 con otras palabras — si no ilumina, es oscuridad — y lo que el Logion 28 describió como ceguera del corazón: no un castigo caído desde fuera, sino el estado que produce quien no se sabe luz.

Queda, entonces, algo que este dicho enseña sin quererlo, y es tranquilizador. Ninguna irreverencia hacia lo sagrado es grave; el escepticismo, la ira contra el cielo, la burla de las formas religiosas — todo eso es perdonado, porque nada de eso toca lo real. Lo único irreparable es de otro orden: cerrarse a lo que uno mismo es. Y aun eso, en rigor, no dura para siempre — porque el fuego arrojado sigue bajo la ceniza (Logion 10), y todo vino termina sacudiéndose (Logion 28).

Camino desde aquí: 24 · 28 · 30 · 13

Logion 45 — De la abundancia del corazón

Jesús dijo: No se recogen uvas de los espinos ni se cosechan higos de los cardos, pues no dan fruto. Un hombre bueno saca el bien de su tesoro; un hombre malo saca el mal del tesoro o malo que hay en su corazón, y dice cosas malas: porque de la abundancia del corazón saca el mal.

El logion continúa la imagen del anterior — el árbol y el fruto — y la lleva desde la crítica a la incoherencia hasta la ley que la explica. Nada puede producir lo que no es. Del espino no salen uvas, y no por falta de voluntad del espino: no están en él. Es una constatación botánica y, aplicada al ser humano, elimina de un golpe toda una manera de entender la vida moral.

Porque la moral corriente trabaja sobre el fruto: corregir conductas, vigilar palabras, esforzarse por producir buenas obras desde un fondo que no ha cambiado. Es agricultura de espinos empeñada en dar uvas — y el resultado es siempre el mismo: frutos artificiales, sostenidos por el esfuerzo, que caen en cuanto el esfuerzo afloja o llega la fatiga. Este evangelio nunca pidió eso. Pidió coherencia (Logion 6: no mintáis, no hagáis lo que odiáis), desnudez (Logion 37), unificación (Logion 22): todas operaciones sobre el árbol, no sobre la cosecha. Cambia lo que eres y el fruto se ocupa solo; intenta cambiar el fruto y solo aprenderás a fingir.

La segunda mitad traslada la imagen al interior con una palabra que lo ordena todo: tesoro. Lo que sale de un hombre no se improvisa — se saca de un depósito. Hay algo almacenado, y lo que e

merge en el momento de hablar no es una elección puntual sino una muestra del inventario. Por eso las palabras delatan tanto: no revelan lo que uno piensa sobre un tema, revelan de qué está lleno. Y de ahí que este logion sea la contracara exacta del Logion 14 — lo que entra no contamina, contamina lo que sale — con el mecanismo ahora explicitado: sale lo que abunda.

«De la abundancia del corazón.» No de su escasez: de su exceso. Lo que rebosa es lo que se derrama, y todos derramamos continuamente sin advertirlo — en el tono con que se contesta, en lo que se comenta de un ausente, en el chiste que se elige. Nadie puede vigilar eso; llega antes que la vigilancia. De ahí la inutilidad de la censura interior y la importancia de la única pregunta útil: ¿de qué me estoy llenando? Lo almacenado hoy es lo que saldrá mañana, sin permiso.

Y en el fondo del dicho, la nota que impide leerlo como condena de personas. Los términos «bueno» y «malo» describen aquí depósitos, no esencias — y un depósito puede vaciarse y llenarse de otra cosa. El espino no puede dejar de ser espino; un ser humano sí, y en eso consiste todo este evangelio. La transformación no se juega en el terreno de las uvas: se juega en el de la raíz, y la raíz cambia por reconocimiento, no por disciplina. Quien descubre lo que es acaba dando fruto de eso, y no puede evitarlo — como el hombre de luz, que ilumina el mundo entero sin proponérselo (Logion 24).

Camino desde aquí: 14 · 43 · 6 · 70

Logion 46 — Hacerse pequeño

Jesús dijo: Desde Adán hasta Juan el Bautista, entre los nacidos de mujer no hay ninguno más grande que Juan el Bautista, de modo que sus ojos no se rompan. Pero yo he dicho: qui en entre vosotros se haga pequeño conocerá el Reino y será más grande que Juan.

El elogio de Juan es total y está cuidadosamente acotado: el más grande entre los nacidos de mujer. Esa cláusula, que en boca de otro sería retórica, en este evangelio es técnica. El Logion 15 ya distinguió lo nacido de mujer — todo lo que entra en la existencia por nacimiento, es decir, toda forma — de aquel que no nació, lo Innacido que se adora deponiendo el rostro. Juan es la cumbre del primer orden: no hay estatura humana mayor. Y precisamente por eso el dicho puede decir a continuación algo que suena absurdo — que cualquiera se hará más grande — sin contradecirse: porque el que se hace pequeño ha dejado de competir en esa escala.

Ahí está el mecanismo, y hay que verlo bien para no leer el logion como un simple elogio de la humildad. No se dice que el pequeño sea más virtuoso que Juan, ni que lo supere en méritos. Se dice que conocerá el Reino, y que por eso será mayor. La grandeza de Juan pertenece al eje horizontal, donde se mide a los nacidos entre sí; el Reino no está en ese eje. Nadie llega a él acumulando estatura — llegaría antes el gigante, como llegarían antes los pájaros si estuviera en el cielo (Logion 3). Se llega descendiendo de la escala: haciéndose pequeño, es decir, dejando de ser alguien mensurable.

Y «pequeño», en este texto, tiene domicilio. Es el niño de siete días que aún no tiene nombre (Logion 4), el lactante que no ha partido el mundo en dentro y fuera (Logion 22), el niño que pisa sus vestidos jugando (Logion 37). No es infantilismo ni falsa modestia — que sigue siendo un modo de medirse, solo que hacia abajo. Es la retirada del personaje: quien no sostiene ninguna imagen de sí no ocupa lugar en ninguna clasificación, y por eso queda libre para conocer aquello que no admite comparación. La verdadera pequeñez no es tener poca estatura: es no estar en la lista.

La frase intermedia sobre los ojos ha desconcertado a todos los traductores y el Apéndice recoge la dificultad; en cualquiera de sus lecturas apunta a una fragilidad de la mirada — algo que no debe romperse, o que no debe apartarse. Y encaja con el conjunto: Juan es el máximo de lo que puede sostener una mirada nacida. Más allá empieza otro modo de ver, el del que ya no mira desde una persona.

Queda entonces la ironía que sostiene todo el dicho. El más grande de la historia queda por debajo del más pequeño del Reino, no porque le falte algo, sino porque le sobra: tiene un tamaño. Y toda la propuesta de este evangelio cabe en esa inversión — no crecer hasta alcanzar lo divino, sino dejar de ser lo bastante grande como para seguir tapándolo.

Camino desde aquí: 15 · 4 · 22 · 37

Logion 47 — Dos caballos, dos arcos

Jesús dijo: No es posible que un hombre monte dos caballos y tense dos arcos; y no es posible que un siervo sirva a dos señores, pues honrará a uno y ofenderá al otro. Nadie bebe vino añejo y desea inmediatamente beber vino nuevo. Y no se echa vino nuevo en odres viejos, para que no se rompan; ni se echa vino añejo en odre nuevo, para que no lo eche a perder. No se cose un remiendo viejo en un vestido nuevo, porque se produciría un desgarrón.

Cinco imágenes seguidas para una sola idea, y la insistencia indica que la idea cuesta: hay cosas que no se combinan. No porque estén prohibidas, sino porque su naturaleza las hace incompatibles — nadie monta dos caballos, y no por falta de destreza.

Los dos caballos y los dos arcos describen la vida dividida con una exactitud física: la del que quiere avanzar en dos direcciones y apuntar a dos blancos. Es la condición ordinaria del que ha oído algo verdadero y no quiere renunciar a nada: sostener el personaje entero y a la vez la comprensión que lo disuelve, servir al mundo de la carencia y al Reino, tener el Logion 22 en la cabeza y la contabilidad intacta en el pecho. No es hipocresía; casi siempre es esperanza. Pero el dicho la desmonta con serenidad: no es posible, y no por decreto — por geometría.

Los dos señores añaden lo que faltaba: no solo es imposible, además es hostil. «Honrará a uno y ofenderá al otro»: en la práctica, cada acto termina eligiendo, aunque la intención pretenda no hacerlo. Quien cree servir a ambos ya sirve a uno — normalmente a

l que no ha nombrado en voz alta. Y ese es el mecanismo silencio so por el cual una vida entera puede transcurrir bajo la apariencia a del equilibrio mientras algo, cada día, decide.

Luego llega el vino, y aquí conviene leer despacio, porque Tomás complica lo que en otros evangelios era simple. Primero: nadie bebe añejo y quiere de inmediato el nuevo. Es una observación sobre el paladar, no sobre la verdad: el que ha probado lo viejo tiene el gusto formado, y lo nuevo le sabrá a poco. Nada de progreso espiritual — el dicho no dice que lo nuevo sea mejor. Y luego los dos sentidos del odre: el vino nuevo revienta el pellejo viejo; el vino añejo se estropea en el odre nuevo. Es decir, la incompatibilidad va en ambas direcciones. Ni la comprensión nueva cabe en la estructura antigua, ni lo antiguo sobrevive trasplantado a la forma nueva sin echarse a perder.

Ahí está el aviso más útil del logion, y es doble. A quien empieza: no intentes meter lo que has visto dentro de la vida que tenías, o denadamente, sin tocar nada — reventará el odre, y suele reventarlo por la costura menos pensada. Y a quien ya ha cambiado de forma: no arrastres la sustancia vieja al recipiente nuevo, porque hay maneras muy nuevas de seguir haciendo exactamente lo de siempre; el lenguaje espiritual es un odre nuevo excelente para almacenar la misma ambición.

El remiendo cierra la serie con la imagen del desgarrón, que es lo que ocurre siempre que se intenta la reforma parcial. Lo que este evangelio propone no es un parche: es hacer de los dos uno (Logion 22), atar las manos del fuerte (Logion 35), quitarse los vestidos y pisarlos (Logion 37) — operaciones que no admiten media me

dida. No porque se exija heroísmo, sino porque una tela y otra no cosen.

Caminos desde aquí: 22 · 35 · 6 · 48

Logion 48 — Los dos que hacen la paz

*Jesús dijo: Si dos hacen la paz entre sí en esta misma casa, d
irán a la montaña: «Muévete», y se moverá.*

Después de cinco imágenes sobre lo que no puede combinarse (Logion 47), llega la única combinación posible — que no es combinación sino reunificación. Y llega con una promesa desmesurada : mover montañas.

La casa donde ocurre es «esta misma casa», y el evangelio ya tiene una casa con habitantes en pugna: la del Logion 16, donde cinco están divididos tres contra dos y dos contra tres. Aquella casa era, en su lectura inmediata, la familia, y en su lectura interior el propio ser fracturado por el despertar. Aquí, en la misma casa, dos hacen la paz. Ambas lecturas siguen abiertas y ambas dicen lo mismo. Entre dos personas: no la paz diplomática del que evita el conflicto, sino la reconciliación real, la que solo es posible cuando cae la frontera que hacía del otro un otro — amar al hermano como a la propia alma (Logion 25). Y dentro de uno: la paz entre las dos mitades que se disputan la vida, la que ya vio y la que define la casa antigua.

Nótese que el dicho no dice «si dos vencen» ni «si uno convence al otro». Dice que hacen la paz. No hay vencedor, y eso es toda la diferencia con la vía del esfuerzo: la unificación no se alcanza aplastando una parte — el asceta contra su león (Logion 7), el asalto frontal a la casa del fuerte (Logion 35) —, sino deponiendo la guerra. Hacer la paz es reconocer que los dos beligerantes estaban hechos de lo mismo, que la disputa era un malentendido sobre qui

én es quién. Y entonces la energía que sostenía el frente queda libre.

De ahí la montaña. La promesa suena a poder taumatúrgico y es más sobria y más radical: describe lo que ocurre cuando cesa la división interior. Casi toda la fuerza de una vida se consume en el conflicto consigo misma — en mantener las dos versiones, en justificar, en resistirse. Quien hace la paz en su casa dispone, de pronto, de una potencia que antes se anulaba a sí misma. Lo imposible que se vuelve posible no es un truco sobre la geología: es la desaparición del obstáculo que hacía imposible casi todo. Las montañas que se mueven cuando uno deja de estar dividido son, casi siempre, las que uno mismo había levantado.

Y hay un último detalle en el número. Dos, no tres ni mil. El evangelio ya dijo que donde hay dos o uno está el Viviente (Logion 30), y que se elegirá uno entre mil (Logion 23). La paz no necesita a sambleas: necesita el mínimo irreducible. Basta que se reconcilien dos — dos personas, dos mitades — para que la casa entera cambie de naturaleza. Porque no eran dos: eso es exactamente lo que se descubre al hacer las paces.

Caminos desde aquí: 16 · 22 · 25 · 106

Logion 49 — Solitarios y elegidos

Jesús dijo: Bienaventurados los solitarios y elegidos, porque encontraréis el Reino; porque de él salisteis y a él volveréis de nuevo.

Dos palabras cargadas — monachos y elegidos — y una razón que las explica a ambas, introducida por un «porque» que no suele leerse con la atención que merece.

Solitarios: los mismos que quedaban en pie después de la guerra de la casa (Logion 16), los que se sostienen siendo uno solo (Logion 23), aquellos con quienes está el Viviente cuando ya no hay muchedumbre (Logion 30). Conviene repetirlo porque la palabra engaña en castellano: no describe a quien vive apartado, sino a quien ha dejado de ser dos por dentro. La soledad del monachos no se mide en compañías sino en costuras. Se puede vivir rodeado y ser uno; se puede vivir en un desierto y llevar dentro la casa entera en guerra.

Elegidos: la palabra que en cualquier otro contexto abriría la puerta al elitismo y que aquí queda desarmada por lo que sigue. Porque la razón de la bienaventuranza no es un privilegio otorgado — es un dato de procedencia: de él salisteis y a él volveréis. La elección no crea la pertenencia; la reconoce. No se es elegido para entrar en un lugar ajeno: se es reconocido como natural de allí. Y eso desactiva de raíz cualquier jerarquía, porque el origen no es propiedad de nadie — todos salieron de ahí, aunque no todos lo sepan (Logion 28: vacíos vinieron y vacíos buscan salir, sin haberse enterado nunca de dónde estaban).

Lo decisivo es el circuito completo, que repite en clave de identidad lo que el Logion 18 dijo en clave de tiempo: donde está el principio, allí estará el fin. Salir y volver — pero no como quien hace un viaje de ida y vuelta por el mundo, porque el Reino no es un sitio que se abandona. Es la fuente presente, aquello de lo que la experiencia brota ahora mismo. Salir de ella es el aparecer de cada instante; volver, su disolución. La vida entera es esa respiración, y la única diferencia entre un hombre y otro es si lo sabe mientras respira.

De ahí que «encontraréis el Reino» no signifique llegar a ninguna parte. Encontrar, aquí, es reconocer la propia procedencia — descubrir que lo buscado es el lugar del que uno nunca se ausentó del todo, porque seguir existiendo es seguir brotando de él. Y por eso la bienaventuranza no promete un futuro: describe un estado. Dichoso el que es uno, porque el que es uno ya no está fuera de nada.

Camino desde aquí: 16 · 18 · 23 · 50

Logion 50 — Venimos de la luz

Jesús dijo: Si os dicen: «¿De dónde venís?», decidles: «Hemos venido de la luz, del lugar donde la luz llegó a ser por sí misma, se estableció y se manifestó en su imagen». Si os dicen: «¿Sois vosotros?», decid: «Somos sus hijos y somos los elegidos del Padre Viviente». Si os preguntan: «¿Cuál es la señal de vuestro Padre en vosotros?», decidles: «Es movimiento y reposo».

Es el pasaje más ceremonial del evangelio: tres preguntas, tres respuestas, con la cadencia de una fórmula que se memoriza. Los gnósticos leyeron aquí un salvoconducto para el ascenso del alma — las contraseñas que se dan a los guardianes de cada esfera. Pero no hace falta cosmología para que el pasaje funcione, y funciona mejor sin ella: las tres preguntas son las que la existencia le hace a cualquiera que empiece a despertar. De dónde vienes. Quién eres. Qué prueba tienes.

De dónde. «Hemos venido de la luz» — y entonces el texto añade la precisión que lo vuelve vertiginoso: del lugar donde la luz llegó a ser por sí misma. No fue encendida por nadie. No procede de una causa anterior. Es el único punto del universo donde algo se origina a sí mismo, y por eso es el origen de todo lo demás. Todo lo que existe puede rastrearse hacia atrás — cada efecto tiene su causa, cada nacido su madre — salvo esto: la luz que se causa a sí misma. En el vocabulario del libro es lo Innacido del Logion 15, el principio en el que hay que mantenerse de pie del Logion 18. Y decir «venimos de ahí» no es reivindicar un linaje noble: es constatar que la consciencia con la que ahora mismo lees no fue produ

cida por nada de lo que aparece en ella.

Luego, dos verbos más: se estableció y se manifestó en su imagen . Primero la estabilidad — la luz no fluctúa, no se enciende y se apaga; es lo permanente frente a lo que pasa (Logion 11: este cielo pasará). Después la manifestación: se muestra en su imagen. La imagen no es un sustituto ni una copia degradada; es el modo en que lo que no tiene forma se hace visible. El mundo entero es esa imagen, y también lo eres tú — de ahí que el Logion 22 hablara de recibir una imagen en lugar de una imagen, y de ahí que este texto pueda mirar la creación sin desprecio.

Quién. «Somos sus hijos y somos los elegidos del Padre Viviente. » Hijos, con el sentido exacto del Logion 3: no criaturas subordinadas sino misma naturaleza — el hijo del fuego es fuego, el hijo de la luz es luz. Y elegidos, con el sentido que el logion anterior acababa de desarmar: no seleccionados por favor, sino reconocidos como naturales del origen. Fíjese además en la forma de la pregunta: «¿sois vosotros?» — tan escueta que casi no es pregunta. Es la interpelación que la vida hace continuamente: ¿de verdad eres tú eso que dices ser? Y la respuesta no alega méritos ni experiencias . Alega procedencia.

Qué señal. Es la más hermosa de las tres, y la más difícil de falsificar. Podría haberse respondido: milagros, paz permanente, éxtasis, virtud. La señal del Padre en vosotros es «movimiento y reposo». Dos palabras que en cualquier otro sistema se excluyen y que aquí se dan juntas como una sola marca. Reposo solo sería inercia — el quietismo del que confunde la anapausis (Logion 2, Logion 27) con no hacer nada. Movimiento solo sería agitación: la vida

ordinaria, la de los ebrios que no paran (Logion 28). La señal es la coincidencia: actuar sin agitarse, descansar sin apagarse. Un ser humano puede estar trabajando, discutiendo, cargando peso, y algo en él no se ha movido en absoluto; y puede estar completamente quieto y vivísimo. Esa es la firma, y no se puede imitar, porque no es una conducta — es lo que ocurre cuando ya no hay dos: el que actúa y el que descansa resultaron ser el mismo.

Y no es casual que la última respuesta sea, otra vez, la unión de un par de opuestos. El evangelio entero cabe en esa fórmula: hacer de los dos uno (Logion 22). Preguntada por la prueba de lo divino, la tradición de Tomás no señala un poder ni una emoción. Señala una paradoja resuelta.

Caminos desde aquí: 18 · 19 · 2 · 22 · 77

Logion 51 — Ya ha llegado

Sus discípulos le dijeron: ¿Cuándo llegará el reposo de los muertos y cuándo vendrá el mundo nuevo? Él les dijo: Lo que esperáis ya ha llegado, pero vosotros no lo conocéis.

La pregunta reúne las dos grandes esperanzas de la religión de su tiempo — el descanso de los que murieron, la renovación del mundo — y las pone donde la mente siempre las pone: en el futuro. Es la misma estructura de la pregunta por el fin (Logion 18) y por el cuándo de la manifestación (Logion 37). El «cuándo» es el idioma natal de la mente dividida: mientras haya un tiempo por delante, hay dónde alojar lo que no se quiere mirar ahora.

Y la respuesta es una de las frases más breves y más demoledoras del evangelio. No dice: pronto. No dice: cuando os purifiquéis. Dice que ya está aquí, y que no lo conocéis. Nótese la elección del verbo — no «no lo veis», sino no lo conocéis: falta reconocimiento, no información. Lo esperado no está oculto; está delante del rostro (Logion 5), extendido sobre la tierra sin que los hombres lo vean (Logion 113). El obstáculo no es la distancia — es la expectativa misma, que al proyectar hacia delante impide reconocer lo presente. Se busca en el futuro y por eso no se encuentra en el único sitio donde algo puede encontrarse.

Aplíquese a las dos esperanzas nombradas y el dicho se vuelve concreto. ¿El reposo de los muertos? El reposo — la anapausis del Logion 2, el sábado hecho sábado del Logion 27 — no es una recompensa póstuma: es lo que aparece en cuanto cesa el hacedor, cuando alquiere tarde, sin permiso de nadie. Y los muertos, en este evange

lio, no son los difuntos: son los que viven sin saberse (Logion 11), aquellos de quienes se dice que no viven. Su reposo llega cuando despiertan, no cuando los entierran. ¿El mundo nuevo? Tampoco es otro mundo: es este, visto sin la partición. Lo nuevo no vendrá — está esperando ser reconocido, como el fuego bajo la ceniza (Logion 10) y como la tierra que ya eres (Logion 9).

Queda lo más incómodo del dicho, que es su consecuencia práctica. Si lo que se espera ya ha llegado, entonces la espera no es una virtud paciente: es el obstáculo. Toda una vida religiosa puede consistir en aguardar con devoción aquello que se tiene delante — y la devoción no la salva, la perpetúa. Este evangelio no promete nada para después. Solo señala, una y otra vez, hacia lo que ya está ocurriendo mientras se lee la promesa.

Caminos desde aquí: 113 · 18 · 3 · 5

Logion 52 — Los veinticuatro profetas

Sus discípulos le dijeron: Veinticuatro profetas hablaron en Israel, y todos hablaron de ti. Él les dijo: Habéis dejado al Viviente que está delante de vosotros y habéis hablado de los muertos.

Los discípulos creen estar rindiendo homenaje. Han hecho el trabajo devoto por excelencia: revisar la tradición entera — los veinticuatro libros de la escritura hebrea — y encontrar en cada profeta un anuncio del maestro que tienen delante. Es exactamente lo que hará después la teología cristiana durante siglos, con enorme erudición. Y la respuesta de Jesús es un jarro de agua fría que no niega el contenido: niega la operación.

«Habéis dejado al Viviente que está delante de vosotros.» El verbo es duro — abandonar. Mientras se rastreaban las profecías, el Viviente estaba ahí, en la habitación, disponible; y la investigación, precisamente por absorbente, fue una forma exquisita de ausentarse. Es el mismo mecanismo del Logion 43, donde preguntar quién habla sustituía a escuchar lo dicho: siempre hay una tarea intelectual respetabilísima disponible para no tener que estar presente. La erudición sobre lo sagrado puede ser el modo más elegante de mantenerlo a distancia, porque conserva todos los signos de la reverencia y ninguna de sus consecuencias.

«Y habéis hablado de los muertos.» No es un insulto a los profetas: es una descripción de su estatuto para el que los cita. Un texto, por inspirado que sea, es palabra fijada — no responde, no interpela, no cambia. Se le puede interrogar indefinidamente sin riesgo

alguno. El Viviente, en cambio, es lo que está ocurriendo, y por eso incómodo: no se deja archivar. La oposición del dicho no es entre tradición y novedad, sino entre lo que se estudia y lo que se encuentra. Todo lo estudiado está muerto en ese sentido preciso — incluido, conviene decirlo, este mismo comentario, y el evangelio que comenta. También ellos son veinticuatro profetas para quienes los use como sustituto de mirar.

Y ahí está la advertencia que atraviesa el libro entero: lo que está delante del rostro (Logion 5) tiene un competidor formidable, y no es el vicio ni la distracción vulgar — es la actividad espiritual bien hecha. La lectura, el comentario, la comparación de tradiciones, la búsqueda de correspondencias; todo eso ocurre siempre en el pasado o en el texto, es decir, en cualquier lugar menos aquí. El evangelio no pide quemar la biblioteca. Pide advertir el momento — y hay uno, en toda vida de estudio — en que los libros dejan de señalar hacia lo vivo y empiezan a ocupar su sitio.

Caminos desde aquí: 5 · 43 · 31 · 51

Logion 53 — La circuncisión verdadera

Sus discípulos le dijeron: ¿Es útil la circuncisión o no? Él les dijo: Si fuera útil, su padre los engendraría circuncidados de su madre. Pero la verdadera circuncisión en espíritu ha encontrado provecho total.

La respuesta empieza con un argumento de una comicidad seca y de una lógica impecable: si Dios hubiera querido hombres circuncidados, los habría hecho así. Lo esencial no se añade después. Todo lo que hay que agregar al ser humano para volverlo aceptable declara, por su misma existencia, que no era necesario — porque lo que de verdad hace falta viene puesto de fábrica. Es el mismo principio que gobierna el ayuno, la oración y la limosna en los logia 6 y 14: ninguna práctica añadida acerca a lo que ya está.

Pero el dicho no se queda en la burla. Da un segundo paso, y ahí está su hallazgo: no niega la circuncisión — la traslada. Hay una que sí es útil, «la circuncisión en espíritu», y de ella se dice que ha encontrado provecho total. Se conserva el símbolo y se cambia la carne por la que corresponde. ¿Qué se corta, entonces? La imagen es precisa y conviene no diluirla: se retira lo que cubre. La circuncisión es el descubrimiento de algo que estaba envuelto — y lo que envuelve la mirada humana es la separación, la viga en el ojo (Logion 26), el vestido que hay que pisar (Logion 37). Cortar eso es la única operación que produce provecho, y produce el total: no una mejora, sino el todo, porque debajo del velo no hay una parte de la verdad sino la verdad entera.

Hay además un detalle que este evangelio ya sembró y que aquí c

ierra el círculo. En el Logion 4, el niño interrogado por el anciano tenía siete días — es decir, era el niño antes de la circuncisión del octavo día, antes de la primera marca de pertenencia, antes de entrar en el sistema de las diferencias. Aquel niño sabía el lugar de la Vida precisamente porque nada se le había añadido todavía. Y ahora se nos dice que la única circuncisión provechosa es la que no añade nada: la que quita. Las dos puntas se tocan. El octavo día marcó al hombre con una señal de grupo; la circuncisión del espíritu le retira esa y todas las demás.

Por eso el logion, que parece una disputa ritual antigua, sigue estando dirigido a cualquiera. Todos llevamos nuestras marcas de pertenencia — no de carne, pero igual de visibles: la tribu, la escuela, el bando, la identidad espiritual bien surtida. Cada una promete provecho parcial y a cambio cobra lo mismo: te distingue, es decir, te divide. La única señal que interesa a este evangelio es la que se dio en el logion anterior a este, cuando alguien preguntó por la señal del Padre: movimiento y reposo (Logion 50). No se lleva en el cuerpo y no se ve en el censo.

Camino desde aquí: 4 · 6 · 14 · 50

Logion 54 — Bienaventurados los pobre

S

Jesús dijo: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los cielos.

La bienaventuranza más conocida del cristianismo aparece aquí en su forma escueta, sin el «de espíritu» que Mateo añade y sin la contrapartida de Lucas. Y en este evangelio produce, a primera vista, un choque: el Logion 3 dijo que quien no se conoce a sí mismo habita en la pobreza — y que es la pobreza. ¿Cómo puede ahora ser bienaventurada?

La contradicción se resuelve advirtiendo que hay dos pobreza, y que el libro las distingue con cuidado. La primera es la del que está vacío y no lo sabe: los que vinieron vacíos al mundo y vacíos buscan salir de él, llenos de vino y por eso incapaces de sed (Logion 28). Esa pobreza es maldita, no por castigo, sino porque se ignora y por tanto se perpetúa: nadie llena un vaso que se cree lleno. La segunda es la del que no tiene nada que defender — el niño que devuelve el campo sin pleito (Logion 21), el que se desnuda sin vergüenza (Logion 37), el transeúnte que no se instala (Logion 42). Esa pobreza no es carencia: es disponibilidad.

Y de ahí el «porque». El Reino es vuestro — no será, es — precisamente porque no hay en vosotros nada que ocupe su sitio. La riqueza estorba en el sentido más literal: cada cosa que se posee exige atención, defensa, mantenimiento; y no se habla solo de bienes, sino de todo lo que se tiene — razones, certezas, méritos, una imagen que sostener. El rico de este evangelio no es el que tiene

mucho dinero: es el que está ocupado. Es el terreno de los espinos, donde la semilla no muere por hostilidad sino por falta de sitio (Logion 9).

Nótese, por último, que el dicho no manda empobrecerse. No hay aquí programa ascético — este evangelio ya se rio de las prácticas que se emprenden para merecer (Logion 14). Constata un hecho de capacidad: lo vacío recibe. Y deja al lector la única pregunta que se sigue de ello, que no es cuánto tienes, sino cuánto de lo que tienes te tiene a ti.

Caminos desde aquí: 3 · 28 · 21 · 63

Logion 55 — Odiar padre y madre

Jesús dijo: Quien no odie a su padre y a su madre no podrá ser discípulo mío; y quien no odie a sus hermanos y hermanas y no lleve su cruz como yo, no será digno de mí.

Es el dicho más áspero del evangelio y el que más daño ha hecho leído literalmente. Conviene empezar por la lengua: en el semítico que subyace al texto, «odiar» funciona a menudo como el término fuerte de una comparación — preferir radicalmente una cosa a otra, desprender, soltar el vínculo. No describe un sentimiento hostil, sino una desvinculación. El Logion 25, en el mismo libro, manda amar al hermano como a la propia alma; quien lea aquí una licencia para el desprecio familiar está leyendo contra el conjunto.

Pero suavizarlo del todo sería traicionarlo, porque el filo es real y apunta a algo preciso. Lo que hay que soltar no son las personas: es lo que las personas te hicieron ser. La familia es la primera fábrica de identidad — el lugar donde a cada uno le dijeron quién es antes de que pudiera preguntárselo, y donde ese quién quedó fijado con el peso del amor, que es el pegamento más fuerte que existe. Padre y madre no son solo dos seres queridos: son la versión de ti que llevas dentro desde antes de tener palabras. Y esa versión, mientras no se suelte, decide más que cualquier convicción adulta. Por eso el dicho es tan duro: no pide renunciar a lo que uno tiene, sino a lo que uno cree ser.

Es la casa en guerra del Logion 16, ahora vista desde el lado del que se va. Allí se dijo que el despertar rompe el pacto familiar y qu

e padre e hijo se enfrentan; aquí se nombra el precio desde dentro. Nadie deshace su identidad heredada sin que se resienta el tejido que la sostenía. Y quien no está dispuesto a eso — dice Jesús sin adornos — puede seguir el camino un buen trecho, pero no hasta el final, porque el final consiste exactamente en eso: en no ser ya el hijo de nadie salvo del Padre Viviente (Logion 3, Logion 15: aquel que no nació de mujer).

«Y no lleve su cruz como yo.» En este evangelio no hay expiación ni sacrificio redentor — el Logion 1 prometió no gustar la muerte por comprensión, no por sangre derramada. La cruz aquí no es un instrumento de rescate: es el peso de sostenerse solo, de pie (Logion 16), sin el apoyo del consenso que antes te decía quién eres. Es el precio del monachos. Y llevarla «como yo» significa llevarla del mismo modo: sin dramatismo y sin queja, como quien carga a lo que le corresponde por haber visto.

Queda, al final, la paradoja que redime el dicho entero. Quien suelta a los suyos como fuente de identidad puede, por primera vez, quererlos de verdad — no como espejo que confirma quién es, no como deuda, no como tribunal. La desvinculación no es el final del amor: es su condición. Solo el que ya no necesita a nadie para saber lo que es puede amar al hermano como a su propia alma.

Camino desde aquí: 16 · 25 · 101 · 105

Logion 56 — El mundo como cadáver

Jesús dijo: Quien ha conocido el mundo ha encontrado un cadáver, y quien ha encontrado un cadáver, de él el mundo no es digno.

La frase suena a desprecio del mundo y no lo es — o no en el sentido que se le suele dar. Conviene recordar qué llama mundo este evangelio: no la creación, que sirve al que la habita bien (Logion 19) y de la que se come sin miedo lo que le pongan a uno delante (Logion 14), sino el modo de habitarla desde la separación, la existencia organizada como sistema de objetos para un yo que los quiere y los teme (Logion 27). Eso es lo que resulta ser un cadáver en cuanto se lo conoce de verdad.

Y la palabra está bien elegida, porque un cadáver no es algo malo: es algo sin vida propia. Ahí está el hallazgo. Mientras se cree que las cosas contienen la vida — que la felicidad está en aquel logro, que la plenitud está en aquella persona, que el sentido está guardado en algún objeto del mundo —, la existencia entera es una persecución. Conocer el mundo, en el sentido fuerte del verbo, es descubrir que ninguna de esas cosas tenía nunca dentro lo que se le atribuía. Lo que parecía latir en ellas era luz prestada: la vida estaba siempre en el que miraba, y el mundo solo la reflejaba (Logion 24: la luz está dentro del hombre de luz e ilumina el mundo entero).

Ese descubrimiento tiene un sabor amargo la primera vez, y este evangelio no lo disimula. Es la turbación del Logion 2, el momento en que lo hallado desmiente lo que se creía. Encontrar un cadá

ver donde se buscaba un amante es una experiencia dolorosa — y es exactamente lo que le ocurre a quien ha perseguido durante años una promesa que el mundo nunca prometió. Pero es una desilusión en el sentido literal: el fin de una ilusión, no el fin de la vida. Nada muere en ese momento salvo una atribución equivocada.

Y luego la segunda mitad, que invierte la relación por completo: de quien ha encontrado el cadáver, el mundo no es digno. La fórmula es sorprendente porque el mundo pasa de ser lo deseado a ser lo insuficiente, y no por decreto moral. Es una cuestión de escala: quien ha visto dónde estaba la vida ya no puede ser medido por lo que solo la reflejaba. Nada de lo que el mundo puede dar o quitar alcanza a tocarlo — que es la misma invulnerabilidad de la ciudad sobre el monte (Logion 32) y la libertad del transeúnte (Logion 42).

Queda entonces la paradoja que salva al dicho de todo pesimismo. El que ha encontrado el cadáver es el único que puede, después, disfrutar el mundo de verdad. Mientras se le exigía que fuera la Vida, el mundo decepcionaba sin descanso; liberado de esa exigencia imposible, recupera su gracia — vuelve a ser el mar donde los peces pequeños nadan sin tener que alimentar a nadie (Logion 8). No se abandona el mundo al conocerlo. Se deja de comérselo.

Camino desde aquí: 27 · 80 · 110 · 111

Logion 57 — La cizaña y el trigo

Jesús dijo: El Reino del Padre se parece a un hombre que tenía buena semilla. Su enemigo vino de noche y sembró cizaña entre la buena semilla. El hombre no permitió que arrancar an la cizaña; les dijo: No sea que vayáis a arrancar la cizaña y arranquéis el trigo con ella. Porque el día de la siega aparecerá la cizaña; será arrancada y quemada.

Toda la parábola gira sobre una negativa: el dueño no deja arrancar. Y esa negativa es la enseñanza, porque contradice el instinto de cualquiera que se tome en serio su transformación. Lo primero que quiere hacer el que despierta es limpiar el campo — extirpar lo que sobra, corregir el carácter, cortar de raíz lo indigno. El dueño lo prohíbe, y da una razón puramente práctica: en ese estado no se distinguen, y arrancaréis el trigo con la cizaña.

Es una observación de una exactitud incómoda. En un campo joven, la cizaña y el trigo se parecen tanto que ni el ojo experto los separa; y bajo tierra sus raíces se entrelazan, de modo que arrancar una arrastra la otra. Lo mismo ocurre dentro. Las cualidades y los defectos de una persona no son dos plantas distintas: comparten sistema radicular. La misma intensidad que produce la ira produce la pasión que sostiene una obra; la misma sensibilidad que hace daño hace la ternura; la ambición y la generosidad beben con frecuencia del mismo pozo. Quien se poda con celo suele descubrir tarde que ha cortado, junto a lo que le molestaba, lo único que tenía vivo. Es el error del asceta que combate su león y acaba con un hombre apagado en lugar de un hombre completo (Logion 7).

De ahí la instrucción, que es una de las más difíciles de este evangelio: dejar crecer. No es indulgencia ni resignación — el dicho no dice que la cizaña sea buena ni que dé igual. Dice que no es el momento, y que la impaciencia hace más daño que la maleza. Lo que se pide es una paciencia activa, del tipo que sostiene también el fuego guardado bajo la ceniza (Logion 10): confiar en que el tiempo hace un trabajo que la voluntad no puede hacer.

Porque el criterio llega solo: «el día de la siega aparecerá la cizaña». Madurar es diferenciarse. Lo que en su juventud era ambiguo, al dar fruto se declara — y entonces la distinción no requiere esfuerzo ni juicio, se ve. Es la ley del Logion 45: cada árbol acaba diciendo lo que es por lo que produce. La discriminación no se ejerce, se recibe; el que espera acaba sabiendo lo que el que se apresura solo podía adivinar.

Nótese, por último, cuándo sembró el enemigo: de noche, mientras los hombres dormían. No hay aquí una teoría del mal — hay una observación sobre la inconsciencia. Lo que divide entra siempre en la parte no mirada de uno, en la hora en que no había nadie despierto. Y como entró sin ser visto, no puede salir a tirones: sale al ser visto, cuando el campo entero se ilumina. La única siega que este evangelio conoce es el reconocimiento.

Caminos desde aquí: 9 · 45 · 21 · 10

Logion 58 — El que ha sufrido

Jesús dijo: Bienaventurado el hombre que ha sufrido; ha encontrado la Vida.

Una línea, y hay que leerla con cuidado para no convertirla en lo que no es. No dice: bienaventurado el que sufre. No dice que el dolor sea bueno, ni que haya que buscarlo, ni que purifique por sí solo. El verbo está en pasado — ha sufrido — y el hallazgo se enuncia como consecuencia, no como recompensa: ha encontrado la Vida. No se premia el sufrimiento; se constata que algo se abrió en él.

¿Qué se abre? El evangelio ya lo dijo de otra manera. Los hombres están ebrios y no tienen sed (Logion 28); lo que impide recibir no es la maldad sino la saciedad. Y el vino se sacude — así terminaba aquel logion, y aquí tenemos el modo más frecuente en que se sacude. El dolor es lo que rompe la anestesia. No enseña nada por sí mismo, pero deja de funcionar todo lo que tapaba: la ocupación, la certeza, la sensación de que el asunto está bajo control. En ese hueco, por primera vez en años, algo puede entrar.

También es el segundo paso de la secuencia del Logion 2, la turbación que sigue al encuentro. Allí se advertía que el hallazgo no es primero éxtasis sino conmoción, y que atravesarla — no evitarla — es lo que la transfigura en asombro. Este dicho dice lo mismo en tres palabras y desde el otro extremo: mirando hacia atrás, desde el que ya salió. Por eso la bienaventuranza es retrospectiva. Nadie llama bienaventurado a su dolor mientras lo tiene encima, y quien lo hace suele estar consolándose. Se dice después, cuando

se ve qué se llevó por delante y qué dejó al descubierto.

Y conviene decir lo que el dicho, honestamente leído, no garantiza. Sufrir no produce la Vida automáticamente — hay dolor que endurece, que amarga, que fabrica identidades enteras a su alrededor. La diferencia no está en la intensidad del golpe sino en si se atraviesa o se administra. El que hace de su herida una casa se queda a vivir en ella; el que la deja pasar descubre que, al derrumbarse lo que creía ser, quedó algo que no estaba en la lista de pérdidas. Eso encontrado es lo que este evangelio llama la Vida — no una vida mejor, sino aquello que no puede perderse porque nunca fue una posesión.

Caminos desde aquí: 2 · 28 · 21 · 69

Logion 59 — Mirad al Viviente mientras vivís

Jesús dijo: Mirad al Viviente mientras vivís, no sea que muráis y busquéis verlo y no podáis.

Es la misma urgencia del Logion 38 — vendrán días en que me buscaréis y no me encontraréis — pero afilada hasta el hueso. Y si se lee con las categorías del propio evangelio, deja de sonar a amenaza de ultratumba y se vuelve una descripción precisa de la única oportunidad que hay.

Recordemos quiénes son los muertos aquí. No los difuntos: «los muertos no viven, y los vivos no morirán» (Logion 11) — muertos son los que existen sin saberse, biografías sin nadie dentro, ciegos de corazón (Logion 28). Y entonces el dicho dice algo muy distinto de lo que parece: mirad ahora, mientras hay alguien que mira, no sea que os convirtáis en eso y ya no podáis. No habla del final del cuerpo. Habla del proceso, mucho más común y mucho menos visible, por el cual una persona se va apagando dentro de su propia vida — hasta que un día ya no hay órgano para reconocer nada, y la búsqueda continúa mecánicamente sin que nadie la haga.

Porque la capacidad de ver no es un derecho adquirido: se ejerce o se pierde. Es la ley del Logion 41 — al que tiene en su mano se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo poco — aplicada a lo único que importa. Lo que hoy es una intuición viva, si no se mira, mañana es una frase; y una frase, con los años, es un obstáculo, porque ocupa el lugar de lo que nombraba. Así se llega a pode

r explicar perfectamente lo que ya no se experimenta. Ese es el estado en que se busca y no se encuentra: no falta el objeto, falta el buscador.

«Mientras vivís» tiene entonces un doble filo, y los dos cortan hacia el presente. Mientras dure el cuerpo, sí — porque el reconocimiento se hace en la forma, no después de ella. Y mientras haya vida en la mirada: mientras algo en ti todavía se sorprenda, todavía dude, todavía sienta que falta algo. Esa insatisfacción es el capital; es la sed que el Logion 28 no encontró en nadie. Quien la tiene y la aplaza está gastando lo único con lo que puede comprar.

Y el objeto de la mirada es lo más cercano que existe: el Viviente, que no es una figura del pasado ni una promesa futura, sino lo que está delante del rostro (Logion 5) y ya ha llegado sin que se lo conozca (Logion 51). No pide un viaje. Pide levantar la vista antes de que se apague.

Caminos desde aquí: 11 · 38 · 51 · 41

Logion 60 — El cordero y el reposo

Vieron a un samaritano que llevaba un cordero y entraba en Judea. Él dijo a sus discípulos: Ese hombre, alrededor del cordero. Ellos le dijeron: Para matarlo y comerlo. Él les dijo: Mientras esté vivo no lo comerá, sino solo si lo mata y se convierte en cadáver. Ellos dijeron: De otro modo no podrá hacerlo. Él les dijo: Vosotros también, buscad un lugar para vosotros en el reposo, no sea que os convirtáis en cadáver y os coman.

La escena es una de las pocas del evangelio con paisaje: un hombre en el camino, un cordero al hombro, una conversación que empieza como observación banal y termina en el centro del libro. Y el método es el de un maestro que no explica sino que hace mirar: «ese hombre, alrededor del cordero» — una frase casi muda, que obliga a los discípulos a completarla. Ellos lo hacen con lo obvio: lo lleva para matarlo. Y Jesús, en lugar de corregirlos, extrae de lo obvio una ley.

La ley es esta: solo se puede comer lo que está muerto. Mientras el cordero vive, es intocable en un sentido preciso — no puede ser asimilado, no puede convertirse en sustancia de otro. Para ser devorado hay que ser primero cadáver. Es una obviedad de cocina y es una descripción exacta de lo que le ocurre a un ser humano en el mundo.

Porque el mundo devora, y lo hace de la única manera en que puede: convirtiendo antes a las personas en cosas. Lo que se come de alguien no es su cuerpo — es su vida vuelta objeto. El trabajo q

ue consume a quien se ha identificado con su función; la opinión ajena que devora a quien se ha hecho imagen; la ideología, el mercado, la familia, la causa, que se alimentan sin excepción de individuos que ya se habían convertido en piezas. Y siempre en ese orden: primero la persona se hace cosa, después es consumida. Nadie puede comerse a un ser vivo — es decir, a alguien que sigue siendo sujeto, que no se ha reducido a ningún papel, que no está disponible como material. Eso es lo que el logion llama, sin adornos, no ser cadáver.

De ahí la instrucción, y es notable que no sea una defensa: busca un lugar para vosotros en el reposo. No dice: defendeos, resistid, luchad contra los que os devoran. Dice reposo — la anapausis que corona la secuencia del despertar (Logion 2), el sábado hecho o sábado del Logion 27, la mitad quieta de la señal del Padre (Logion 50: movimiento y reposo). Y la elección es exacta, porque lo que vuelve a alguien comestible no es la debilidad: es la agitación. El que se afana, el que necesita, el que persigue, ya está entregando el cuello. En cambio, quien reposa en su fondo no ofrece asidero — no porque se proteja, sino porque no hay ahí una cosa que agarrar. La invulnerabilidad de la ciudad sobre el monte (Logion 32) es esta misma: no está fortificada contra el mundo, está fuera de su alimentación.

Y hay una última resonancia en el cordero, que el evangelio deja pasar sin comentario y por eso mismo hay que oír. El cordero llevado a Judea es el animal del sacrificio, el símbolo que toda una tradición — y luego otra — pondría en el centro de su salvación. Aquí no se lo diviniza: se lo usa como ejemplo de lo que le pasa al vivo cuando se lo convierte en objeto ritual. Este evangelio no s

alva por sangre derramada. Salva, si esa palabra vale, por dejar d
e ser algo que pueda ser comido.

Caminos desde aquí: 2 · 27 · 50 · 56

Logion 61 — Los dos en el lecho

Jesús dijo: Dos reposarán en un lecho: uno morirá, el otro vivirá. Salomé dijo: ¿Quién eres tú, hombre? Como venido de Uno te has subido a mi lecho y has comido de mi mesa. Jesús le dijo: Yo soy el que viene del que es indiviso; se me ha dado de lo que es de mi Padre. Salomé dijo: Yo soy tu discípula. Jesús le dijo: Por eso digo: cuando alguien es indiviso, se llenará de luz; pero cuando está dividido, se llenará de oscuridad

.

El logion empieza con una imagen desconcertante y termina con la fórmula más limpia del evangelio. En medio, una mujer que pregunta bien.

«Dos reposarán en un lecho: uno morirá, el otro vivirá.» En los evangelios canónicos, una frase parecida ilustra la separación repentina en el día final. Aquí, dentro de un libro donde muertos y vivos ya fueron redefinidos (Logion 11), significa otra cosa: la misma situación, dos destinos. Idéntico lecho, idéntica noche, idéntica vida por fuera — y uno está muerto y el otro vive. Lo que decide no es la circunstancia sino el estado. Ninguna condición exterior produce el despertar ni lo impide; dos personas pueden compartirlo todo y no habitar el mismo mundo. Es la constatación más igualitaria y más severa del libro: nadie tiene mejores condiciones que nadie, y por eso nadie tiene excusa.

Entonces habla Salomé, y su pregunta merece atención porque es la única del evangelio formulada con desconfianza legítima: ¿quién eres tú, hombre, que te subes a mi lecho y comes de mi mesa?

a? Es la pregunta del Logion 13 y del 43 — ¿quién eres? — pero hecha desde la intimidad doméstica, no desde la especulación teológica. Y contiene ya la intuición de la respuesta: «como venido de Uno». Ella percibe la procedencia antes de que él la enuncie.

La respuesta es la declaración de identidad más importante que Jesús hace en este texto: soy el que viene del que es indiviso. No dice: soy el Mesías, soy el hijo de David, soy el enviado. Se define por su origen, y el origen no es una persona sino una cualidad: lo que no está dividido. Es el mismo lugar del Logion 50 — la luz que llegó a ser por sí misma — nombrado ahora por su rasgo esencial. Lo divino, en Tomás, no se caracteriza por el poder ni por la bondad: se caracteriza por no ser dos. Y «se me ha dado de lo que es de mi Padre» completa la fórmula sin jerarquía: lo recibido no es un cargo, es la sustancia misma; el hijo del fuego es fuego (Logion 3).

Salomé responde con cuatro palabras — soy tu discípula — y su brevedad es el equivalente femenino del silencio de Tomás en el Logion 13. No pide pruebas, no compara, no clasifica. Ha oído de dónde viene y le basta, porque reconocer la procedencia del otro es haber rozado la propia.

Y entonces llega la sentencia que podría servir de resumen a todo el libro: cuando alguien es indiviso, se llena de luz; cuando está dividido, se llena de oscuridad. Nótese que no se habla de mérito, ni de creencia, ni de conducta. Se habla de estructura. La luz no es una recompensa que se otorga al bueno: es lo que sucede en un ser que ha dejado de estar partido, del mismo modo que la oscuridad no es un castigo sino lo que ocurre cuando la luz interior no s

e reconoce (Logion 24: si no ilumina, es oscuridad). Y con eso queda dicho por qué el programa del Logion 22 — hacer de los dos uno — no es una técnica más entre otras: es la única variable. Todo lo demás, en este evangelio y fuera de él, son consecuencias.

Caminos desde aquí: 22 · 24 · 11 · 106 · 50

Logion 62 — Que tu izquierda no lo sepa

Jesús dijo: Digo mis misterios a los que son dignos de mis misterios. Lo que haga tu derecha, que no lo sepa tu izquierda.

Dos frases que parecen inconexas y forman una sola enseñanza sobre el modo en que lo esencial se transmite y se ejerce: sin publicidad, y sobre todo sin autopublicidad.

La primera podría leerse como esoterismo de casta — hay dignos e indignos, y la verdad se reserva. Pero este evangelio ya cerró esa puerta: mandó predicar desde los tejados lo que se oye con el oído (Logion 33) y acusó a los escribas de esconder las llaves (Logion 39). No hay aquí un club. Lo que hay es una constatación sobre la naturaleza de lo que se transmite: el misterio no se guarda, se malgasta. Dicho a quien no está preparado, no produce comprensión sino ruido — o peor, una frase memorizada que a partir de entonces ocupará el sitio de la experiencia. Ser «digno» no es haber acumulado méritos: es tener sed (Logion 28). Y el maestro que habla al que no la tiene no está siendo generoso; está fabricando repetidores.

La segunda frase traslada el principio del hablar al hacer, y es una de las imágenes más finas del texto. La mano derecha actúa; la izquierda no debe enterarse. Como consejo social, se entiende: no anuncies tu limosna. Pero el dicho no habla de otros — habla de tus dos manos, es decir, de un secreto dentro de un mismo cuerpo. Lo que no debe enterarse no es el vecino: es una parte de ti.

¿Cuál? La que lleva la contabilidad. En el instante en que el yo registra el bien que acaba de hacer, la acción cambia de naturaleza: deja de ser un gesto y se convierte en un asiento contable, un mérito que apuntar en la cuenta de la propia imagen. Es exactamente lo que el Logion 14 fulminaba al decir que la limosna hace mal al espíritu — no la limosna, sino el dar convertido en transacción. La mano izquierda que se entera es el ego cobrando comisión sobre cada acto bueno. Y cobra siempre, si se le deja: por eso el dicho no pide humildad, que suele ser otra forma del registro, sino algo más radical — que la acción ocurra sin que nadie dentro tome nota.

Eso, en el vocabulario del libro, es lo mismo que atar las manos del fuerte (Logion 35) y que hacer del sábado un sábado (Logion 27): el cese del hacedor. Un acto sin autor no deja huella en la identidad, y por eso no alimenta nada. Se hace y se acabó. La derecha da, la izquierda no se entera, y el que dio no engorda con lo dado — que es la única manera de que dar no sea una compra.

Caminos desde aquí: 13 · 33 · 14 · 39 · 6

Logion 63 — El rico y sus graneros

Jesús dijo: Había un hombre rico que tenía mucho dinero. Dijo: Emplearé mi dinero para sembrar, cosechar, plantar y llenar mis graneros de fruto, para que no me falte nada. Esto es lo que pensaba en su corazón. Y aquella noche murió. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

La parábola es breve y su ironía está toda en una frase: «para que no me falte nada». Ese es el proyecto, y es el proyecto de casi todo el mundo. No se le reprocha al rico ser rico — el logion no dice que ganara mal su dinero ni que oprimiera a nadie. Lo que retrata es un plan: convertir el presente en instrumento de un futuro sin carencia. Sembrar, cosechar, plantar, llenar. Cuatro verbos encadenados, todos orientados hacia delante, ninguno habitado.

Y la trampa está en el objetivo mismo, no en su fracaso. Aunque hubiera vivido treinta años más y hubiera llenado todos los graneros, el resultado habría sido el mismo, porque «que no me falte nada» es una condición que no se alcanza acumulando. La carencia que impulsa ese plan no es de grano: es la pobreza ontológica del Logion 3, la del que no se conoce y por eso se experimenta como falta, y ninguna cantidad de nada la colma. El rico no está equivocado en sus cálculos; está equivocado en su diagnóstico. Trata con graneros un problema que no es de almacenamiento.

Por eso importa el detalle que el texto subraya: «esto es lo que pensaba en su corazón». No era un plan de negocio — era la actividad de su fondo. Lo que abunda en el corazón es lo que sale (Logion 45), y de este hombre salía futuro sin descanso. Ahí está la mue

rte real, y ocurre antes que la otra: una vida entera pasada en el año próximo. El que planifica su seguridad no vive menos años; vive los mismos, pero en otro sitio.

Y entonces «aquella noche murió», sin dramatismo, casi como un dato administrativo. No es un castigo — no aparece ningún juez, y este evangelio no los tiene. Es la revelación de la estructura: se estaba construyendo el porvenir de alguien que no tenía porvenir. La muerte no interrumpe el proyecto; lo desenmascara, mostrando que el sujeto para el que se acumulaba era temporal, y que ningún granero podía protegerlo de lo único que le faltaba de verdad.

Léase junto al bienaventurado pobre del Logion 54 y el contraste queda completo. Dichoso el que no tiene nada que defender, porque está libre para recibir; y ciego el que ha convertido su vida en la administración de una reserva. Uno vive sin graneros y no le falta nada; el otro los llena todos y muere en la única noche que le pertenecía.

Caminos desde aquí: 54 · 36 · 3 · 64

Logion 64 — Los invitados que se excusaron

Jesús dijo: Un hombre tenía huéspedes, y cuando hubo preparado la cena envió a su siervo a invitar a los convidados. Fue al primero y le dijo: Mi señor te invita. Este dijo: Tengo dinero con unos mercaderes; vienen esta tarde y he de ir a dárles instrucciones. Me excuso de la cena. Fue a otro y le dijo: Mi señor te ha invitado. Este le dijo: He comprado una casa y me reclaman un día; no tendré tiempo. Fue a otro y le dijo: Mi señor te invita. Este le dijo: Mi amigo va a casarse y yo voy a preparar la comida; no podré ir. Me excuso de la cena. Fue a otro y le dijo: Mi señor te invita. Este le dijo: He comprado una aldea; voy a cobrar las rentas y no podré ir. Me excuso. El siervo volvió y dijo a su señor: Los que has invitado a la cena se han excusado. El señor dijo a su siervo: Sal a los caminos y trae a los que encuentres, para que cenén. Los compradores y los mercaderes no entrarán en los lugares de mi Padre.

La parábola más extensa del evangelio, y su estructura es una acumulación deliberada: cuatro invitaciones, cuatro negativas, cada una con su razón. Lo primero que hay que notar es que ninguna de esas razones es mala. No hay aquí crímenes ni desprecios: hay negocios pendientes, una casa recién comprada, la boda de un amigo, unas rentas que cobrar. Todo perfectamente legítimo, incluso encomiable — el tercero se excusa para ayudar a un amigo en su boda. Y sin embargo los cuatro se quedan fuera.

Ese es el punto exacto, y es más incómodo que cualquier denuncia del vicio. Lo que impide entrar no es la maldad: es la ocupación. Son los espinos del Logion 9 — no el mal, sino la maleza de lo ilegítimo, que crece más rápido que lo esencial y lo ahoga sin necesidad de negarlo jamás. Nadie de estos cuatro dice que la cena no le interesa. Todos dicen lo mismo que decimos nosotros: ahora no. Y el «ahora no» es la única negativa eficaz, porque no requiere confesión, no genera culpa y puede repetirse indefinidamente. Una vida entera cabe en cuatro excusas razonables.

Nótese además el detalle temporal: el señor había preparado ya la cena. Todo está hecho, la mesa puesta, el momento es este. Es el Logion 51 en forma de parábola — lo que esperáis ya ha llegado, pero vosotros no lo conocéis — y por eso la excusa es siempre la de la agenda: la invitación no admite aplazamiento porque no es un acontecimiento futuro que pueda reprogramarse, sino algo que está ocurriendo. La cena no espera; lo que espera es el invitado que cree que le esperarán.

Y luego el giro: id a los caminos y traed a los que encontréis. Los de los caminos son los que no tenían nada que atender — los pobres del Logion 54, los transeúntes del Logion 42, los que no habían organizado su vida como una red de compromisos. No son mejores; están libres. Su única cualificación es la disponibilidad, que es exactamente la virtud de la tierra buena del Logion 9: no hace nada, no añade nada, simplemente hay sitio.

La frase final concentra la parábola entera y merece leerse despacio: los compradores y los mercaderes no entrarán en los lugares de mi Padre. No es una condena de los comerciantes ni una mora

l sobre el dinero. Es una afirmación sobre un tipo de mente: la que solo entiende el intercambio. Quien vive comprando y vendiendo — y no solo bienes: también favores, prestigio, méritos espirituales — no puede recibir una invitación, porque la invitación es gratuita, y lo gratuito no tiene lugar en su contabilidad. Ante algo que no cuesta nada, el mercader solo puede concluir que no vale nada, o sospechar el precio oculto. Es la misma incapacidad que el Logion 14 diagnosticaba en quien ayuna y ora para ganar algo ante Dios: la mente que negocia no puede recibir un don, aunque lo tenga servido en la mesa.

Y ahí queda la pregunta que la parábola deja encendida, y que no es sobre los otros cuatro. Todos tenemos las cuatro excusas a mano, y todas son ciertas. El asunto no es si son ciertas. Es que la cena está servida ahora.

Caminos desde aquí: 9 · 14 · 63 · 54 · 76

Logion 65 — La viña arrendada

Jesús dijo: Un hombre bueno tenía una viña. La entregó a unos labradores para que la trabajaran y él recibiera su fruto de ellos. Envío a su siervo para que los labradores le dieran el fruto de la viña. Ellos agarraron a su siervo, lo golpearon y por poco lo matan. El siervo volvió y se lo dijo a su señor. Su señor dijo: Quizá no lo reconocieron. Envío a otro siervo, y los labradores golpearon también a este. Entonces el señor envió a su hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto a mi hijo. Como aquellos labradores sabían que él era el heredero de la viña, lo agarraron y lo mataron. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

La parábola se lee tradicionalmente como una alegoría de la historia sagrada: los profetas maltratados, el hijo asesinado, la viña que cambia de manos. Pero en un evangelio que sitúa el Reino dentro y fuera y llama muertos a los que viven sin saberse, la viña tiene otro arrendatario posible, mucho más cercano.

Todo el dicho descansa sobre una relación jurídica precisa: los labradores no son dueños. Trabajan una viña ajena, con derecho al usufructo y con la obligación de entregar el fruto. Es exactamente la situación del Logion 21 — niños instalados en un campo que no es suyo — y también la de cualquier ser humano respecto de su propia vida: el cuerpo, los años, las capacidades, todo recibido, nada fabricado por uno. La diferencia entre los niños de aquel logion y los labradores de este es la única que importa: aquellos lo sabían, y devolvían el campo desnudándose sin pleito; estos han olvidado su condición y actúan como propietarios.

Y el olvido no es inocente en sus consecuencias: produce violencia. Cada vez que llega un recordatorio de la verdadera situación, los labradores golpean. Porque eso son los siervos enviados — recordatorios. Llegan en forma de enfermedad, de pérdida, de fracaso, de una intuición inoportuna a las cuatro de la mañana; llegan como esas frases que uno oye o lee y que le desbaratan el día. Y la reacción del que se cree dueño es siempre la misma: rechazarlos, racionalizarlos, aturdirse hasta que se vayan. No es maldad. Es defensa de un título de propiedad que se sabe frágil.

Conmueve, en medio del relato, la ingenuidad del señor: «quizá no lo reconocieron», «quizá tendrán respeto a mi hijo». Un dueño real habría enviado guardias tras el primer siervo. Este envía otro, y luego a su propio hijo, sin escarmiento y sin cálculo. Es el mismo sembrador que arroja la semilla en todos los terrenos sin examinar ninguno (Logion 9) — la fuente no se protege, se ofrece. Y su suposición no es tonta: es exacta. Efectivamente, no lo reconocieron.

El desenlace añade el detalle más agudo del texto. Al hijo sí lo reconocen — «como sabían que él era el heredero» —, y precisamente por eso lo matan. El reconocimiento no produce reverencia sino miedo, porque el heredero es la prueba viviente de que la viña tiene dueño. Es la misma lógica del Logion 13, donde decir la verdad de la no-separación provocaba las piedras: lo que amenaza al que se cree propietario no es el error, es la evidencia. Y en el fondo de cada uno hay algo que ocupa exactamente ese lugar — lo que uno verdaderamente es, presente y silencioso, cuya sola existencia desmiente al administrador. No hace falta un drama histórico para entender el final de esta parábola: basta con notar cuántas ve

ces al día se acalla, en uno mismo, al heredero.

Caminos desde aquí: $21 \cdot 9 \cdot 13 \cdot 40 \cdot 66$

Logion 66 — La piedra desechada

Jesús dijo: Enseñadme la piedra que los constructores han rechazado. Esa es la piedra angular.

Es cita del salmo, pero el modo de traerla es propio de Tomás: no la enuncia, la pide. «Enseñadme» — obliga a los oyentes a señalar, a buscar entre los escombros la piedra que sobró. El maestro no explica dónde está lo esencial; hace mirar hacia donde nadie mira.

Y el lugar donde nadie mira es el montón de lo descartado. Los constructores rechazan una piedra porque no encaja en su plano: tiene una forma que ninguna hilera prevé, no sirve para la pared que están levantando. El rechazo, nótese, no es un error de los constructores — es la consecuencia lógica de tener un plano. Todo plano define de antemano qué sirve y qué sobra, y lo que sobra se aparta sin malicia, con la eficiencia del que sabe lo que hace. Así funciona la mente que construye una vida: selecciona lo útil, lo presentable, lo que cuadra con la imagen que edifica, y aparta lo de más. Y lo demás — lo que no encaja, lo que avergüenza, lo que no rinde — es exactamente la piedra que sostendría el conjunto.

Porque la piedra angular no es una piedra más, mejor labrada: es la que ocupa el ángulo, la que traba dos muros y transmite el peso de todo el edificio. Sin ella no hay construcción, hay pila de piedras. Y el dicho afirma que ese lugar decisivo lo ocupa precisamente lo rechazado. Aplíquese al que despierta y la paradoja se aclara: lo que en uno fue apartado por inservible — la herida que se escondía, la parte que no daba la talla, aquello de lo que uno se av

ergonzaba — suele ser el punto exacto por donde entra la luz. El que ha sufrido ha encontrado la Vida (Logion 58) porque el sufrimiento es una de esas piedras: inútil para la fachada, esencial para la estructura.

Y hay una lectura más honda, fiel al conjunto del libro. La piedra que todo constructor rechaza sin excepción es la que no tiene forma de objeto — la consciencia misma, que no cabe en ningún plano porque no es una pieza del edificio sino aquello sobre lo que el edificio aparece. La mente que construye el mundo de los objetos descarta necesariamente al sujeto: no lo encuentra entre las cosas, no le halla utilidad, no puede ponerlo en ninguna hilera (Logion 17: lo que ningún ojo ha visto). Y ese descartado permanente es el ángulo sobre el que todo se sostiene. La piedra que sobra en todo plano es la que sostiene todos los planos.

De ahí que el dicho termine sin moraleja, solo con la identificación: esa es la piedra angular. No pide rescatar lo rechazado por compasión ni por rebeldía contra los constructores. Pide reconocer una inversión estructural: lo esencial está, por su propia naturaleza, en el lugar donde se aparta lo que no sirve.

Caminos desde aquí: 58 · 17 · 65 · 31

Logion 67 — Quien lo conoce todo pero no a sí mismo

Jesús dijo: Quien conoce el Todo, pero le falta conocerse a sí mismo, carece de todo.

La frase tiene la forma de una paradoja aritmética: quien tiene todo menos una cosa, y por esa falta, no tiene nada. En cualquier otro dominio sería un absurdo — el que lo sabe casi todo sabe muchísimo. Aquí es exacto, y explicarlo es explicar por qué el autoc conocimiento no es un tema más entre los temas.

La razón está en la naturaleza peculiar de eso que falta. Todo conocimiento del Todo — las ciencias, las cosmologías, la erudición entera, incluida la espiritual — es conocimiento de objetos: cosas conocidas por un sujeto. Y ese sujeto no aparece en ninguno de sus catálogos, porque es aquello a lo que todos los catálogos aparecen (Logion 17). Se puede llenar la mente con el universo entero y dejar sin mirar al único que estaba mirando. Es más: cuanto más se llena, más fácil es no mirarlo, porque la atención está siempre ocupada en el último objeto. El sabio del Logion 52, que rastreó a los veinticuatro profetas y se perdió al Viviente que tenía delante, es este mismo hombre.

Y por qué esa falta anula el resto: porque el sujeto no es un objeto más que faltara en la colección — es la condición de que haya colección. Sin él no hay conocimiento de nada; todo lo sabido lo es para alguien. Ignorar eso es ignorar el fundamento sobre el que se apoya todo lo demás, y un saber sin fundamento reconocido es, en el sentido preciso del dicho, un saber que no se posee: se man

aja sin saber quién lo maneja. De ahí «carece de todo» — no porque su información sea falsa, sino porque no hay nadie, para él, que verdaderamente la tenga. Es la pobreza del Logion 3 con ropa de erudito: infinitud de datos experimentada como un vacío que ninguno colma.

El reverso, que el dicho no enuncia pero implica, es la promesa central del evangelio. Quien se conoce a sí mismo — quien reconoce al sujeto — lo tiene todo aunque no sepa casi nada, porque ha encontrado aquello de lo que todo lo demás depende. El niño de siete días no sabe el nombre de una sola estrella y conoce el lugar de la Vida (Logion 4). No es una invitación a la ignorancia: el conocimiento del mundo es bueno y útil. Es una jerarquía. Sábelo todo si quieres y puedes — pero si vas a dejar una sola cosa sin conocer, que no sea el que conoce.

Caminos desde aquí: 3 · 52 · 111 · 17

Logion 68 — Perseguidos en el corazón

Jesús dijo: Bienaventurados sois cuando os odien y os persigan; y no encontrarán lugar allí donde os han perseguido.

La primera mitad es una bienaventuranza conocida; la segunda, propia de Tomás, la vuelve del revés y la salva de todo victimismo. Porque el dicho no promete recompensa a cambio del sufrimiento — no dice «seréis consolados» ni «grande será vuestro premio». Dice algo mucho más extraño: que en el lugar donde os persiguieron, los perseguidores no encontrarán lugar.

Hay que descifrar ese «lugar», y la clave está en el sentido interior. El que ha hecho de los dos uno (Logion 22), el que reside en el principio (Logion 18), el que se sostiene siendo uno solo (Logion 23), no tiene un lugar en el sentido en que lo tiene un personaje. No ocupa una posición defendible — una imagen, una reputación, una identidad — que pueda ser tomada. La persecución, el odio, la calumnia, necesitan un blanco: hay que poder agarrar algo. Y lo que no está identificado con ninguna forma no ofrece asidero. Es exactamente la lección del cordero (Logion 60): solo se puede devorar lo que se ha vuelto cosa. Quien no se ha vuelto cosa puede ser golpeado en el cuerpo, pero no hallado en lo que es.

Por eso la bienaventuranza es literal, no consoladora. No dice: sufriréis ahora y os recompensarán luego. Dice: os perseguirán y no os encontrarán — porque el que buscan no está donde golpean. Los golpes caen sobre el sitio donde creen que vives, y ese sitio está vacío; tú no estabas ahí. La invulnerabilidad de la ciudad sobre el monte (Logion 32) es esta: no que las flechas no lleguen, sino q

ue no hay nadie en la muralla contra la que se disparan.

Y hay un giro final en la frase que conviene no perder. «No encontrarán lugar» puede decirse también de los perseguidores mismos: que su persecución no encuentra dónde asentarse, se queda sin efecto, cae en el vacío y se disipa. El odio necesita ser recibido para prosperar — necesita que el otro se defienda, se ofenda, responda; solo entonces echa raíz y crece. Frente a quien no ofrece ese suelo, el odio no encuentra dónde plantarse y se agota solo, como la semilla en la roca (Logion 9). No se combate la persecución: se le retira el terreno. Y el terreno era el yo que se creía atacado.

Caminos desde aquí: 32 · 60 · 69 · 58

Logion 69 — Los que tienen hambre

Jesús dijo: Bienaventurados los que han sido perseguidos en su corazón; esos son los que han conocido al Padre en verdad. Bienaventurados los que tienen hambre, para que se sacie el vientre del que lo desea.

Dos bienaventuranzas emparejadas, y la primera precisa lo que el logion anterior dejó abierto: la persecución que importa es «en el corazón». No solo el hostigamiento externo — el interior, el que uno padece dentro. Es una frase de una densidad notable, porque abre dos lecturas verdaderas a la vez. Están los perseguidos por su propia búsqueda: los que no encuentran reposo en el mundo, los que algo dentro no deja tranquilos, los que han sido expulsados de la comodidad de no mirar. Y están los que sufren la persecución de su propio corazón dividido — el ser-dos hostigándose a sí mismo, una parte acosando a la otra. En ambos casos, dice el dicho, esos han conocido al Padre en verdad. No a pesar de la persecución interior, sino a través de ella: el que ha sido echado de toda falsa paz es el que llega a buscar la verdadera.

Y de ahí, con lógica exacta, la segunda: bienaventurados los que tienen hambre. Toda esta enseñanza gira sobre una sola condición de posibilidad, repetida sin descanso desde el Logion 2. Lo que se da es gratis, cae en todos los terrenos, está ya llegado — pero solo lo recibe quien tiene sitio para recibirlo, y el sitio se llama hambre. Los hombres estaban ebrios y por eso no tenían sed (Logion 28); llenos de mundo, no cabía nada más. El hambre es lo contrario de esa saciedad: es el vacío consciente, la carencia que sabe que le falta. Y por eso es bienaventurada — no como padecimient

o noble, sino como capacidad. El hambriento es el único que puede ser saciado, por la misma razón por la que el pobre posee el Reino (Logion 54): tiene dónde.

Nótese la peculiar formulación del final: «para que se sacie el vientre del que lo desea». No dice simplemente «serán saciados». Dice que el hambre existe para la saciedad — que el deseo mismo está orientado a su cumplimiento, que el vacío es la forma que toma la promesa de ser llenado. El hambre no es un defecto que haya que soportar hasta que llegue el pan: es ya la presencia del pan en modo de ausencia, la sed que es prueba de que el agua existe (Logion 38: nadie desea lo que no ha rozado). Quien tiene hambre de lo real lleva dentro la garantía de lo real, porque no se puede tener hambre de lo que no hay.

Y ahí las dos bienaventuranzas se revelan como una. La persecución en el corazón es lo que produce el hambre; el hambre es lo que abre a la saciedad. Ser expulsado de la falsa paz, quedar sin refugio, sentir que falta algo que no se sabe nombrar — todo eso, que parece desgracia, es el proceso por el cual un ser humano deja de estar lleno de lo que no alimenta y empieza, por fin, a tener hambre de lo único que sacia.

Caminos desde aquí: 28 · 68 · 58 · 2

Logion 70 — Lo que tienes dentro

Jesús dijo: Si producís lo que tenéis dentro, lo que tenéis os salvará. Si no tenéis eso dentro de vosotros, lo que no tenéis dentro os matará.

Es uno de los nudos del evangelio — muchas rutas conducen hasta aquí — y su forma es la de una ley enunciada dos veces, en positivo y en negativo, sin escapatoria en medio. No hay término neutro: lo que tienes dentro te salva si lo sacas, y lo que no tienes dentro te mata. Todo depende de una sola operación: producir, dar a luz, sacar afuera lo que está dentro.

Empecemos por lo que hay dentro, porque es la clave que todo el libro ha venido preparando. Dentro está la luz del hombre de luz (Logion 24), el Reino extendido dentro y fuera (Logion 3), el que era antes de llegar a ser (Logion 19), la piedra que los constructores desecharon (Logion 66). Está, en una palabra, lo que uno es — no lo que uno cree ser. Y la salvación, dice el dicho, no consiste en adquirir nada nuevo ni en llegar a ningún sitio: consiste en producir eso. La palabra es de parto. No se trata de aprender lo que falta, sino de dar a luz lo que sobra por dentro y no ha nacido. Lo que te salva ya está en ti, entero, inútil mientras permanezca sin salir — como el tesoro enterrado que no alimenta a nadie mientras siga bajo tierra (Logion 109).

Y aquí está el filo del dicho, que lo distingue de todo optimismo espiritual barato: no basta con tenerlo. Tenerlo dentro y no producirlo no es un estado neutro de potencial guardado — es peligroso. Lo no nacido no se queda quieto esperando su momento; se pu

dre, se vuelve contra su portador. Es la ley del Logion 41 en su versión más severa: a quien no usa lo que tiene se le quita incluso eso. Una luz que no se coloca sobre el candelero no permanece intacta bajo el celemín: se apaga, y su apagamiento es oscuridad activa (Logion 24: si no ilumina, es oscuridad). Lo que pudo salvar y no se sacó, mata — porque lo reprimido, lo no vivido, lo que uno era y no llegó a ser, se convierte en el peso muerto que arrastra una vida entera.

La segunda mitad tiene una torsión gramatical deliberada: «si no tenéis eso dentro, lo que no tenéis os matará». ¿Cómo puede matar lo que no se tiene? La frase juega con dos niveles. En uno, describe al que efectivamente no ha producido su interior: vive de lo que no tiene — de identidades prestadas, de vino ajeno en odres propios (Logion 47) —, y eso que no es suyo lo consume. En otro nivel, más hondo, señala que no producir lo de dentro equivale a no tenerlo: un tesoro que jamás sale es indistinguible de un tesoro ausente. Lo que no se manifiesta, para efectos de la vida, no existe — y su inexistencia funcional es lo que mata, porque es la existencia entera pasada al lado de lo único que la habría salvado.

De ahí que este dicho sea, en el fondo, la cosa más urgente que dice Tomás. No pide creer, ni buscar fuera, ni esperar. Pide parir lo que ya se es, y advierte que la alternativa no es quedarse igual: es morir de lo no nacido.

Camino desde aquí: 24 · 41 · 3 · 109 · 45

Logion 71 — Derribaré esta casa

Jesús dijo: Derribaré esta casa, y nadie podrá reconstruirla.

Cuatro palabras de amenaza en boca del que suele hablar en parábolas, y su brevedad es proporcional a su alcance. La tradición canónica recogió una frase parecida referida al Templo, y la usó contra Jesús en su juicio. Aquí no hay contexto de acusación: hay una declaración pura, sin objeto explícito, que precisamente por eso obliga a preguntar qué casa.

En un evangelio donde la casa ha sido ya el ser dividido (Logion 16), el sistema fortificado del yo (Logion 35) y el lugar donde dos hacen la paz (Logion 48), la casa que Jesús derriba tiene una dirección clara: es la construcción entera de la identidad separada — y, con ella, todo templo, toda mediación, toda estructura levantada para alojar y administrar lo divino. La casa es lo edificado por los constructores del Logion 66, esos que rechazaban la piedra angular. Es todo lo que se levanta piedra sobre piedra para contener lo que no cabe en ningún edificio.

Lo decisivo es la segunda mitad: «nadie podrá reconstruirla». No dice: la derribaré y edificaré otra mejor. No hay templo nuevo, no hay reforma, no hay religión sustituta. Lo que cae, cae para siempre. Y esto separa a Tomás de toda espiritualidad que promete cambiar una estructura por otra — dejar una creencia por otra creencia, una identidad por una identidad mejorada. El dicho anuncia algo más radical: la demolición sin reconstrucción, el fin del edificar mismo. Porque lo que se descubre cuando cae la casa no es un solar donde levantar otra: es que nunca hizo falta casa. El Rei

no está dentro y fuera (Logion 3), a la intemperie, y solo la ignorancia lo quería bajo techo.

Que nadie pueda reconstruirla no es una prohibición sino una imposibilidad. Una vez visto que la separación era ilusoria, no se puede volver a creer en ella con la misma inocencia — como no se puede desver lo visto. El ego puede reaparecer, los hábitos vuelven, la casa parece rehacerse; pero ya no engaña del todo, porque ya se sabe de qué está hecha. La demolición definitiva no es la que impide que las piedras se junten de nuevo: es la que ha revelado que eran piedras, y que el que vivía dentro nunca estuvo protegido por ellas, solo encerrado.

Hay, por último, una serenidad escondida en la frase, pese a su tono de destrucción. El que dice «derribaré esta casa» no amenaza desde fuera: es el mismo Viviente que está dentro, la luz que la casa tapaba. La demolición no es una catástrofe que le sobreviene a uno: es lo que uno más profundo hace con lo que uno más superficial construyó. Y lo que queda cuando la casa cae y nadie la rehace no es ruina: es cielo abierto — el único domicilio que no ha y que sostener.

Caminos desde aquí: 16 · 35 · 66 · 40

Logion 72 — El repartidor

Un hombre le dijo: Di a mis hermanos que repartan conmigo los bienes de mi padre. Él le dijo: Hombre, ¿quién me ha hecho repartidor? Se volvió a sus discípulos y les dijo: ¿Acaso soy un repartidor?

La escena es cotidiana: una disputa de herencia, alguien que quiere usar al maestro como árbitro para obtener su parte. Y la respuesta de Jesús es doble — primero al hombre, luego a los discípulos — con una insistencia que convierte la anécdota en principio. «¿Quién me ha hecho repartidor?» Y aún: «¿Acaso soy un repartidor?». Rechaza el papel dos veces, como para que no quede duda de que no es descortesía sino declaración de naturaleza.

El repartidor es el que divide — divisor, en el sentido más literal: el que toma un todo y lo separa en partes, el que traza la línea entre lo tuyo y lo mío. Y ese es exactamente el oficio que este Viviente no puede ejercer, porque su función es la contraria. Todo el evangelio es una operación de hacer de los dos uno (Logion 22), de reunir lo que la mente partió (Logion 11). Pedirle a Jesús que reparte una herencia es pedirle que trabaje contra sí mismo — que use el poder de la unidad para consagrar una separación. No se niega por indiferencia hacia el conflicto del hombre: se niega porque acceder sería negar lo que él es.

Hay además una ironía fina en el objeto de la disputa: «los bienes de mi padre». El hombre quiere su parte de la herencia paterna. Y el evangelio tiene otra idea del Padre y de lo que se hereda de él: no bienes divisibles que haya que repartir entre hermanos rivales.

ales, sino la filiación misma, que no admite partes porque el hijo del Viviente lo es entero (Logion 3, Logion 50: somos sus hijos). La herencia real no se reparte, porque no disminuye al compartirse — la luz que ilumina a uno ilumina el mundo entero (Logion 24), y nadie tiene menos por que otro tenga. El hombre está peleando por dividir precisamente lo único que pierde valor al dividirse: pide su parte de un padre terrenal sin saber que del Padre verdadero no hay partes que pedir.

Y ahí está lo que el dicho enseña sin sermón. La mente que se acerca a lo sagrado con la lógica del reparto — cuánto me toca, cuál es mi parte, qué me corresponde — no puede recibir nada, porque lo que se ofrece no funciona por partes. Es la misma incapacidad de los mercaderes que no entraban en la cena (Logion 64): quien solo entiende de repartos e intercambios está inhabilitado para lo que se da entero y gratis. El maestro no reparte. Une, o no hace nada. Y a quien viene a pedir su parte, lo más amable que puede hacer es negarse, para que la pregunta cambie: no cuánto me toca, sino qué soy.

Camino desde aquí: 22 · 11 · 64 · 3

Logion 73 — La mies y los obreros

Jesús dijo: La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor que envíe obreros a la mies.

El dicho suena a llamada misionera y se lee habitualmente así: hay mucho trabajo de evangelización y faltan manos. Pero en un evangelio de palabras secretas dirigidas a la interpretación de cada uno (Logion 1), la mies y los obreros admiten una lectura que no mira hacia fuera, hacia un campo de almas por recoger, sino hacia dentro, hacia el propio proceso.

La mies es abundante: lo que está maduro y espera ser recogido es mucho. En términos del libro, es todo lo que en uno ya está a punto — las comprensiones que asoman, los frutos que sazonaron (Logion 21: el segador que siega enseguida), lo que tienes dentro y pide ser producido (Logion 70). La cosecha interior de cualquiera es, casi siempre, mayor de lo que se recoge. No falta materia; el Reino está sembrado y crecido, extendido sobre la tierra (Logion 113). Lo que falta es quien lo recoja.

«Los obreros son pocos.» Aquí está el diagnóstico, y es de una precisión incómoda. No falta gracia, no falta don, no falta ocasión — falta atención que trabaje. El obrero es la parte de uno capaz de estar presente y recoger lo que madura, en lugar de dejarlo pudrirse en pie (Logion 21). Y esa parte es escasa: la mayor parte del tiempo estamos ausentes de nuestra propia cosecha, ocupados en los negocios del Logion 64, ebrios (Logion 28), dormidos como cuando el enemigo sembró la cizaña (Logion 57). Hay campo maduro y no hay nadie despierto para segar. Ese desajuste — abun-

dancia fuera, escasez de presencia dentro — es el drama silencioso de casi toda vida interior.

La instrucción final desconcierta si se lee literalmente: rogad al Señor que envíe obreros. ¿A quién se ruega, si el obrero que falta es la propia atención? Y ahí está el matiz que salva la frase de la pasividad. No se ruega a un Señor externo que mande operarios desde fuera; se pide, desde el fondo, que se levante en uno lo que puede recoger — porque el obrero no se fabrica por voluntad. La atención despierta no se produce a fuerza de querer estar atento; eso genera tensión, no presencia. Se pide, se dispone uno, se prepara el suelo (Logion 9), y la capacidad de recoger llega como llega la tierra buena a dar fruto: no haciendo, sino dejando de obstruir. Rogar, aquí, es el reconocimiento humilde de que ni siquiera la propia presencia es un logro del yo — también ella es dada.

Queda entonces una imagen serena bajo el tono de urgencia. No hay que salir a buscar mies a ninguna parte; la mies es esto, tu vida, madura y esperando. Solo hace falta que se levante el que la recoja — y ese, que eres tú, es lo que se pide en la oración.

Caminos desde aquí: 21 · 70 · 57 · 113

Logion 74 — Muchos en torno al pozo

Él dijo: Señor, hay muchos alrededor del pozo, pero no hay nada en el pozo.

Una sola línea, atribuida a una voz anónima — «él dijo» —, y con el sabor de un lamento más que de una enseñanza. Su brevedad y su tono la emparentan con las quejas de los salmos: alguien constata algo desolador y lo dice en voz alta ante el Señor. Muchos en torno al pozo, y el pozo vacío.

La imagen es exacta y desoladora precisamente por eso. Un pozo es el lugar del agua, la promesa de lo que sacia — y este evangelio ha hecho del agua y la sed su símbolo central: el manantial burbujeante del que bebe Tomás (Logion 13), la sed que no se encontraba en los ebrios (Logion 28), el hambre bienaventurada (Logion 69). Alrededor del pozo se congrega la multitud, señal de que todos saben que ahí debería estar el agua. La intuición es correcta: la humanidad se agolpa en torno a lo sagrado, a las religiones, a las tradiciones, a los maestros, porque huele que ahí está la fuente. Y el lamento dice: no hay nada dentro.

¿Cómo puede estar vacío el pozo? Hay que leerlo con el resto del libro para que no sea desesperación. El pozo institucional — la religión organizada, la mediación, la estructura levantada para contener el agua — puede efectivamente estar seco, y este evangelio lo ha denunciado sin rodeos: los escribas escondieron las llaves (Logion 39), los constructores rechazaron la piedra angular (Logion 66), hay pozos rodeados de gente devota donde ya no baja el cubo a nada. La multitud alrededor no garantiza el agua; puede ser,

al contrario, la señal de su ausencia — mucha gente sostiene con su presencia la ficción de que ahí sigue habiendo fuente.

Pero hay una segunda lectura, más honda y más fiel al conjunto. El pozo está vacío para el que se queda alrededor. El agua no está en el brocal, en la piedra, en el lugar como objeto — está abajo, y solo la alcanza quien baja el cubo, es decir, quien entra. Los muchos alrededor del pozo son los que buscan fuera lo que solo se encuentra dentro (Logion 3), los que preguntan por el lugar (Logion 24) en vez de mirar al que pregunta. Para ellos el pozo estará siempre vacío, no porque no haya agua, sino porque el agua no está donde miran. Se puede pasar la vida entera dando vueltas al borde de la fuente, en la multitud devota, sin haber bajado nunca el cubo a la propia hondura.

El dicho, entonces, no niega que haya agua: constata que la multitud no la toca. Y deja al lector, sin decirlo, la única salida — dejar el corro del brocal y bajar. El agua no falta. Falta sed que descienda.

Caminos desde aquí: 13 · 28 · 3 · 75

Logion 75 — Solo el solitario

Jesús dijo: Muchos están de pie ante la puerta, pero son los solitarios los que entrarán en la cámara nupcial.

El logion prolonga la imagen del anterior — muchos alrededor del pozo, muchos ante la puerta — y da un paso más: dice quién pasa. La multitud llega hasta el umbral; solo el monachos entra. Y el lugar donde entra no es un salón cualquiera: es la cámara nupcial, el símbolo de la unión suprema.

«Muchos están de pie ante la puerta.» Estar ante la puerta es haberse acercado, haber oído, haber intuido que ahí dentro está lo que se busca. No es poco — es más que la ebriedad de los que ni siquiera se acercan (Logion 28). Pero es umbral, no interior. Es la posición de los muchos que rodean el pozo (Logion 74), de los que preguntan por el lugar (Logion 24), de los invitados que reciben la llamada (Logion 64). Estar ante la puerta es la condición del que sabe que hay algo y todavía no ha entrado — y se puede pasar la vida entera ahí, en el atrio, entre gente que también espera, confundiendo la cercanía con la entrada.

¿Por qué solo el solitario pasa? Porque la puerta, esta puerta, no admite a dos. El monachos es el que ha hecho de los dos uno (Logion 22), el unificado, el que ya no lleva dentro la casa en guerra (Logion 16). Y la razón por la que solo él entra es estructural, no meritória: no se puede entrar en la unión siendo todavía dos. La cámara nupcial es el lugar donde ya no hay separación, y a un lugar así no cabe llevar la propia división. El que llega ante la puerta cargando su multiplicidad interior — sus máscaras, sus contradic

ciones no reconciliadas, su ser-dos — no puede cruzar, no porque se lo prohíban, sino porque lo que hay dentro es precisamente lo que su división excluye. Hay que dejar en el umbral todo lo que es dos para pasar a lo que es uno.

Y la cámara nupcial merece atención, porque es la imagen más íntima que usa el evangelio y podría malentenderse como unión de dos — el alma y Dios, el amante y el amado. Pero en la lógica de Tomás, las bodas verdaderas no unen a dos que siguen siendo dos: consuman la desaparición de la dualidad. Es el macho y la hembra hechos uno solo del Logion 22, donde el macho ya no es macho ni la hembra hembra. La cámara nupcial no es el encuentro de dos amantes que se conservan: es el lugar donde se descubre que nunca hubo dos que unir. Por eso solo el solitario entra: porque solo el que ya es uno puede reconocer que la unión suprema no era con otro, sino el fin de la ilusión de que hubiera un otro.

Queda, para el que está ante la puerta, la única indicación posible, y todo el libro la ha venido dando. No se entra empujando ni esperando que abran. Se entra dejando de ser dos.

Camino desde aquí: 22 · 16 · 74 · 49 · 106

Logion 76 — La perla

Jesús dijo: El Reino del Padre se parece a un mercader que tenía una mercancía y encontró una perla. Aquel mercader era prudente: vendió la mercancía y se compró la única perla. Vosotros también, buscad su tesoro que no perece, que permanece allí donde la polilla no llega a comer ni el gusano destruye.

La parábola vuelve sobre lo que ya dijo el pez grande (Logion 8), pero con un protagonista significativo: aquí quien encuentra es un mercader. Y el evangelio acaba de decir, hace pocos dichos, que los mercaderes no entran en los lugares del Padre (Logion 64). La aparente contradicción es la clave: este mercader deja de serlo en el momento decisivo. Su prudencia no consiste en hacer un buen negocio — consiste en hacer el único negocio que no es un negocio, porque en él no hay ganancia sino sustitución total.

Nótese la exactitud del gesto: vendió toda la mercancía y compró una sola perla. No añadió la perla a su inventario. No la puso junto a lo demás, como una adquisición más entre otras. Cambió todo por uno. Ese es el movimiento que separa esta parábola de cualquier lógica de acumulación: el mercader que sabe comprar es el que sabe quedarse sin nada excepto lo único. Mientras se conserva la mercancía y además se quiere la perla, no se ha entendido nada — se sigue montando dos caballos (Logion 47). La perla no se suma; reemplaza.

Y como en el pez grande, la renuncia no cuesta. El mercader es prudente, no heroico; vende su mercancía sin drama, porque ha vi

sto lo que vale la perla y a su lado lo demás pesa como lastre, no como pérdida. Aquí está la diferencia entre este evangelio y toda espiritualidad del sacrificio: no se pide soltar lo mucho a cambio de lo poco, en un acto de mérito doloroso. Se ha visto lo grande, y entonces lo pequeño se suelta con el alivio del que descarga. Si duele, es que no se ha visto todavía.

La perla merece un momento, porque no es un símbolo cualquiera. Se forma dentro de la ostra, en la oscuridad, alrededor de una herida — un grano de arena que irrita la carne, y que el animal cubre de nácar hasta convertir la molestia en joya. Es la imagen exacta del proceso que este libro describe: lo precioso nace envolviendo lo que hería (Logion 58: el que ha sufrido ha encontrado la Vida; Logion 66: la piedra que se rechazó es la angular). La perla no cae del cielo; se hace dentro, alrededor de lo que dolía. Y es única — no hay dos iguales, no se fabrica en serie —, como es único aquello que cada uno encuentra en su propio fondo.

El cierre desplaza la parábola del relato a la instrucción, y define el tesoro por lo que no le ocurre: no perece, no lo come la polilla, no lo destruye el gusano. Es la caracterización por vía negativa de lo Innacido (Logion 15): aquello que no está en el tiempo no puede corromperse, porque la corrupción es cosa de lo que nace y muere. Todo lo demás — la mercancía entera, los bienes, la imagen, la vida como acumulación — está sometido a la polilla. Buscar el tesoro que no perece es dejar de invertir en lo que la polilla ya está comiendo, y poner todo en lo único que ninguna polilla alcanza, porque no es una cosa: es el que mira comer a la polilla.

Caminos desde aquí: 8 · 64 · 58 · 66 · 109

Logion 77 — Parte la madera, ahí estoy

Jesús dijo: Yo soy la luz que está sobre todos ellos. Yo soy el Todo: de mí salió el Todo y hasta mí el Todo llegó. Partid un leño: allí estoy. Levantad la piedra, y allí me encontraréis.

Es la afirmación más vasta del evangelio, y también la que más se ha prestado a leerse como panteísmo — Dios diluido en las cosas. Pero el orden de las frases desmiente esa lectura y propone algo más preciso. Primero: «yo soy la luz que está sobre todos ellos». No dentro de las cosas como una sustancia repartida, sino la luz por la cual las cosas son — aquello en lo que aparecen, no aquello de lo que están hechas. Es el hombre de luz del Logion 24 llevado a su raíz cósmica: la consciencia no es una cosa entre las cosas, es la claridad en la que toda cosa comparece.

«Yo soy el Todo: de mí salió el Todo y hasta mí el Todo llegó.» El círculo del Logion 18 dicho ahora en primera persona y en escala total: origen y término coinciden, y coinciden en un «yo». Todo sale de esta luz y todo vuelve a ella — es el circuito de los que salieron del Reino y a él vuelven (Logion 49), pero afirmado no de los elegidos sino de la totalidad. Nada queda fuera. Y el «yo» que lo dice no es el personaje Jesús — sería absurdo — sino el Viviente, el Yo Soy anterior a toda biografía, la consciencia que en cada uno dice yo y que es la misma en todos.

Entonces llegan las dos frases célebres, y aquí es donde se juega el sentido. «Partid un leño: allí estoy. Levantad la piedra, y allí me encontraréis.» La tentación es leerlo como: Dios está escondido dentro de la madera y de la piedra, como un tesoro material. Per

o eso sería hacer de la luz una cosa más, contradiciendo la primera frase. Lo que dicen estos imperativos es otra cosa, y más honda. En el acto de partir el leño — en la experiencia misma, en el gesto, en la percepción del que parte y de lo partido — está la luz que hace posible que haya experiencia. No es que la consciencia se esconda en el objeto: es que no hay un solo lugar, ni el más humilde, donde el acto de conocer no esté ya presente, siendo lo que conoce. Levanta la piedra más ordinaria y ahí, en el ver la piedra, en el sentir su peso, está lo que buscas — no la piedra, sino la luz por la que hay piedra.

Por eso el evangelio elige los objetos más bajos: un leño, una piedra. No el altar, no el cielo, no el objeto sagrado. Lo más mudo, lo más muerto, lo más cotidiano — el trabajo del leñador, el gesto de agacharse a levantar algo del suelo. Es la culminación del Logion 5: lo que está delante de tu rostro es la puerta de lo Absoluto, y no hay otra. Y del Logion 113: el Reino está extendido sobre la tierra y los hombres no lo ven. La divinidad no se ha retirado a ninguna altura; está en la faena, en la materia, en el instante, esperando no ser alcanzada sino reconocida.

Queda entonces claro por qué esto no es panteísmo en el sentido corriente. El panteísmo dice: todo es Dios, las cosas son divinas. Tomás dice algo más fino: la luz está sobre todas las cosas y se encuentra en cualquiera de ellas, porque toda cosa aparece en la consciencia y ninguna existe sin ella. No es que la piedra sea Dios; es que no puedes levantar la piedra sin que esté presente, en el acto mismo de levantarla, aquello que eres. Parte la madera, y lo que hace el partir posible — la conciencia del gesto — es lo que has estado buscando en los cielos.

Caminos desde aquí: $24 \cdot 5 \cdot 113 \cdot 18 \cdot 50$

Logion 78 — ¿Qué salisteis a ver?

Jesús dijo: ¿Por qué salisteis al campo? ¿A ver una caña sacudida por el viento? ¿Y a ver a un hombre vestido con ropas finas, como vuestros reyes y vuestros grandes? Ellos llevan las ropas finas, y no podrán conocer la verdad.

La pregunta repite la que los evangelios canónicos ponen en boca de Jesús a propósito de Juan el Bautista, pero aquí queda desligada de esa referencia y se vuelve universal: ¿qué salisteis a buscar? Es la pregunta que este libro le hace a todo peregrino, a todo el que se pone en camino tras algo. Y ofrece dos respuestas equivocadas, dos maneras de errar el objeto.

Primera: una caña sacudida por el viento. La caña que se dobla en cada ráfaga es la imagen de la inconstancia — el que no tiene raíz, el que oscila con cada opinión y cada moda, movido por lo que sople. Nadie recorre un camino para encontrar eso; y sin embargo es fácil salir en busca de lo verdadero y toparse solo con maestros que son cañas, con enseñanzas que cambian de forma según el público, con la espiritualidad que se pliega a lo que el mercado pide. La caña es lo contrario del que se mantiene de pie (Logion 16, Logion 18): no tiene principio en el que sostenerse, y por eso no puede ofrecer nada firme a nadie.

Segunda, y más peligrosa: un hombre de ropas finas, como los reyes y los grandes. Este no oscila — al contrario, tiene toda la solidez del prestigio, la autoridad, el ornato. Es la tentación opuesta: buscar la verdad en el poder, en la pompa, en lo que impresiona. Y aquí el dicho es tajante: los que llevan las ropas finas no puede

n conocer la verdad. No por un juicio moral contra los ricos, sino por una incompatibilidad estructural. La verdad de este evangelio se encuentra desnudándose sin vergüenza (Logion 37), haciéndose pequeño (Logion 46), quitándose los vestidos y pisándolos como un niño. Las ropas finas son exactamente lo contrario: capas de identidad cuidadosamente sostenidas, la imagen elevada a sustancia. Quien vive de su ropaje no puede conocer lo que solo se ve sin ropa, porque tendría que quitarse aquello mismo que es. El vestido, aquí como en el Logion 36, no es la tela: es el personaje, y el personaje espléndido es el que menos puede soltarse.

Lo que el logion no dice, pero deja resonando, es la tercera respuesta — la correcta. ¿Qué salisteis a ver? No una caña ni un rey; salisteis, aunque no lo supierais, a encontrar lo que no se dobla y no se viste: el que era antes de llegar a ser (Logion 19), lo desnudo, lo firme sin ornato. Y no está en el campo al que salisteis: está en el que salió. Toda peregrinación en busca de lo verdadero comete el mismo error de dirección — sale a verlo fuera, en algún hombre notable, en algún lugar. La pregunta «¿por qué salisteis?» es, en el fondo, una invitación a volver: lo que buscabas no requería salir.

Camino desde aquí: 36 · 37 · 46 · 3

Logion 79 — Dichoso el vientre que no concibió

Una mujer entre la multitud le dijo: Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron. Él le dijo: Dichosos los que han oído la palabra del Padre y la han guardado en verdad. Porque vendrán días en que diréis: Dichoso el vientre que no concibió y los pechos que no amamantaron.

La mujer expresa la forma más natural y más cálida de la devoción: bendice el origen físico del maestro, la madre que lo llevó. Es un elogio por parentesco — grande él, grande el vientre que lo trajo. Y Jesús no lo rechaza con desprecio, pero lo corrige, y lo corrige exactamente en la línea de todo el evangelio: desplaza la bienaventuranza de la carne a la escucha. Dichoso no el vientre que engendra un cuerpo, sino los que oyen la palabra del Padre y la guardan.

El contraste es preciso. La maternidad física produce un cuerpo — algo nacido, sujeto al tiempo, a la polilla y al gusano (Logion 76). Oír la palabra y guardarla produce otra cosa: no engendra hacia fuera, hace nacer hacia dentro. Es el mismo desplazamiento que el Logion 15 hizo con «el que no nació de mujer»: lo que importa no es lo que entra en la existencia por nacimiento, sino lo Innacido que se reconoce. Bendecir el vientre es quedarse en el plano de lo nacido; bendecir la escucha es pasar al plano de lo que no nace ni muere. La devoción de la mujer no es mala — es incompleta, porque venera la forma en lugar de lo que la forma señala.

«Guardar» la palabra añade un matiz que el Logion 21 ya había p

uesto: no basta oír, hay que custodiar, como el dueño de casa vigila su tesoro contra los ladrones. La palabra oída y no guardada se pierde, se enfría, se vuelve frase (Logion 41). Guardarla en verdad — no en la memoria, sino en la vida — es lo que la hace fecunda. Aquí la escucha no es pasiva: es una gestación que exige cuidado, la del que produce lo que tiene dentro (Logion 70).

Y luego la frase final, oscura y dura: vendrán días en que se dirá dichoso el vientre que no concibió. Suena a maldición de la fecundidad, y ha inquietado a muchos lectores. Pero léase con las categorías del libro. En los días del despertar — los días de fuego y espada del Logion 16, cuando la casa se divide y hay que soltar padre y madre (Logion 55) — la bienaventuranza se invierte porque cambia el criterio. Lo que en el plano de la carne era la mayor dicha (concebir, amamantar, perpetuarse) deja de serlo cuando se ha visto que la vida verdadera no se transmite por generación. No es una condena de la maternidad: es la constatación de que lo que uno no es no vino de un vientre y no se continúa en otro. El vientre que «no concibió» es dichoso en ese día porque no ató su esperanza a lo que nace y muere — porque buscó lo que no se engendra.

Queda, bajo la aspereza, la misma enseñanza serena de todo el evangelio. No desprecies el cuerpo ni la madre ni el hijo — pero no pongas ahí la dicha, porque ahí manda la polilla. La única fecundidad que este libro bendice es la de dentro: oír, guardar, y dar a luz lo que no muere.

Camino desde aquí: 15 · 55 · 21 · 70 · 101

Logion 80 — Quien ha conocido el cuerpo

Jesús dijo: Quien ha conocido el mundo ha encontrado el cuerpo, y quien ha encontrado el cuerpo, de él el mundo no es digno.

El dicho repite casi palabra por palabra el Logion 56 — con una sola sustitución: donde antes se leía «cadáver», ahora se lee «cuerpo». Y esa variación mínima es toda la enseñanza, porque los dos logia dicen lo mismo desde dos distancias distintas. Conviene leerlos como un par: el 56 es el diagnóstico severo; el 80, su versión reconciliada.

Recordemos el 56: quien conoce el mundo encuentra un cadáver — descubre que las cosas no tienen vida propia, que lo que perseguía estaba muerto, que la vida estaba siempre en el que miraba. Es la desilusión, en sentido literal, y su sabor primero es amargo. Aquí, en cambio, lo que se encuentra al conocer el mundo es «el cuerpo». No un cadáver — un cuerpo, es decir, algo que puede estar vivo. El paso del uno al otro es el paso de la turbación al asombro (Logion 2): primero el mundo se revela muerto, despojado de la vida que le atribuíamos; después, atravesada esa muerte, el mismo mundo se revela como cuerpo — no muerto, sino cuerpo de la luz que está sobre todo (Logion 77).

Porque eso es lo que cambia. En el 56 el mundo era cadáver porque se lo miraba aún desde la carencia, esperando que contuviera la vida. En el 80 el mundo es cuerpo porque se lo mira ya desde el reconocimiento: no como una cosa que debería estar viva por sí

misma y no lo está, sino como la manifestación, la encarnación, de aquello que sí vive — la consciencia una. El mundo no tiene vida propia, cierto; pero no es un cadáver abandonado: es el cuerpo de lo que sí es vida. Como mi mano no vive por sí sola, separada, y sin embargo no es un cadáver mientras es mano mía. El mundo es cuerpo del Viviente del mismo modo.

Y por eso la segunda mitad, idéntica en ambos logia, resuena distinto. «De él el mundo no es digno»: en el 56 se decía del que había encontrado un cadáver — el que ya no puede ser medido por lo que solo reflejaba la vida. En el 80 se dice del que ha encontrado el cuerpo — el que ha reconocido el mundo como manifestación de lo que él mismo es. Tampoco a este puede medirlo el mundo, pero por razón inversa y más plena: no porque haya visto que el mundo está muerto, sino porque ha visto de qué está vivo, y ese fondo vivo no es cosa que el mundo pueda contener ni juzgar.

Léanse juntos, entonces, y se tiene el itinerario completo del que conoce. Primero encuentra el cadáver: el mundo pierde la vida prestada que le atribuía. Después encuentra el cuerpo: el mundo recupera la vida, pero ya no como propia, sino como cuerpo de la luz. Es exactamente la diferencia entre el desengaño y la transfiguración — y son el mismo mundo, visto antes y después de reconocer dónde estaba la vida.

Camino desde aquí: 56 · 77 · 29 · 111

Logion 81 — Que el rico renuncie

Jesús dijo: Que el que se ha hecho rico se haga rey, y que el que tiene poder renuncie a él.

Dos frases cruzadas, y el cruce es la enseñanza. Al rico se le mandó a hacerse rey; al que tiene poder, renunciar. Parece contradictorio hasta que se advierte que los dos mandatos describen un solo movimiento visto en sus dos tiempos: alcanzar la soberanía verdadera y soltar la falsa.

«Que el que se ha hecho rico se haga rey.» La riqueza, en este evangelio, no es primero el dinero: es lo que se posee, lo que se ha acumulado — y su forma más alta es la riqueza interior, el haber encontrado la perla (Logion 76), el tesoro que no perece. A quien ha llegado a eso se le pide dar el paso siguiente: reinar. Y reinar, en Tomás, tiene un sentido preciso, fijado ya en el Logion 2: reinar sobre el Todo no es dominar nada, es descubrir que el Todo no es otro que la propia naturaleza. El rey no manda sobre un afuera; es soberano porque no tiene afuera. Al rico interior se le pide, pues, que no se detenga en el tener — que convierta lo que ha encontrado en lo que es. La riqueza aún es posesión, y toda posesión mantiene dos: el que tiene y lo tenido. El reino es la disolución de esa distancia: ya no tienes el tesoro, eres el tesoro.

«Y que el que tiene poder renuncie a él.» Aquí está la otra mitad, y es la que impide leer la primera como una escalada de grandeza. El poder — el dominio sobre otros, la fuerza, el mando — es precisamente lo que el rey verdadero no necesita. Todo poder ejercido sobre algo externo confiesa una separación: hay un yo que do

mina y un mundo que resiste. El que ha comprendido que no hay afuera no tiene sobre quién ejercer poder, ni de qué defenderse; el poder se le vuelve, literalmente, innecesario, un peso sin función. Renunciar a él no es un sacrificio moral: es lo que ocurre solo cuando desaparece el sujeto separado que lo empuñaba. Es atar las manos del fuerte (Logion 35): el poder era el agarre, y el agarre cae cuando cae el que agarraba.

Léanse las dos frases juntas y se ve el quiasmo perfecto. Hazte rey — alcanza la soberanía que no domina. Renuncia al poder — suelta el dominio que no reina. La verdadera realeza y el verdadero poder son incompatibles: se es rey en la medida en que se ha dejado de necesitar poder. El monarca de este mundo manda porque no reina sobre sí; el rey de Tomás no manda sobre nadie porque reina sobre el Todo siendo el Todo. Y el aviso vale hacia dentro, también para el camino espiritual: hay una riqueza interior que puede volverse poder — autoridad sobre otros, prestigio de maestro, dominio sutil. A esa riqueza el dicho le exige lo mismo: hazte rey, es decir, disuélvete en lo que reconociste; y renuncia al poder que esa misma riqueza te daría sobre los demás. La perla no se lleva como corona ante otros. Se es.

Camino desde aquí: 2 · 35 · 76 · 110

Logion 82 — Cerca del fuego

Jesús dijo: Quien está cerca de mí está cerca del fuego, y quien está lejos de mí está lejos del Reino.

Dos frases en balanza, y el fiel está en la palabra fuego. El Logion 10 ya lo definió: «he arrojado fuego sobre el mundo» — el fuego que no convive con lo que toca sin transformarlo, que consume o se apaga, que es lo divino mismo como principio activo. Estar cerca de Jesús, del Viviente, es estar cerca de eso. No cerca de un consuelo, no cerca de una doctrina apacible: cerca de lo que quema.

Y ahí está la honestidad brutal del dicho. La cercanía a lo real no es tibia ni segura. Quien se acerca de verdad a la fuente se acerca a lo que va a arder en él: la identidad separada, las certezas, la casa construida piedra a piedra (Logion 71). No se puede estar cerca del fuego y salir sin cambio; el que busca proximidad con lo divino esperando calor sin combustión no ha entendido de qué está hecha la proximidad. Es la contracara de todas las bienaventuranzas suaves: acercarse cuesta, y cuesta precisamente lo que uno más defiende. El fuego no es un castigo que aguarda a los lejanos — es la naturaleza de lo cercano.

«Y quien está lejos de mí está lejos del Reino.» La segunda frase parece la simple simétrica de la primera, pero cambia el término: cerca del fuego, lejos del Reino. No dice «lejos de mí, lejos del fuego» — dice lejos del Reino. Y el matiz es toda una advertencia. Quien se mantiene a distancia prudente, quien evita el fuego para no quemarse, no consigue con ello estar a salvo y cómodo: consigue quedar fuera del Reino. No hay tercera posición, ni zona temp

lada entre el fuego y el frío. O se está cerca — y entonces se arde — o se está lejos — y entonces se está fuera. La prudencia que rehúye la combustión no protege nada; solo aleja del único sitio que valía la pena.

Es la misma estructura sin término medio del Logion 24: si la luz no ilumina, es oscuridad — no hay penumbra neutral. Y del Logion 61: indiviso, luz; dividido, oscuridad. Tomás no ofrece grados intermedios porque en el fondo no los hay: la tibieza es una forma de la lejanía que se disfraza de moderación. Acercarse al Viviente es aceptar el fuego como precio, y el precio es exacto — se paga con lo que arde, es decir, con lo que uno creía ser.

Queda, bajo la severidad, una promesa oculta que todo el libro sostiene. El fuego no destruye lo que uno es: destruye lo que uno no es. Lo que arde en la cercanía es la casa que no se podía reconstruir (Logion 71), la vida plantada fuera que no tenía raíz (Logion 40) — nada real se pierde en esa llama. Por eso estar cerca del fuego es estar cerca del Reino, y estar lejos del fuego es estar lejos de él: son la misma cercanía, nombrada por lo que cuesta y por lo que da.

Caminos desde aquí: 10 · 16 · 24 · 82 · 61

Logion 83 — Las imágenes y la luz

Jesús dijo: Las imágenes son visibles al hombre, y la luz que hay en ellas está oculta en la imagen de la luz del Padre. Él se manifestará, y su imagen está oculta por su luz.

Es uno de los dichos más densos y más difíciles del evangelio — casi un trabalenguas de imágenes y luces —, y para leerlo hay que sostener una distinción entre tres cosas: las imágenes, la luz que hay en ellas, y la luz del Padre. El dicho las cruza deliberadamente para mostrar que su relación no es la que la mente supone.

«Las imágenes son visibles al hombre.» Empecemos por lo evidente: lo que vemos son imágenes — formas, apariencias, el mundo entero como espectáculo ante los ojos. Eso es lo accesible, lo que se ofrece a la vista sin esfuerzo. Es el reino de lo manifiesto, de lo que está delante del rostro (Logion 5). Hasta aquí, ningún misterio: vemos imágenes.

«Y la luz que hay en ellas está oculta en la imagen de la luz del Padre.» Aquí empieza la torsión. Las imágenes son visibles, pero la luz que las hace visibles no lo es — la luz nunca se ve, solo se ve lo que ilumina (Logion 17: lo que ningún ojo ha visto). Vemos los objetos, no el ver; vemos las cosas iluminadas, no la iluminación. Y esa luz oculta en cada imagen está, a su vez, «oculta en la imagen de la luz del Padre»: es decir, incluso cuando lo divino se muestra, se muestra en forma de imagen — porque lo sin forma solo puede aparecer tomando forma (Logion 50: la luz se manifestó en su imagen). Hay, pues, un doble velamiento: la luz se esconde en lo que ilumina, y la luz del Padre se esconde en la imagen por la

a que se manifiesta.

«Él se manifestará, y su imagen está oculta por su luz.» Y aquí el dicho da la vuelta completa, invirtiendo la relación. Hasta ahora la luz estaba oculta en la imagen; ahora es la imagen la que está oculta por la luz. ¿Qué significa? Que cuando el Padre se manifieste plenamente — cuando la luz se revele como lo que es —, ya no habrá imagen que la contenga, porque la imagen quedará disuelta en el resplandor. Es la experiencia del Logion 24 llevada al límite: la luz que ilumina el mundo entero no deja, en su plenitud, ningún objeto separado que mirar; todo queda absorbido en el ver. En el reconocimiento último, no ves una imagen de Dios — la imagen se desvanece en la pura luz, como las estrellas se ocultan no por oscuridad sino por exceso de sol.

El dicho describe así los dos movimientos de toda vida contemplativa. Al principio, la luz está escondida tras las imágenes: vemos el mundo y no vemos lo que lo hace visible; hay que buscar la luz oculta tras las formas. Al final, la relación se invierte: es tan intensa la luz que las imágenes se ocultan en ella; ya no hay formas que velen lo divino, sino lo divino que disuelve las formas. Del ocultamiento de la luz por la imagen se pasa al ocultamiento de la imagen por la luz — y ese segundo ocultamiento es la revelación. Lo que al principio parecía oscuridad (no ver la luz) y al final parece también ocultamiento (no ver la imagen) son los dos extremos de un mismo eje, y solo el segundo es plenitud: no ver ninguna cosa porque se ve, por fin, solo luz.

Camino desde aquí: 84 · 24 · 50 · 22 · 17

Logion 84 — Vuestras imágenes anteriores

Jesús dijo: Cuando veis vuestra semejanza, os alegráis. Pero cuando veáis vuestras imágenes que llegaron a ser antes de vosotros — que ni mueren ni se manifiestan —, ¡cuánto tendréis que soportar!

El dicho continúa el juego de imágenes del anterior, pero lo lleva al terreno más personal: la propia imagen. Y contrapone dos maneras de verse, con dos reacciones opuestas — la alegría fácil y lo que apenas se puede soportar.

«Cuando veis vuestra semejanza, os alegráis.» La semejanza es el reflejo — el rostro en el espejo, la imagen que uno tiene de sí, la identidad reconocible. Y verla produce alegría, una alegría inmediata y algo vanidosa: nos gusta reconocernos, confirmarnos, encontrar nuestra cara donde la buscamos. Es el placer del ego ante su propio retrato — el mismo cuidado por la apariencia que el Logion 36 pedía soltar. Esa semejanza es tranquilizadora porque es a nuestra medida: cabe en el espejo, tiene contorno, es «yo» tal como me conozco.

«Pero cuando veáis vuestras imágenes que llegaron a ser antes de vosotros...» Aquí el dicho gira hacia lo vertiginoso. Hay otra imagen, muy distinta de la semejanza cotidiana: la que existía «antes de vosotros» — antes de que llegarais a ser, antes del nacimiento, antes del personaje. Es la imagen verdadera del Logion 19 (el que era antes de llegar a ser), la que el Padre tenía de ti antes de toda biografía, aquella «imagen en lugar de la imagen» que el Logi

on 22 ponía como meta. No es tu reflejo: es tu original. Y de ella se dice algo asombroso — «ni mueren ni se manifiestan». No mueren, porque son anteriores al tiempo, pertenecen a lo Innacido (Logion 15). Y no se manifiestan, porque no son visibles como la semejanza: no aparecen en ningún espejo, no tienen contorno, no se dejan reconocer como «yo». Son lo que uno es antes de ser alguien.

Y entonces el final: «¡cuánto tendréis que soportar!». Ver la semejanza alegre; ver la imagen original abruma. ¿Por qué? Porque en frentarse a lo que uno es antes del personaje es insostenible para el personaje — es su disolución. La semejanza confirma el yo; la imagen anterior lo desmiente, revela que aquello con lo que uno se identificaba (la cara del espejo, la biografía, el nombre) es solo un reflejo tardío de algo sin rostro que lo precede infinitamente. Es la turbación del Logion 2 en su forma más aguda: lo hallado desmiente al que buscaba. Por eso hay que «soportar» — es la carga del que ve su propia infinitud y no puede ya caber en su pequeñez, el peso de descubrir que uno es mucho más y mucho menos que el que creía ser: más, porque es la imagen innacida; menos, porque el que se alegraba en el espejo era solo un reflejo.

El dicho mide así la distancia entre dos autoconocimientos. Uno es agradable y falso: reconocerse en la semejanza, quererse en el espejo. El otro es arduo y verdadero: encontrar la imagen que fue antes de uno, que no muere y no se muestra, y sostener la conmoción de que eso — y no la cara querida — es lo que se es. La alegría del espejo es el consuelo del que aún no ha visto; lo que hay que soportar es el precio de haber visto.

Caminos desde aquí: $83 \cdot 19 \cdot 22 \cdot 50 \cdot 2$

Logion 85 — Adán no era digno

Jesús dijo: Adán llegó a ser de un gran poder y una gran riqueza, y no fue digno de vosotros. Porque si hubiera sido digno, no habría gustado la muerte.

El dicho toca al primer hombre y lo hace descender de su pedestal con una lógica implacable. Adán tuvo gran poder y gran riqueza — fue, en la tradición, la corona de la creación, el ser hecho a imagen, señor del jardín. Y sin embargo, dice Jesús, «no fue digno de vosotros». La comparación es asombrosa: el primer hombre, por debajo de sus descendientes. ¿Por qué? La respuesta está en la prueba única que este evangelio reconoce: gustó la muerte.

Recordemos el criterio, fijado en el mismísimo Logion 1: quien encuentra la interpretación no gustará la muerte. Gustar la muerte es experimentarla como real, saborearla como aniquilación — vivir identificado con lo que cesa. Y ese es el veredicto sobre Adán: murió, es decir, vivió y murió como el ser separado que se identifica con su forma. Su poder y su riqueza no lo salvaron — al contrario, quizá fueron parte del problema. Porque poder y riqueza son, en este libro, los rasgos del que tiene: del que posee un yo grande, dotado, señorial. Y todo lo que se tiene mantiene la dualidad (Logion 81: al rico se le pide hacerse rey, disolver el tener en el ser). Adán fue rico y poderoso, pero no indiviso; grande, pero dos. Su grandeza era la del personaje máximo, no la del que ha dejado de ser personaje.

«No fue digno de vosotros.» El «vosotros» son los oyentes — los que pueden oír estas palabras, los que tienen ante sí la posibilidad

d que Adán no realizó. Y aquí está la inversión que atraviesa todo el evangelio: los primeros se harán últimos (Logion 4), el más pequeño del Reino es mayor que el más grande de los nacidos (Logion 46). Adán es el primero cronológico, el origen de la estirpe, la máxima riqueza inicial — y precisamente por eso queda por debajo de cualquiera que hoy alcance lo que él no alcanzó. No se hereda la dignidad del origen; se conquista el reconocimiento en el presente. El linaje de Adán no salva a nadie, porque lo que Adán transmitió fue justamente la muerte — la identificación con la forma, el ser-dos, la vida vivida como separación.

Hay una lectura aún más honda si se recuerda el Logion 84, que precede a este. Allí se hablaba de las imágenes anteriores, las que fueron antes de nosotros, que ni mueren ni se manifiestan. Adán, aquí, es lo contrario: una imagen que sí murió, precisamente por que se identificó con lo manifiesto — con el poder y la riqueza visibles — en lugar de con lo innacido. El primer hombre representa la opción equivocada del ser humano: hacerse grande en el plano de las formas en vez de reconocer lo que era antes de toda forma. Y el evangelio, con una audacia serena, dice a sus oyentes: vosotros podéis lo que Adán no pudo. No porque seáis mejores, sino porque tenéis ante vosotros la palabra que él no oyó, y la posibilidad — hoy, ahora — de no gustar la muerte que él gustó.

Caminos desde aquí: 1 · 84 · 81 · 46 · 19

Logion 86 — Dónde reclinar la cabeza

Jesús dijo: Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros tienen sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza y descansar.

El dicho se lee habitualmente como retrato de una pobreza itinerante: el predicador sin techo, más desamparado que los animales. Y esa lectura es cierta en su superficie, pero deja escapar lo esencial, que está en el contraste entre los términos. Las zorras y los pájaros tienen lugar porque son criaturas: nacidos, situados, ajustados a un sitio del mundo. Cada forma tiene su nicho — esa es la definición de forma. El Hijo del hombre no lo tiene, y no por desgracia: porque no es una forma más entre las formas.

Recuérdese la pregunta del Logion 24: muéstranos el lugar donde estás. Y la respuesta que entonces disolvió la pregunta: hay luz dentro de un hombre de luz. Lo que no es objeto no ocupa lugar. La consciencia no tiene guarida porque no es una criatura del mundo, sino aquello en lo que el mundo aparece — y aquello en lo que todo aparece no puede aparecer en ninguna parte. Su carencia de sitio no es indigencia: es su naturaleza. Buscarle un domicilio sería como preguntar en qué habitación está el espacio.

Y sin embargo el dicho tiene un tono de fatiga que no conviene borrar con metafísica. Dice: no tiene dónde reclinar la cabeza y descansar. Ese añadido — el reposo — es propio de Tomás y lo carga de otra cosa. En este evangelio el reposo es la meta, la anapausis que corona la secuencia entera (Logion 2), el sábado hecho sábado (Logion 27), la mitad quieta de la señal del Padre (Logion 50

). Y aquí se dice que el Hijo del hombre no lo encuentra. Hay en ello una confesión honesta sobre la condición del que ha despertado en un mundo dormido: no encaja en ningún nicho, no puede volver a las guaridas que consuelan a los demás, y esa falta de sitio se paga con una intemperie real. El solitario del Logion 16 está de pie, sí, pero de pie es lo contrario de acostado; nadie que se sostenga solo lo hace sin cansancio.

La tensión entre las dos lecturas es la enseñanza. Por un lado, no tener lugar es la libertad del transeúnte (Logion 42), la del que no se instala porque no hay quién se instale; por otro, es la fatiga de quien ya no puede dormir donde duermen los demás. Ambas cosas son verdad al mismo tiempo, y el evangelio no las resuelve con un consuelo. Solo deja entrever dónde está el descanso que no está en el mundo: no en un lugar, porque ninguno le corresponde, sino en aquello que no necesita reclinarse — el reposo que no es acostarse, sino cesar de ser alguien que busca dónde.

Caminos desde aquí: 24 · 2 · 42 · 90

Logion 87 — Cuerpo que depende de cuerpo

Jesús dijo: Miserable es el cuerpo que depende de un cuerpo, y miserable es el alma que depende de estos dos.

Dos miserias encadenadas, y la escala importa: hay una dependencia y luego una dependencia de la dependencia. Leerlo como desprecio del cuerpo sería traicionar a un evangelio que se maravilla de que tanta riqueza habite en tanta pobreza (Logion 29) y que manda comer sin miedo lo que le pongan a uno delante (Logion 14). Lo que se señala no es el cuerpo: es el depender.

«Miserable el cuerpo que depende de un cuerpo.» La primera lectura es física y evidente: un cuerpo que necesita de otro para sostenerse — el que no puede estar sin, el que se apoya hasta no tenerse. Pero el sentido se abre si se recuerda qué significa cuerpo en este libro. En el Logion 80, el mundo entero es «el cuerpo» — la manifestación, lo formado, lo que aparece. Entonces la frase dice algo más ancho: miserable la forma que se apoya en otra forma, lo manifiesto que busca su fundamento en lo manifiesto. Y ahí está la miseria, en sentido literal de precariedad: apoyarse en lo que a su vez no se sostiene. Todo lo que aparece es sostenido por otra cosa; construir sobre eso es edificar sobre lo que ya se está cayendo — la vida plantada fuera, sin raíz (Logion 40).

«Y miserable el alma que depende de estos dos.» Aquí está el segundo piso, y es el que duele. El alma — lo que en uno debería estar enraizado en la fuente — dependiendo de esa relación entre cuerpos. Es decir: la identidad construida sobre un vínculo, sobre un

a circunstancia, sobre la manera en que dos formas se apoyan mutuamente. La persona cuyo ser depende de que otro la mire de cierta forma; la vida interior colgada de una situación externa. Miserable no por juicio moral: por fragilidad extrema. Es una casa apoyada en un muro apoyado en el aire. Cuando el vínculo cambia — y cambia siempre, porque las formas pasan (Logion 11) —, no cae solo la relación: cae el que se creía ser.

Lo que el dicho pide, entonces, no es prescindir de nadie ni de nada. Es corregir la dirección del apoyo. El alma no debe descansar sobre lo que descansa sobre otra cosa; su asiento está en lo que no depende — el principio en el que hay que mantenerse de pie (Logion 18), la luz que llegó a ser por sí misma (Logion 50), lo único incausado. Desde ahí, los vínculos dejan de ser puntales y se vuelven lo que siempre debieron ser: encuentro entre dos que ya se sostienen. Amar al hermano como a la propia alma (Logion 25) no es apoyarse en él — es reconocerse; y solo el que no necesita el apoyo puede amar sin devorar.

Caminos desde aquí: 29 · 40 · 25 · 112

Logion 88 — Los ángeles y los profetas

Jesús dijo: Los ángeles y los profetas vendrán a vosotros y os darán lo que es vuestro. Y vosotros les daréis lo que tenéis en vuestras manos, y os diréis: ¿Cuándo vendrán ellos a tomar lo que es suyo?

El dicho es de una extrañeza cuidadosa, y todo él gira sobre una simetría entre lo que se recibe y lo que se entrega. Los ángeles y los profetas — los mediadores por excelencia, las figuras que en toda tradición traen el mensaje de lo alto — vienen a dar. Y lo que dan es notable: «lo que es vuestro». No un regalo ajeno, no un premio, no algo que ellos posean y cedan. Restituyen. El mensajero no aporta nada nuevo: devuelve al ser humano lo que siempre fue suyo y había olvidado — la luz que ya estaba dentro (Logion 24), el Reino ya extendido (Logion 113), lo que hay que producir de dentro (Logion 70). Toda revelación auténtica es una devolución, y por eso el que la recibe no contrae deuda: recupera.

Luego la contrapartida, que parece equilibrar el intercambio: «vosotros les daréis lo que tenéis en vuestras manos». Pero no hay equilibrio, hay diferencia de naturaleza. Ellos dan lo que es vuestro; vosotros dais lo que tenéis en las manos — es decir, lo que se posee circunstancialmente, lo que se agarra (y el evangelio ya dijo que las manos son el órgano del agarre, lo que hay que atar para que caiga la casa del fuerte, Logion 35). Se recibe lo esencial y se entrega lo accesorio. No es una transacción justa: es un cambio absurdamente favorable, del tipo del mercader que da toda su mercancía por una perla (Logion 76).

Y entonces la pregunta final, que es lo más fino del dicho: «¿cuándo vendrán ellos a tomar lo que es suyo?». Los oyentes esperan la factura. Habiendo recibido tanto, aguardan el momento en que los mensajeros vuelvan a cobrar su parte — porque la mente que negocia no concibe un don sin contrapartida (Logion 64: los mercaderes no entran). Y la pregunta queda sin respuesta, suspendida, precisamente porque no la tiene: no hay nada suyo que venir a tomar. Los ángeles y los profetas no traen mercancía propia; son cauce, no fuente. Nada de lo que entregaron les pertenecía, y por eso nunca vendrán a reclamarlo. Esperar esa visita es no haber entendido la naturaleza de lo recibido.

Ahí está la enseñanza, y es una liberación silenciosa. La religión del intercambio genera deuda: he recibido, luego debo — y de ahí los sacrificios, los votos, la vida entera entendida como pago. Este evangelio corta esa raíz. Lo que se te da es tuyo; los que lo traen no tienen nada tuyo que reclamar; y lo único que tú entregas es lo que llevabas de más en las manos. Nadie vendrá a cobrar. La pregunta que los oyentes se hacen es el último residuo del mercado dentro de ellos.

Caminos desde aquí: 70 · 64 · 35 · 76

Logion 89 — El interior de la copa

Jesús dijo: ¿Por qué laváis el exterior de la copa? ¿No comprendéis que quien hizo el interior es también el que hizo el exterior?

La imagen viene del mundo de la pureza ritual — copas que se lavan por fuera según la norma — pero el argumento que Jesús opone no es el esperado. En los evangelios canónicos, la crítica es de prioridad: lavad primero lo de dentro, que es lo que importa. Aquí el razonamiento va más lejos y es de una elegancia distinta: el mismo que hizo el interior hizo el exterior. No se trata de invertir la jerarquía — se trata de mostrar que no hay dos partes.

Porque lo que sostiene la obsesión purificadora es exactamente una división: hay un afuera visible que puede mancharse y un adentro que hay que proteger, o al revés. Sobre esa frontera se construye toda la religión de la pureza — y también toda la moral de la apariencia, y también la vida interior entendida como refugio limpio en medio de un mundo sucio. El dicho desmonta el supuesto en una línea: si ambos lados salieron de la misma mano, la línea que los separa es tuya, no de la copa. Es el programa del Logion 22 aplicado a un objeto doméstico — haced lo de dentro como lo de fuera y lo de fuera como lo de dentro — y la respuesta al Logion 3, donde el Reino está dentro y fuera precisamente porque la frontera es ilusoria.

De ahí se sigue una consecuencia práctica que atraviesa la vida entera. Quien limpia solo el exterior fabrica una fachada; pero quien limpia solo el interior fabrica otra cosa igual de falsa: una inti-

midad pura que convive con una conducta descuidada, la espiritualidad como habitación privada bien barrida mientras la casa se cae. Los dos errores son el mismo error con distinto domicilio. Lo que este evangelio pide no es elegir el lado bueno: es que no haya lados — la coherencia sin fisuras del Logion 6, donde no hay distancia entre lo que eres, lo que sabes, lo que muestras y lo que haces. Una copa así no necesita ser lavada por fuera: lo que la limpia por dentro la limpia entera, porque es una sola.

Y hay un último eco en la elección del ejemplo. Una copa se hace para contener y para ofrecer; su interior y su exterior son dos aspectos de un mismo servicio — nadie bebe del interior sin sostener el exterior. El ser humano es así: no hay una vida interior que pueda beberse sin la vida exterior que la sostiene y la sirve. Preguntar cuál importa más es haber olvidado que la copa es una.

Caminos desde aquí: 22 · 6 · 3 · 14

Logion 90 — Mi yugo es suave

Jesús dijo: Venid a mí, porque mi yugo es fácil y mi señorío es suave, y encontraréis reposo para vosotros.

Después de tanta severidad — el fuego, la espada, la casa derribada, lo que hay que soportar —, el evangelio ofrece aquí su frase más acogedora. Y conviene tomarla en serio, porque no es una concesión sentimental: es la descripción exacta de cómo se siente lo verdadero cuando por fin se encuentra.

El yugo es la imagen del sometimiento: la pieza de madera que une al animal y lo obliga a tirar. Que se lo llame «fácil» — otras versiones dicen suave, benigno, cómodo — invierte la palabra sin abolirla. Sigue habiendo yugo: no se promete una vida sin dirección ni sin disciplina, y este libro lleva ochenta y nueve dichos exigiendo cosas difíciles. Lo que se promete es que ese yugo no pesa. Y no pesa por una razón estructural: porque no tira contra la naturaleza de quien lo lleva. Todo peso viene de la resistencia; lo que va a favor de lo que uno es no se siente como carga. El yugo del que se ha reconocido no le exige ser otro — le exige ser lo que ya es, y eso, por definición, no cansa.

Compárese con la alternativa, que este evangelio ha retratado sin piedad: el yugo verdaderamente insoportable es el del yo separado. Sostener un personaje de la mañana a la tarde (Logion 36), llevar graneros para una seguridad que no llega (Logion 63), vigilar el exterior de la copa (Logion 89), montar dos caballos a la vez (Logion 47) — ese es el trabajo agotador, y nadie lo llama yugo porque se confunde con vivir. La carga que aplasta a los hombres no

es la religión ni la exigencia espiritual: es el mantenimiento diario de una ficción. Al lado de eso, cualquier verdad resulta ligera.

«Y mi señorío es suave.» El término apunta al modo de gobernar, y en este libro el señorío nunca es dominio: reinar es descubrir que el Todo no es otro que la propia naturaleza (Logion 2), y al que tiene poder se le pide renunciar a él (Logion 81). Un señorío que no domina no oprime — no puede: no tiene sobre quién. Someterse a él es la única sumisión que no crea dos, porque aquello a lo que uno se somete resulta ser uno mismo en su fondo.

Y el final nombra la palabra clave del evangelio: reposo. Aquí está el término al que apuntaban el Logion 2 (y habiendo reinado, descansar), el 27 (haced del sábado un sábado), el 50 (movimiento y reposo), el 60 (buscad un lugar en el reposo), el 86 (el que no tiene dónde reclinar la cabeza y descansar). Ese último es especialmente significativo: cuatro dichos atrás se decía que el Hijo del hombre no encuentra dónde descansar, y ahora se ofrece reposo a quien venga. No es contradicción — es la respuesta. El reposo no está en un lugar donde reclinarsse; está en el que llama. No se descansa en algo, se descansa siendo. Por eso la invitación puede decir «venid a mí» sin señalar ninguna dirección: el que viene descubre que el sitio al que llegó era el que caminaba.

Caminos desde aquí: 2 · 27 · 50 · 86 · 60

Logion 91 — Leer el rostro del cielo

Le dijeron: Dinos quién eres, para que creamos en ti. Él les dijo: Examináis el rostro del cielo y de la tierra, y no habéis reconocido al que está ante vosotros, ni sabéis examinar este momento.

Una vez más la pregunta por la identidad — ¿quién eres? —, la cuarta o quinta del evangelio (Logia 13, 43, 61, 72), y una vez más con la misma trampa dentro: «para que creamos en ti». Quieren credenciales antes de escuchar; quieren saber quién habla para decidir si vale lo que dice. Y ya se dijo en el Logion 43: por lo que os digo no reconocéis quién soy. Ninguna credencial produce reconocimiento, porque el reconocimiento no es un juicio sobre un currículo sino un acto de percepción.

La respuesta desplaza la conversación al terreno de la competencia — de lo que estos hombres saben hacer, y saben hacer mucho. Examinan el rostro del cielo y de la tierra: leen las señales, predicen la lluvia, interpretan los astros, dominan una hermenéutica del mundo. No son ignorantes, son expertos. Y precisamente ahí está el filo: toda esa pericia no les sirve para lo único que importa, porque está entrenada en una dirección — hacia lo lejano, lo futuro, lo que se descifra. El experto en señales es el que siempre está leyendo hacia algo, y por eso nunca está en nada.

«No habéis reconocido al que está ante vosotros.» Es el Logion 5 convertido en reproche: lo que está delante del rostro es la puerta, y es exactamente lo que el ojo entrenado en escrutar horizontes salta sin ver. También es el Logion 52 — mientras rastreaban a l

os veinticuatro profetas, dejaron al Viviente que tenían delante. La competencia hermenéutica y la presencia son facultades distintas, y la primera puede crecer indefinidamente sin que la segunda despierte. Se puede tener un doctorado en el rostro del cielo y no haber mirado nunca al que está enfrente.

Y luego la frase que lo remata, la más aguda: «ni sabéis examinar este momento». No dice que no lo examinen — dice que no saben. Falta el arte. Se han formado en leer el mundo y nadie les enseñó a leer el instante, que es la única escritura donde ocurre algo. Y es un arte, en efecto: mirar el ahora sin convertirlo inmediatamente en anticipación, en recuerdo, en signo de otra cosa. La mente que interpreta trata cada presente como referencia a algo ausente — este cielo rojo significa lluvia mañana, este dicho significa aquel profeta. Examinar el momento es lo contrario: dejarlo ser lo que es, sin remitirlo. Y solo ahí puede reconocerse lo que no está en ninguna otra parte.

Queda entonces respondida la pregunta que hicieron, aunque no como la hicieron. ¿Quién eres? El que está ante vosotros, ahora. No hay más credencial que esa, y no la habrá nunca: lo que se busca no tiene documentación, tiene presencia. Quien sepa examinar este momento sabrá quién habla; quien no, seguirá pidiendo pruebas mientras lo tiene delante.

Camino desde aquí: 5 · 43 · 52 · 51 · 13

Logion 92 — Buscad y encontraréis

Jesús dijo: Buscad y encontraréis. Pero aquellas cosas que me preguntasteis en aquellos días y que entonces no os dije, ahora quiero decírlas, y no las buscáis.

La primera frase es la promesa fundacional, la misma del Logion 2: buscad y encontraréis. La segunda la complica con una ironía triste, y en esa ironía está toda la enseñanza sobre el tiempo interior.

Hubo un momento en que preguntaron y no se les respondió. No por capricho ni por secreto celoso: porque no era el momento — lo que se dice a quien no está listo no produce comprensión sino ruido, y se convierte en frase memorizada que después ocupa el sitio de la experiencia (Logion 62: los misterios se dicen a quienes son dignos de ellos). Toda enseñanza real tiene una sazón, como el fruto que hay que segar cuando madura (Logion 21). Callar entonces fue un acto de cuidado.

Y ahora se invierte todo: él quiere decirlo, y ellos ya no preguntan. Esa es la tragedia menuda y cotidiana que el dicho retrata con una exactitud desoladora. Las respuestas llegan cuando las preguntas se han apagado. Lo que uno hubiera dado todo por saber a los veinte años se le ofrece a los cincuenta, cuando ya no le interesa; el maestro está dispuesto justo cuando el discípulo ha dejado de tener hambre. Y no es mala suerte: es el mecanismo del Logion 28. La sed se pierde. Los años llenan de vino — de ocupaciones, de respuestas provisionales que se volvieron definitivas por cansancio, de la resignación que se disfraza de madurez — y quien ya e

está lleno no puede recibir aunque le sirvan.

Nótese que el dicho no dice que ahora sea imposible. Dice que ahora se quiere decir y no se busca. La puerta está abierta y nadie llama. Es exactamente el «vendrán días en que me buscaréis y no me encontraréis» del Logion 38, pero girado: allí faltaba el objeto para el que buscaba; aquí falta el buscador para lo que se ofrece. Las dos mitades del desencuentro, y en ambas el problema es de sincronía — nunca de disponibilidad de lo real.

De ahí que la primera frase, «buscad y encontraréis», no sea un consuelo sino una urgencia. La búsqueda no es un estado permanente que se pueda posponer; es un fuego que hay que mantener, porque se apaga. La bienaventuranza del hambre (Logion 69) tiene esta letra pequeña: el hambre también se pierde, y perderla es la única pérdida irreparable, porque con ella se pierde el órgano de recibir. Mientras algo en ti todavía pregunte, pregunta. No porque la respuesta vaya a escaparse — está dicha, está aquí, ya ha llegado (Logion 51) —, sino porque el que preguntaba puede irse.

Caminos desde aquí: 2 · 38 · 28 · 69 · 94

Logion 93 — No deis lo santo a los perro

S

Jesús dijo: No deis lo santo a los perros, no sea que lo echen al estercolero. No arrojéis las perlas a los cerdos, no sea que las hagan barro.

El dicho suena a desprecio hacia otros y ha sido usado así con frecuencia, para justificar círculos cerrados y desdenes de iniciados. Pero léase con el resto del libro y aparece otra cosa: no una jerarquía de personas, sino una observación sobre lo que ocurre cuando algo se ofrece donde no puede ser recibido.

Perros y cerdos no son insultos aquí — son animales que no distinguen. El perro no desprecia lo santo: no puede reconocerlo, y por eso lo trata como trata todo lo demás. El cerdo no odia la perla: la hunde en el fango porque para él no hay diferencia entre una perla y una piedra. No hay malicia en ninguno de los dos; hay incapacidad de percibir el valor. Y ese es exactamente el estado que este evangelio ha descrito una y otra vez sin llamarlo culpa: los ebrios sin sed (Logion 28), los ciegos de corazón, los que están alrededor del pozo sin bajar el cubo (Logion 74). No son malos: están llenos, o dormidos, o no tienen hambre. Ofrecerles lo esencial no los daña — pero destruye lo ofrecido, o mejor, lo vuelve inútil, y en el proceso enseña a quien lo dio una lección amarga.

Nótese además hacia dónde apunta el cuidado: «no sea que lo echen al estercolero», «no sea que las hagan barro». La preocupación no es que los perros se ensucien, sino que lo santo se pierda. Es la misma advertencia del Logion 62 dicha en negativo: los mist

erios se dicen a quien puede recibirlos, no porque los demás sean indignos, sino porque la palabra dicha fuera de sazón se malgast a y, peor aún, se degrada. Una verdad convertida en consigna, en eslogan, en frase de repetición, ha sido efectivamente arrojada al barro — y quien más pierde con eso es la verdad misma, que a pa rtir de entonces circula gastada.

Y hay un tercer sentido, el más incómodo y el más útil, si se mira hacia dentro en lugar de hacia los otros. Cada uno lleva sus propios perros y sus propios cerdos: las partes de sí que no distinguen, que convierten en barro lo que reciben. La comprensión más alta entregada a la mente que solo sabe usar — que la convertirá en argumento, en ventaja, en material de conversación brillante — es una perla echada a los cerdos dentro de la propia casa. Esto ocurre a diario en cualquier vida interior: algo se ve con nitidez y en veinte minutos ya está siendo administrado por la parte que quiere lucirlo. El dicho, leído así, no manda seleccionar oyentes: manda cuidar dónde, dentro de uno mismo, se deposita lo que se ha visto.

Caminos desde aquí: 62 · 28 · 74 · 76

Logion 94 — Quien busca encontrará

Jesús dijo: Quien busca encontrará, y a quien llama desde dentro se le abrirá.

Dos frases mínimas que reformulan la promesa del Logion 2 con una variación de una sola palabra — y esa palabra lo cambia todo. La versión canónica dice: llamad y se os abrirá. Aquí se dice: a quien llama desde dentro.

Es la corrección definitiva de la geografía espiritual. Llamar a una puerta supone estar fuera: hay un afuera donde espero y un adentro donde está lo que quiero, y golpeo para que me dejen pasar. Toda religión de la distancia funciona así — la oración como llamada, el mérito como argumento para que abran, la vida como espera en el umbral. Es la posición de los muchos que están de pie ante la puerta (Logion 75) y de los que rodean el pozo sin bajar el cubo (Logion 74). Y este dicho la desmonta con dos palabras: se llama desde dentro. El que llama ya está dentro. No hay nadie afuera pidiendo entrada; hay alguien dentro que todavía no sabe dónde está, y que al llamar descubre la puerta abierta desde el lado que no esperaba.

De ahí que la promesa sea segura y no condicional. No dice: quizá se os abra si insistís lo suficiente. Dice que se abrirá — porque a abrir, aquí, no es un acto de otro que concede, sino el reconocimiento de que no había cerradura. Es la misma inversión del Logion 39: lo que los escribas escondieron no fue el acceso, fue la noticia de que no hace falta llave. Y del Logion 51: lo que esperáis ya ha llegado, pero no lo conocéis. La puerta no se abre hacia afuera par

a dejarte pasar; se abre hacia dentro, en ti, para que veas dónde estabas.

Y sin embargo la promesa exige el gesto: hay que buscar, hay que llamar. Esa es la paradoja que el evangelio nunca resuelve del todo y que constituye su honestidad. Si ya estás dentro, ¿por qué llamar? Porque el llamar es lo que produce el reconocimiento — no porque mueva a nadie a abrir, sino porque el que golpea acaba notando que el sonido viene de este lado. La búsqueda no consigue el hallazgo: lo revela. Por eso el Logion 2 pedía no cesar de buscar hasta encontrar, y por eso el 92 advertía que la búsqueda puede apagarse. Lo único que se pide es mantener el gesto; el resultado no depende de su fuerza, sino de que un día, llamando, se oiga desde dónde se llama.

Caminos desde aquí: 2 · 92 · 39 · 75 · 51

Logion 95 — Prestad a quien no devuelve

Jesús dijo: Si tenéis dinero, no lo prestéis con interés; dadlo más bien a aquel de quien no lo recibiréis de vuelta.

El dicho parece una norma económica y es, en realidad, la aplicación más concreta de la ética que este evangelio viene fundando desde el Logion 25. Y su lógica es la de siempre en Tomás: no se corrige una práctica, se sale de la estructura que la produce.

La primera mitad prohíbe el préstamo con interés — una prohibición clásica en la ley bíblica, nada original. Lo interesante es la segunda, que no dice «prestad sin interés», que sería la corrección esperable. Dice: dadlo a quien no os lo devolverá. No es un préstamo mejorado: es la abolición del préstamo. Se pasa del crédito al don, y con ello se sale del circuito entero de la deuda.

¿Por qué es tan importante para este libro? Porque la deuda es la forma económica del ser-dos. Prestar establece dos posiciones — acreedor y deudor — y un vínculo que consiste precisamente en la distancia entre ellas: yo tengo algo tuyo, tú me debes. Incluso el préstamo generoso, sin interés, mantiene esa geometría; solo la hace más amable. Y toda la enseñanza de Tomás va contra esa geometría: amar al hermano como a la propia alma (Logion 25), don de la mano no le presta al pie; recibir sin contraer deuda con los ángeles que solo devuelven lo que ya era tuyo (Logion 88); no entrar en los lugares del Padre con mentalidad de mercader (Logion 64). Dar a quien no devolverá es la única transferencia que no crea dos.

Nótese además el detalle práctico, que impide leer esto como idealismo. No dice: dad a quien no pueda devolver, por compasión hacia el pobre. Dice: a aquel de quien no lo recibiréis de vuelta — el criterio está puesto en ti, en tu certeza de que no vuelve. Es decir: da de tal manera que no quede resto de expectativa. Porque lo que corrompe el don no es que el otro no pague; es que tú esperes. La expectativa convierte retroactivamente el regalo en crédito, y entonces aparece el resentimiento, que es la factura emocional de un préstamo que se disfrazó de don. Solo lo dado sin retorno esperado se ha dado de verdad.

Y ahí el dicho enlaza con la mano izquierda que no debe enterarse de lo que hace la derecha (Logion 62): también allí se pedía que la acción no dejara asiento contable en el que la hace. Aquí es lo mismo en el terreno del dinero, que es donde la contabilidad es literal. Dar sin registro, sin cuenta pendiente, sin nadie que deba nada. Eso no empobrece: libera. Mientras haya alguien que te deba, una parte de ti está en su casa, esperando.

Caminos desde aquí: 25 · 62 · 64 · 88 · 110

Logion 96 — La levadura

Jesús dijo: El Reino del Padre se parece a una mujer. Tomó un poco de levadura, lo escondió en la masa y lo convirtió en grandes panes. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

Tres detalles hacen de esta parábola algo distinto de una simple ilustración del crecimiento. El primero es la levadura misma, que en el simbolismo ritual judío es lo impuro por excelencia — lo que hay que eliminar de la casa antes de la Pascua, la imagen habitual de la corrupción que se extiende. Que el Reino se compare precisamente con eso es una provocación calculada: lo divino actúa como actúa lo que la religión enseñó a temer. No entra por la puerta grande ni con las credenciales de la pureza; entra como fermento, alterando desde dentro lo que toca.

El segundo detalle es el verbo: la mujer escondió la levadura en la masa. No la mezcló, no la añadió — la ocultó. Y con eso volvemos a la ley central del libro: lo que transforma actúa oculto (Logion 5: nada hay oculto que no llegue a manifestarse). El Reino no obra a la vista; obra debajo, en lo que no se está mirando. Igual que la semilla más pequeña de todas produce el árbol que cobija (Logion 20), lo minúsculo escondido hace todo el trabajo mientras la masa parece la misma. Y esa invisibilidad es también la razón de que tanta gente concluya que no pasa nada: la fermentación no se ve, solo se ve el resultado, y entre una cosa y otra hay un tiempo en que parece que nada ocurre.

El tercero es la desproporción, la misma que gobierna toda la agricultura de este evangelio: un poco de levadura, grandes panes. L

o real no suma — multiplica (Logion 9: sesenta y ciento veinte por medida). Un solo reconocimiento auténtico, por pequeño que sea, no añade un elemento más a la vida: transforma la naturaleza de la masa entera. Nadie fermenta un poco. Es la lógica contraria a la acumulación: no hace falta mucho, hace falta que entre.

Y hay algo más en la elección de la protagonista. El Reino se compara aquí con una mujer que amasa — como en el logion siguiente será una mujer que carga una jarra. Frente a la imagen del rey, del sacerdote o del sabio, el evangelio pone el trabajo doméstico, la faena de cada día, las manos en la harina. Es la misma dirección del Logion 77: parte la madera y ahí estoy. Lo divino no se manifiesta en lo solemne sino en lo que se hace con las manos mientras se piensa en otra cosa — y la mujer que amasa no está oficiando ningún rito: está haciendo pan. La levadura hace lo suyo igual.

Caminos desde aquí: 20 · 9 · 97 · 5 · 77

Logion 97 — La jarra agujereada

Jesús dijo: El Reino del Padre se parece a una mujer que llevaba una jarra llena de harina. Mientras caminaba por un camino lejano, el asa de la jarra se rompió y la harina se deramó tras ella en el camino. Ella no lo sabía; no había notado el accidente. Cuando llegó a su casa, dejó la jarra en el suelo y la encontró vacía.

Es una de las dos parábolas exclusivas de Tomás y, para muchos lectores, la más desconcertante del evangelio: una historia sin milagro, sin enseñanza explícita y sin final feliz. Una mujer camina, pierde lo que llevaba sin enterarse, llega y descubre el vacío. Nada más. Y que esto sea comparado con el Reino resulta escandaloso, hasta que se advierte que la parábola no describe el Reino como cosa poseída, sino el modo exacto en que se pierde una vida.

La harina es lo que se lleva: los años, la energía, las posibilidades, la sustancia con la que se iba a hacer el pan. Y el detalle decisivo es la rotura del asa — no del recipiente entero. La jarra sigue caminando, entera a la vista, con su forma intacta; lo que ha cedido es lo que la sostenía. Así se vacía casi cualquier existencia: no por una catástrofe visible, sino por una pequeña avería que no hace ruido. Nadie pierde su vida de golpe. Se pierde por un hilo de harina que va quedando atrás en el camino, en cantidades tan pequeñas que ninguna se echa en falta.

«Ella no lo sabía; no había notado el accidente.» Ahí está el corazón del dicho, y es la única acusación que contiene — una acusación sin dureza, casi compasiva. No hubo maldad, ni pereza, ni siqui

era negligencia deliberada: hubo desatención. La mujer caminaba, probablemente ocupada, probablemente pensando en lo que haría al llegar. Es el estado que este libro ha descrito de mil formas: los invitados con negocios pendientes (Logion 64), el rico calculando graneros (Logion 63), los que examinan el rostro del cielo y no saben examinar este momento (Logion 91). Toda esa gente está caminando con el asa rota. Y la ausencia de dolor es lo más terrible: perder sin sentirlo no duele hasta el final, y por eso no avisa.

El final es de una sobriedad implacable: llega, deja la jarra, la encuentra vacía. Ningún castigo, ningún juicio, ninguna voz del cielo. Solo el peso que ya no está y la constatación. Es el mismo desengaño del rico que muere aquella noche (Logion 63): la estructura simplemente se revela, sin que nadie intervenga.

¿Y dónde está el Reino en todo esto? En el reverso exacto de la historia. Si así se pierde una vida — sin notarlo, por desatención, en el camino —, entonces el Reino es lo contrario: notarlo. Es la vigilancia del que custodia su casa contra los ladrones (Logion 21), la presencia que sabe examinar este momento, el obrero que sí está en la mies (Logion 73). La parábola no enseña una doctrina: pone delante el destino por defecto de casi todos, y deja que el lector se pregunte lo único útil — cuánta harina lleva ya derramada detrás de sí, y si aún queda peso en la jarra para notarlo antes de llegar.

Camino desde aquí: 63 · 91 · 21 · 73 · 98

Logion 98 — La espada en la pared

Jesús dijo: El Reino del Padre se parece a un hombre que quería matar a un poderoso. Desenvainó la espada en su casa y la clavó en la pared para saber si su mano sería firme. Entonces mató al poderoso.

La otra parábola exclusiva de Tomás, y la más violenta del evangelio. Comparar el Reino con un asesinato ha inquietado a todos sus lectores, y con razón: no hay forma de suavizarla. Pero la comparación no recae sobre el crimen — recae sobre el ensayo. Lo que la parábola pone en el centro no es la muerte del poderoso, que se despacha en cuatro palabras al final, sino el gesto extraño de clavar la espada en la pared de casa antes de salir.

Ese gesto es la enseñanza entera. El hombre no confía en su determinación: la prueba. Y la prueba es privada, doméstica, sin testigos — en su propia casa, contra su propia pared. Quiere saber si la mano será firme antes de que la firmeza sea necesaria. Sabe que en el momento decisivo no habrá margen para descubrir que temblaba. Es lo contrario de la buena intención, esa moneda con la que todos pagamos por adelantado nuestras transformaciones futuras: mañana empiezo, cuando llegue la ocasión sabré responder, si me pusieran a prueba resistiría. El hombre de la parábola no se fía de sí mismo, y por eso acierta.

¿Quién es el poderoso? El evangelio ya lo nombró: el fuerte de la casa fortificada, que no puede ser tomada por asalto y a quien hay que atar las manos (Logion 35) — el yo separado, instalado, armado con sus certezas. Aquí reaparece como el objetivo de una e

mpresa que exige, antes que fuerza, firmeza de mano. Y la relación entre los dos dichos es exacta y complementaria: el Logion 35 dice qué no funciona (la fuerza frontal) y este dice qué sí (la determinación probada). No se derriba al fuerte con arrebatos ni con entusiasmo espiritual; se lo derriba con una decisión que ya ha sido puesta a prueba en pequeño, en privado, cuando no había nada en juego.

Y ahí está lo aplicable, que es lo que salva la parábola de su aspereza. La pared de casa es cada ocasión menor en la que uno puede comprobar si su mano es firme: el momento en que se calla la réplica que no hacía falta, en que no se busca el reconocimiento, en que se suelta un pensamiento en vez de seguirlo. Nada de eso mata a nadie; todo eso es la espada contra la pared. Quien nunca ha probado su mano en lo pequeño descubrirá que tiembla justo cuando importe — y el evangelio, que rara vez habla de entrenamiento, aquí lo hace sin rodeos.

Queda por decir por qué el Reino se parece a esto. Porque el Reino, en Tomás, no llega por gracia difusa ni por espera devota: se encuentra en él (Logion 22), se lo encuentra buscando sin cesar (Logion 2), se lo produce de dentro (Logion 70). Todo eso exige una firmeza que no se improvisa. La parábola pone la imagen más incómoda posible para que no se olvide que hay algo que morir — no un enemigo exterior, sino el poderoso que vive en la casa desde la que se sale a matarlo.

Camino desde aquí: 35 · 21 · 70 · 2

Logion 99 — Los que hacen la voluntad

Los discípulos le dijeron: Tus hermanos y tu madre están fuera. Él les dijo: Los que están aquí, que hacen la voluntad de mi Padre, esos son mis hermanos y mi madre. Ellos son los que entrarán en el Reino de mi Padre.

La escena es breve y su geografía lo dice todo: la familia está fuera, los otros están aquí. Y toda la respuesta consiste en redefinir el parentesco por dentro y por fuera de esa línea — no la de la puerta, sino la de la voluntad compartida.

Este dicho es el reverso amable del Logion 55, el más áspero del evangelio, donde se pedía odiar a padre y madre. Allí se soltaba un vínculo; aquí se muestra qué aparece cuando se ha soltado. No un desierto afectivo: una familia nueva, más ancha, fundada en otra cosa. La desvinculación de la sangre no produce soledad — produce hermandad electiva. Y no porque los de dentro sean mejores que los de fuera, sino porque el criterio ha cambiado: ya no une la genealogía, une el hacer.

Nótese la precisión de la fórmula: no dice «los que creen en mi Padre» ni «los que me siguen». Dice: los que hacen la voluntad. Es coherente con todo el libro, donde la fe no aparece nunca como categoría y lo que se pide es siempre operativo: hacer de los dos uno (Logion 22), producir lo que se tiene dentro (Logion 70), no mentir y no hacer lo que se odia (Logion 6). La voluntad del Padre no es un conjunto de mandatos que haya que averiguar y obedecer; es esa unificación. Hacerla es el trabajo, y quienes lo hacen quedan emparentados por la obra, no por la doctrina.

Y hay una asimetría en la lista que conviene oír: «esos son mis hermanos y mi madre». Hermanos y madre — no padre. En un evangelio que llama Padre Viviente a la fuente (Logion 3) y donde la filiación es la clave de todo, el lugar del padre no puede ser ocupado por nadie más. Los que hacen la voluntad son hermanos entre sí y son madre — es decir, los que engendran, los que dan a luz lo que oyeron y guardaron (Logion 79: dichosos los que han oído la palabra y la han guardado). Ser madre del Viviente es producirlo, hacerlo nacer en el mundo desde dentro. Pero padre solo hay uno, y no es de este lado: si lo fuera, volvería la jerarquía, volverían los que preguntan quién será grande sobre nosotros (Logion 12).

Queda entonces una comunidad rara, que es la única que este evangelio admite. No una iglesia con vértice, no un grupo de seguidores alrededor de un maestro — porque el maestro ya dijo que no lo es (Logion 13). Hermanos y madres: gente unida por hacer lo mismo y por engendrar lo mismo, sin nadie por encima, con el único Padre en un lugar donde nadie puede instalarse. Los que están fuera no están excluidos por castigo; están fuera de esa obra. Y la puerta, como siempre en Tomás, no tiene cerradura: basta entrar a hacer.

Camino desde aquí: 55 · 79 · 12 · 22 · 105

Logion 100 — Lo que es mío, dádme lo

Le mostraron a Jesús una moneda de oro y le dijeron: Los hombres del César nos exigen tributos. Él les dijo: Dad al César lo que es del César, dad a Dios lo que es de Dios, y lo que es mío, dádme lo.

La primera mitad es célebre y se lee como una fórmula de reparto: hay una esfera civil y una esfera religiosa, y a cada una lo suyo. Pero Tomás añade una tercera cláusula que nadie más recoge, y esa cláusula desbarata la simetría entera. Si a cada uno se le da lo que le corresponde, ¿qué queda para el que habla? ¿Qué es lo que no es ni del César ni de Dios?

Hay quien ha leído aquí una pretensión de rango — Jesús situándose como tercera instancia, junto al poder temporal y al divino. Pero el evangelio ha desmontado esa figura demasiadas veces: no soy tu maestro (Logion 13), no soy repartidor (Logion 72). Y hay una lectura más fiel al conjunto, que además explica por qué la frase suena a exceso: lo que es «mío» no es una parcela más en el reparto — es lo que no admite reparto.

Porque los dos primeros mandatos funcionan con la misma lógica: identificar la marca y devolver el objeto a su dueño. La moneda lleva la imagen del César, luego es suya. Y lo de Dios se devuelve a Dios. Pero el que habla es el Viviente, y de él este evangelio ha dicho que es la luz que está sobre todo, que de él salió el Todo y a él llegó (Logion 77), y que quien conoce el Todo pero no se conoce a sí mismo carece de todo (Logion 67). Lo suyo, entonces, no es una parte: es el que da. Es tú. El tercer mandato no pide un tribu

to más — pide al contribuyente. Dad al César sus monedas, dad a Dios sus templos, y dadme lo único que no lleva la imagen de nadie: eso que en vosotros mira, que no pertenece al mundo ni a la religión, que ninguna de las dos administraciones puede reclamar porque ninguna lo acuñó.

Y ahí la frase deja de ser una pretensión y se vuelve un desenmascaramiento. La pregunta original era práctica y algo tramposa — hay que pagar impuestos, dínos qué hacer. Las dos primeras respuestas la satisfacen y la agotan: paga lo que debes, cumple con lo religioso. Todo en orden, todo repartido, nada tuyo comprometido. La tercera cláusula rompe esa comodidad: mientras te ocupabas de a quién debías qué, no habías advertido que tú mismo estabas fuera de la lista. Se puede pasar la vida cumpliendo escrupulosamente con el César y con Dios, y no haber dado jamás lo único que se pedía.

Nótese, por último, que «dar» aquí no significa perder. Lo que se entrega al César se va; lo que se entrega a Dios se ofrenda. Lo que se da al Viviente se recupera siendo — porque devolverse a la fuente es descubrir que se es de ella (Logion 49: de él salisteis y a él volveréis). El tercer tributo es el único que enriquece al que lo paga.

Camino desde aquí: 77 · 67 · 49 · 72

Logion 101 — Amar y odiar como yo

Jesús dijo: Quien no odie a su padre y a su madre como yo, no podrá ser discípulo mío. Y quien no ame a su padre y a su madre como yo, no podrá ser discípulo mío. Porque mi madre me dio a luz, pero mi verdadera madre me dio la Vida.

El dicho retoma el Logion 55 y hace algo que parecía imposible: exige las dos cosas a la vez. Hay que odiar como él y hay que amar como él, y no en momentos distintos ni respecto de personas distintas — respecto de los mismos padres. Cualquier otro texto habría elegido; este pone las dos exigencias una junto a otra y añade, al final, la clave que las reconcilia.

Y la clave está en la distinción entre las dos maternidades. «Mi madre me dio a luz, pero mi verdadera madre me dio la Vida.» Dos madres: la que engendra la forma y la que da lo que no nace. La primera es real, concreta, la mujer que lo trajo al mundo — no se la niega ni se la desprecia. La segunda es la fuente, aquello de lo que se sale y a lo que se vuelve (Logion 49), la que da esa Vida que en este libro se escribe con mayúscula porque no es la biológica: es lo que encuentra el que ha sufrido (Logion 58), lo que el niño de siete días sabe dónde está (Logion 4).

Con esa distinción, la doble exigencia se ordena. Odiar a los padres — en el sentido semítico ya visto, desvincularse — es dejar de recibir de ellos la identidad: no ser ya lo que ellos hicieron de uno, romper el hilo por el que la vida prestada se transmitía como si fuera propia. Es lo que el Logion 55 pedía con dureza. Y amarlos como él los ama es lo que se hace posible después: quererlos sin n

ecesitarlos, sin deberles el ser, sin exigirles que sigan siendo el espejo que confirma quién soy. Ese amor no es una concesión posterior al desapego — es su fruto exacto. Solo el que ya no cuelga de alguien puede amarlo sin devorarlo (Logion 87: miserable el alma que depende).

Y el orden en que se dicen las dos exigencias importa. Primero odiar, después amar; no al revés. Porque el amor que no ha pasado por la desvinculación es dependencia con buen nombre, y suele ser el más pegajoso: se llama devoción filial, lealtad, gratitud — y es la manera más difícil de detectar en que un ser humano sigue sin nacer. El evangelio, que en el Logion 25 mandaba amar al hermano como a la propia alma, no está pidiendo aquí menos amor sino un amor sin deuda.

Léase entonces la fórmula final como lo que es: no una desautorización de la madre carnal, sino una precisión sobre lo que cada una dio. A una se le debe la forma — y a la forma se la honra, se la cuida, se la quiere. A la otra se le debe lo que uno es, y a eso no se le debe nada, porque no se puede deber lo que se es. Quien distingue las dos deudas puede por fin amar a su madre sin confundirla con el origen.

Camino desde aquí: 55 · 49 · 87 · 79 · 105

Logion 102 — Los fariseos y el pesebre

Jesús dijo: ¡Ay de ellos, los fariseos! Se parecen a un perro echado en el pesebre de los bueyes: ni come él ni deja comer a los bueyes.

La imagen viene de la fábula antigua y es de una eficacia insuperable: el perro tumbado sobre el heno, que no puede alimentarse de él y sin embargo gruñe a quien podría. Es la misma acusación del Logion 39 — han recibido las llaves y las han escondido; no entraron ellos y a los que querían entrar no se lo permitieron — pero ahora sin argumentos, condensada en una estampa que no admite réplica.

Lo esencial está en la naturaleza del bloqueo. El perro no odia el heno: no le sirve. Su especie no está hecha para digerirlo. Y ese es el retrato más fino del intermediario religioso que este evangelio traza: no es un malvado que priva a otros de lo bueno por crueldad, es alguien para quien el alimento que custodia no es alimento. Maneja lo sagrado sin nutrirse de ello — porque lo trata como material de gestión, de erudición, de autoridad, y ninguna de esas funciones alimenta. Ahí está la esterilidad del Logion 39: no entrar en ellos. Y no por falta de acceso: por falta de hambre (Logion 69).

Pero el dicho añade algo que el 39 no decía, y es lo más incómodo: la posición. El perro no está lejos del pesebre — está echado encima. No basta con no comer; ocupa el sitio del que comería. Y esa ocupación es lo que convierte una esterilidad privada en un daño público. Cualquiera puede no tener hambre, y no pasa nada; el

problema empieza cuando el que no tiene hambre se instala sobre la comida de los demás. Es la crítica exacta a toda mediación que se vuelve imprescindible: no ha inventado nada, no aporta alimento, y sin embargo ninguna boca llega al heno sin pasar por su gruñido.

Y aquí conviene volver la imagen hacia dentro, como hemos hecho con la aldea del Logion 31 y con los cerdos del Logion 93, porque el evangelio no está escrito para que el lector se indigne con los fariseos de hace veinte siglos. Cada uno tiene su perro en el pesebre: esa parte de sí que se ha instalado sobre lo que podría nutrirle y no le deja llegar. La que convierte cada intuición en tema de estudio, la que administra la propia vida espiritual como un cargo, la que sabe mucho y no come nada. Ocupa el sitio, gruñe cuando algo se acerca a alimentarse de verdad, y lo hace con las mejores razones. El «¡ay!» del dicho es una lamentación, no un insulto — y es una lamentación por algo que ocurre dentro de cualquiera que lleve tiempo en esto.

Caminos desde aquí: 39 · 31 · 69 · 93

Logion 103 — Dichoso el que sabe por d ónde entran

*Jesús dijo: Dichoso el hombre que sabe por qué parte entrar
án los ladrones, para levantarse, reunir sus fuerzas y ceñirs
e los lomos antes de que entren.*

El dicho retoma la imagen del Logion 21 — el dueño de casa que vigila contra el ladrón, la orden de ceñirse con fuerza — y la afina con un matiz decisivo. Allí la instrucción era general: vigilad frente al mundo. Aquí la bienaventuranza recae sobre un saber muy concreto: saber por qué parte entrarán.

La diferencia es toda práctica. Vigilar en abstracto es agotador e inútil: nadie puede custodiar un perímetro entero indefinidamente, y el que lo intenta acaba tenso y desprotegido a la vez. Lo que hace posible la vigilancia real es conocer el punto débil propio — la ventana que no cierra bien, la puerta que uno siempre deja entornada. Cada casa tiene la suya, y no son iguales: a uno lo saquean por la vanidad, a otro por el miedo, a otro por la impaciencia o por el deseo de agradar. Los ladrones — todo lo que roba presencia, según el Logion 21: la prisa, el ruido, la opinión ajena — no entran por donde quieren; entran por donde pueden. Y por dónde pueden es un dato personal, averiguable, que la mayoría prefiere no averiguar.

De ahí que la bienaventuranza esté puesta sobre el conocimiento y no sobre la fuerza. Dichoso el que sabe. Es una forma menor y muy concreta del conócete a ti mismo del Logion 3: no el autoconocimiento metafísico, sino el inventario honesto de las propias gr

ietas. Y es notable que este evangelio, tan poco dado a la introspección psicológica, dedique un dicho entero a ella. Porque sin ese saber, todo lo demás — el reposo, la unificación, la firmeza de mano del Logion 98 — se pierde por la misma rendija de siempre, una y otra vez, con la regularidad de una avería doméstica.

Los tres verbos del final describen la respuesta y su orden es exacto: levantarse, reunir las fuerzas, ceñirse los lomos. Levantarse es salir del sueño — dejar la posición horizontal del que no espera nada, que es la de casi todo el mundo (Logion 28). Reunir las fuerzas es recoger lo disperso: la energía repartida en veinte frentes no sirve para ninguno, y unificarla es la versión práctica de hacer de los dos uno (Logion 22). Ceñirse los lomos es el gesto del que se prepara para trabajar o caminar, la ropa recogida para no tropezar. Nada de esto es defensivo en el sentido de encerrarse: es disponerse.

Y todo ello, subraya el dicho, «antes de que entren». Después no hay nada que hacer — cuando el ladrón está dentro, ya se llevó lo que venía a llevarse, y uno lo advierte, como la mujer de la jarra, al dejar el peso en el suelo (Logion 97). La vigilancia no es una virtud que se practique durante el robo. Es lo que se hace en los días tranquilos, cuando nada pasa y por eso parece que no hace falta

Camino desde aquí: 21 · 97 · 98 · 22 · 3

Logion 104 — Cuando el novio salga

Le dijeron: Ven, oremos hoy y ayunemos. Jesús dijo: ¿Qué pecado he cometido, o en qué he sido vencido? Pero cuando el novio salga de la cámara nupcial, entonces que ayunen y que oren.

La propuesta suena piadosa: oremos y ayunemos hoy. Y la respuesta de Jesús empieza con una pregunta que desconcierta — ¿qué pecado he cometido? Con ella queda al descubierto el supuesto o culto de toda práctica penitencial: se ayuna y se ora porque algo falta o algo falla. La oración así entendida es reparación de una distancia; el ayuno, expiación de una culpa. Quien propone rezar y ayunar está dando por sentado que hay deuda pendiente y separación que salvar. Y Jesús pregunta, con sencillez desarmante, cuál — dónde está la falta, en qué ha sido vencido.

Es la misma demolición del Logion 6 y del Logion 14, donde las cuatro preguntas rituales quedaron sin respuesta o fueron declaradas dañinas. Pero aquí el argumento no es que las prácticas separen: es que no hay ocasión para ellas. Porque lo que está ocurriendo es una boda.

«Cuando el novio salga de la cámara nupcial, entonces que ayunen y que oren.» La cámara nupcial es el lugar al que solo entran los solitarios (Logion 75), la imagen de la unión donde ya no hay dos. Mientras el novio está dentro — mientras dura la unión, mientras la separación no existe — ayunar y orar sería absurdo, como llorar en mitad de una boda. No hay a quién dirigir la súplica: no hay distancia que cubrir. La práctica de la carencia solo tiene sen

tido en el tiempo de la carencia, y ese tiempo, dice el dicho, es el de después.

Y aquí está lo más fino, que suele pasarse por alto. Jesús no dice que nunca haya que ayunar ni orar. Dice cuándo: cuando el novio salga. Es decir, cuando el reconocimiento se retira — porque se retira. Nadie permanece en la cámara nupcial sin interrupción; hay días en que la unidad es evidente y días en que no queda de ella más que el recuerdo de que un día lo fue. Para esos días — los días de ausencia, los de sequía, los que cualquiera que camine un tiempo conoce bien — las prácticas recuperan su función. No como mérito ni como pago, sino como lo que hace un ser humano cuando ha visto y ya no ve: mantener el gesto, guardar la orientación, esperar sin dormirse. El ayuno y la oración no son el camino, pero son lo que se hace en la intemperie.

Con lo cual este evangelio, que parecía haber abolido toda práctica, le da al final su lugar exacto: subordinado, temporal y honesto. Cuando estás en la boda, celebra — no finjas penitencia por respeto a la costumbre. Cuando el novio ha salido, ayuna y ora — no finjas plenitud por vergüenza de tu sequía. En ambos casos se pide lo mismo, que es lo único que este libro pide siempre: no mentir (Logion 6).

Camino desde aquí: 6 · 14 · 75 · 27

Logion 105 — Hijo de prostituta

Jesús dijo: Quien conozca al padre y a la madre, ¿será llamado hijo de prostituta?

El dicho es breve, tiene forma de pregunta y su tono es amargo. Y su dificultad está en decidir si la pregunta espera un sí o un no — la sintaxis copta admite ambas cosas, y quizá esa ambigüedad se a el punto.

Si se lee esperando un no, el sentido es directo: quien conoce a su s padres tiene linaje acreditado, y nadie podrá llamarlo bastardo. Pero entonces el dicho sería trivial en un evangelio que acaba de exigir soltar padre y madre (Logia 55, 101), y que ha insistido en que la filiación real no es de sangre sino del Padre Viviente (Logion 3, Logion 99). Difícilmente Tomás va a celebrar aquí la respetabilidad genealógica.

Léase, pues, esperando un sí — como una constatación resignada — y el dicho encaja con todo lo demás, y duele. Quien conoce al padre y a la madre verdaderos — es decir, quien ha reconocido su origen real, la fuente de la que salió (Logion 49), la madre que da la Vida y no solo la forma (Logion 101) — ese será llamado hijo de prostituta. Precisamente ese. Porque a los ojos del mundo, el que ya no se reconoce en su linaje carnal, el que ha soltado la identidad heredada, aparece como alguien sin padre conocido: un desarraigado, un ilegítimo, alguien que reniega de los suyos. La sociedad no tiene otra categoría para él. El que ha nacido de otro modo será tratado como el que nació mal.

Es, entonces, otra formulación del precio que este evangelio nun

ca oculta. El que despierta rompe la casa (Logion 16), es perseguido (Logion 68), no encuentra dónde reclinar la cabeza (Logion 86), no es aceptado en su aldea (Logion 31). Aquí se añade la forma social más humillante de ese rechazo: la sospecha sobre su origen. Y hay una ironía terrible en el insulto elegido, porque es exactamente al revés: solo el que conoce a su verdadero padre y a su verdadera madre puede ser llamado ilegítimo, ya que solo él ha dejado de acogerse a la legitimidad que el mundo reparte. El estigma cae, con precisión perfecta, sobre el único que sabe de dónde viene.

Queda un tercer sentido, más luminoso, si se recuerda que en este libro la unión de los opuestos es la meta. Conocer al padre y a la madre — a los dos, no a uno — es haber hecho del macho y la hembra uno solo (Logion 22), haber reunido en sí las dos mitades. Ese es el que se hace uno solo, el monachos, y también ese es el que resulta incomprensible para un mundo que clasifica por mitades. Al que ha integrado ambos orígenes no se le puede asignar linaje, porque los linajes se cuentan por una sola línea. De ahí el insulto: no hay nombre limpio, en la lengua del mundo, para el que ya no es hijo de una parte.

Camino desde aquí: 101 · 55 · 22 · 31 · 68

Logion 106 — Hijos del hombre

Jesús dijo: Cuando hagáis de los dos uno, os haréis hijos del hombre; y si decís «Montaña, muévete», se moverá.

Aquí se cierra el eje mayor del evangelio. La fórmula «hacer de los dos uno» apareció en el Logion 4 como destino del anciano y el niño, en el Logion 11 como la pregunta abierta que dejaba al lector con su ser-dos, y en el Logion 22 como programa completo — dentro y fuera, arriba y abajo, macho y hembra. Ahora vuelve por última vez y añade lo que faltaba: el nombre de lo que se llega a ser.

«Os haréis hijos del hombre.» La expresión resulta desconcertante en un libro que ha hablado de ser hijos del Padre Viviente (Logion 3), y su fuerza está precisamente ahí. No dice que os haréis dioses ni ángeles ni seres celestiales — dice hijos del hombre. Es decir: seres humanos plenos. Y esa es la afirmación más antiespiritualista y más liberadora del texto. La meta no es dejar de ser hombre para convertirse en otra cosa; la meta es llegar a serlo del todo. Lo que llamamos condición humana ordinaria — la vida dividida, el yo que se defiende, la existencia como carencia — no es lo humano: es lo humano incompleto. Hijo del hombre es el que ha llegado a la especie, el que ya es lo que un ser humano es cuando no está partido.

Y de ahí el reencuentro con el Logion 48, que prometía la misma montaña a los dos que hacen la paz en una casa. Los dos dichos dicen lo mismo desde dos escalas: allí eran dos personas o dos mitades reconciliándose en una casa; aquí es la unificación entera. Y

la promesa se repite palabra por palabra, porque la consecuencia es idéntica. Mover montañas no es un poder añadido que se otorgue al unificado como premio: es lo que aparece cuando la energía deja de consumirse en el frente interior. Casi toda la fuerza de una vida se gasta en sostener la propia división — en justificarse, en resistirse, en mantener las dos versiones. Quien deja de estar partido dispone de golpe de una potencia que antes se anulaba a sí misma, y las montañas que se mueven son, casi siempre, las que uno mismo levantó.

Nótese, por último, el verbo que gobierna la frase, igual que gobernaba el Logion 22: cuando hagáis. No cuando lo entendáis, no cuando lo creáis, no cuando muráis. Es obra, y obra presente, disponible en cada ocasión en que la división comparece — cada vez que lo de dentro se atrinchera contra lo de fuera, cada vez que una mitad exige a otra completarla. Ahí, cada vez, se puede hacer de los dos uno. Y el que lo hace no obtiene un título celeste. Se convierte, por fin, en un hombre.

Caminos desde aquí: 22 · 4 · 11 · 48 · 61

Logion 107 — La oveja mayor

Jesús dijo: El Reino se parece a un pastor que tenía cien ovejas. Una de ellas, la mayor, se extravió. Él dejó las noventa y nueve y buscó a esa una hasta que la encontró. Después de haberse fatigado, dijo a la oveja: Te quiero más que a las noventa y nueve.

La parábola es conocida, pero Tomás introduce dos variantes que cambian su sentido por completo. En la versión canónica, la oveja perdida es la pequeña, la débil, y el pastor la busca por misericordia: es la parábola del amor que se inclina hacia el más frágil. Aquí la oveja extraviada es la mayor — la más grande, la más valiosa del rebaño — y la frase final no habla de compasión sino de preferencia: te quiero más que a las noventa y nueve.

Con eso, la parábola deja de ser una lección sobre la misericordia y se vuelve una sobre el valor. ¿Qué es lo que se pierde y que vale más que todo el resto junto? El evangelio ya lo ha dicho de muchas maneras: el pez grande entre los pequeños (Logion 8), la perla que hace vender toda la mercancía (Logion 76), el tesoro que no perece. Es lo único que no es un contenido más de la vida: aquello que uno verdaderamente es. Y de ello se dice aquí algo terrible y exacto — que es precisamente lo que se extravía. Lo más grande es lo que se pierde primero, y se pierde sin ruido, mientras las noventa y nueve cosas pequeñas siguen ahí, contadas, en su sitio. Es la jarra del Logion 97: el asa se rompe y la harina se va, y todo parece intacto.

El pastor deja las noventa y nueve. La aritmética es escandalosa y

es la del mercader de la perla: se abandona lo mucho por lo uno, no por generosidad sino por proporción — porque lo uno vale más que lo mucho. Toda vida que busque de verdad tendrá que hacer esa cuenta absurda alguna vez: soltar noventa y nueve ocupaciones legítimas (Logion 64: los invitados con excusas razonables) para ir tras lo único que se ha perdido y no se nota que falta.

Y luego el detalle que Tomás añade y que nadie más: «después de haberse fatigado». El pastor se cansa. La búsqueda tiene un precio, y el evangelio no lo esconde aquí más que en el Logion 2, donde había que buscar sin cesar hasta encontrar, y turbarse. Lo que se recupera no se recupera fácil. Pero nótese quién se fatiga: el pastor, no la oveja. La oveja solo estaba perdida. Y si en esta parábola el pastor es lo divino — o, en la clave de este libro, el fondo de uno mismo buscando a lo que se le extravió de sí —, entonces lo que se dice es que el esfuerzo corre por cuenta de la fuente, no del extraviado. A la oveja no se le reprocha nada; se le declara un amor preferente. No por haberse portado bien, sino por lo que es.

Caminos desde aquí: 8 · 76 · 97 · 2

Logion 108 — Quien beba de mi boca

Jesús dijo: Quien beba de mi boca llegará a ser como yo; yo mismo llegaré a ser él, y las cosas ocultas se le revelarán.

Es la afirmación más audaz del evangelio y el punto al que apuntan más caminos del libro. Todo lo que se ha dicho sobre el maestro que no es maestro, sobre el manantial que él solo mide, sobre las tres palabras que no pueden escribirse, converge aquí en una fórmula de reciprocidad total.

«Quien beba de mi boca.» La imagen es de una intimidad extrema y elegida con cuidado: no de mi mano, no de mi enseñanza — de mi boca. Beber de la boca de alguien es recibir lo que está en el instante mismo de ser dicho, sin intermediario, sin texto, sin doctrina. Es el aparte del Logion 13, donde Tomás bebió del manantial burbujeante y se embriagó. Y remite también al Logion 74: los muchos alrededor del pozo no beben porque el agua no está en el brocal. Aquí se dice dónde está: en la boca del Viviente, es decir, en la palabra viva mientras ocurre — no en lo que quedó escrito de ella. Que este mismo libro esté hecho de palabras escritas es una paradoja que el evangelio asume sin resolverla: la letra puede señalar la boca, no sustituirla.

«Llegará a ser como yo.» Ninguna religión de la distancia puede decir esto. No dice que el discípulo será perdonado, salvado, admitido — dice que será como él. Es la consecuencia lógica de todo el libro: si Jesús es el que viene del indiviso (Logion 61), si el Reino está dentro y fuera (Logion 3), si la luz habita en el hombre de luz (Logion 24), entonces no hay diferencia de naturaleza entre el

que enseña y el que comprende. Solo hay diferencia de reconocimiento. Y por eso el vínculo maestro-discípulo se disuelve al cumplirse: no soy tu maestro (Logion 13), porque el que ha bebido ya es lo mismo que aquello de lo que bebió.

«Yo mismo llegaré a ser él.» Aquí la frase se vuelve vertiginosa, porque invierte la dirección. No basta con que el discípulo ascienda: el maestro desciende, o mejor, ambos verbos dejan de tener sentido. Si solo se dijera lo primero, seguiríamos en una escala — alguien arriba, alguien que sube. La reciprocidad la abole: llegar a ser como él y que él llegue a ser tú no son dos movimientos sino uno solo visto desde ambos lados, y lo que ese movimiento revela es que nunca hubo dos. No es que dos se fundan; es que la dualidad se muestra como lo que era. Es el macho que ya no es macho y la hembra que ya no es hembra (Logion 22), aplicado a la última polaridad que quedaba en pie: la de maestro y discípulo.

«Y las cosas ocultas se le revelarán.» El cierre devuelve el libro a su primera página. Lo oculto se revela — no por transmisión de un secreto, sino porque ha cambiado el que mira. Las cosas ocultas del Logion 5 estaban delante del rostro todo el tiempo; lo que faltaba era alguien capaz de verlas. Beber de la boca no da información: da ojos. Y por eso el evangelio pudo abrirse prometiendo que quien encuentre la interpretación de estas palabras no gustará la muerte (Logion 1): la interpretación no era un contenido que se pudiera entregar. Era esto — llegar a ser lo que dijo las palabras.

Camino desde aquí: 13 · 1 · 74 · 22 · 61 · 5

Logion 109 — El tesoro en el campo

Jesús dijo: El Reino se parece a un hombre que tenía en su campo un tesoro escondido y no lo sabía. Y al morir se lo dejó a su hijo. El hijo tampoco lo sabía: tomó el campo y lo vendió. El que lo compró vino a arar y encontró el tesoro, y comenzó a prestar dinero con interés a quien quisiera.

Tres generaciones y un tesoro que atraviesa dos de ellas sin ser visto. El detalle repetido es lo que importa: el padre no lo sabía, el hijo tampoco. No lo perdieron por descuido ni se lo robaron — lo poseyeron, y su posesión no les sirvió de nada porque ignoraban tenerlo. Y en eso el dicho es la formulación más nítida de la tesis central del libro: el problema humano no es la carencia sino la ignorancia de lo que se tiene. Es la pobreza del Logion 3 — habitar la pobreza siendo heredero —, y es también el Logion 70, que ya avisó: lo que no se produce de dentro no permanece neutro, mata. Aquí se ve cómo: el padre muere sobre su tesoro, el hijo vende su tesoro sin saberlo. Un tesoro que no se sabe es exactamente igual a no tenerlo.

Nótese cómo lo encuentra el tercero: arando. No excavando en busca del tesoro, no siguiendo un mapa — trabajando el campo que había comprado. La faena ordinaria es lo que lo saca a la luz. Es la ley del Logion 77 en forma de parábola: parte la madera y allí estoy, levanta la piedra y allí me encontrarás. Lo escondido no se encuentra por búsqueda arqueológica sino por trato con lo que se tiene delante; el que ara está haciendo lo que hay que hacer, y por eso encuentra. Los otros dos eran dueños y no araron.

Y luego el final, que casi todos los lectores encuentran desconcertante y que algunos consideran una corrupción del texto: el que halla el tesoro se pone a prestar dinero con interés. Justo lo que el Logion 95 prohíbe expresamente. ¿Es una incoherencia? Puede leerse como advertencia, y creo que gana así. El que encuentra puede convertir el hallazgo en negocio. Es el peligro que el libro ha señalado de varias formas: el rico que debe hacerse rey y no lo hace (Logion 81), la perla arrojada donde se vuelve barro (Logion 93), el fariseo que administra sobre el pesebre lo que no come (Logion 102). Encontrar el tesoro no garantiza nada sobre lo que se hará con él. Se puede tropezar con lo esencial y montar enseguida una casa de préstamos: enseñanza cobrada, autoridad espiritual rentabilizada, el hallazgo puesto a producir interés.

Así, la parábola recorre las tres relaciones posibles con el tesoro, y ninguna es buena del todo: el que lo tiene y no lo sabe, el que lo hereda y lo malvende, el que lo encuentra y lo explota. Falta una cuarta, que el dicho calla y que el lector tiene que poner: el que lo encuentra y lo vive — el que, como el mercader de la perla, no lo suma a su hacienda sino que cambia por él todo lo demás (Logion 76).

Camino desde aquí: 70 · 76 · 95 · 77 · 3

Logion 110 — Quien ha encontrado el mundo

Jesús dijo: Quien ha encontrado el mundo y se ha hecho rico, que renuncie al mundo.

El dicho recoge en una línea el itinerario entero que los logia 56 y 80 recorrieron con la imagen del cadáver y del cuerpo. Hay un primer momento en que el mundo se encuentra — se lo conoce de verdad, se lo atraviesa, se obtiene de él lo que da. Y hay un segundo momento, que este dicho pone como consecuencia y no como alternativa: renunciar.

Lo notable es el orden, y en él está toda la sabiduría de la frase. No dice: renuncia al mundo para hacerte rico. Ni: como el mundo es malo, huye de él. Dice que quien lo ha encontrado y se ha hecho rico renuncie. Es decir, primero se entra, se conoce, se gana; después se suelta. La renuncia que este evangelio pide no es la del que huye antes de haber vivido — esa suele ser miedo con nombre noble, y deja intacto todo lo que no se atrevió a tocar. Es la del que ha tenido y sabe lo que tiene entre las manos. Solo se puede renunciar de verdad a lo que se ha poseído; lo demás es evitar.

Y por eso la renuncia, así entendida, no cuesta. Es la misma facilidad del pescador que devuelve los peces pequeños sin esfuerzo (Logion 8) y del mercader que vende su mercancía por la perla (Logion 76): quien ha encontrado el mundo ha descubierto también su medida — que era un cadáver (Logion 56), que no contenía la vida que se le atribuía. Renunciar entonces no es privarse de algo bueno: es dejar de exigirle a algo que sea lo que no es. La riqu

eza obtenida no se desprecia; se relativiza. El mundo no se abandona con desdén — se le permite volver a su sitio, como los peces a l mar.

Hay además un eco preciso del Logion 81, que pedía al rico hacer se rey y al poderoso renunciar. Aquí está la misma estructura comprimida: enriquecerse es solo la mitad del camino, y detenerse ahí es quedarse en el tener, que mantiene dos — el que tiene y lo tenido. La renuncia es lo que convierte el tener en ser. No se suelta el mundo para castigarse: se suelta porque mientras se lo sostiene, uno sigue siendo alguien que sostiene algo, y esa es exactamente la posición que impide reinar.

Léase, por último, junto al transeúnte del Logion 42, que también aparece en la ruta. Sed transeúntes: atravesar sin instalarse. Este dicho dice cómo se llega a esa ligereza — no evitando la travesía, sino habiéndola hecho entera. El transeúnte no es el que nunca entró en la ciudad. Es el que la conoció bien y siguió caminando.

Caminos desde aquí: 56 · 80 · 81 · 76 · 42

Logion 111 — Los cielos se enrollarán

Jesús dijo: Los cielos y la tierra se enrollarán en vuestra presencia, y el que vive del Viviente no verá la muerte. ¿No dice Jesús: Quien se ha encontrado a sí mismo, de él el mundo no es digno?

La imagen inicial es apocalíptica y su fuerza está en dos palabras: «en vuestra presencia». Los cielos y la tierra se enrollan — como se enrolla un pergamino leído, o una tienda que se levanta al terminar el campamento — y el que permanece mientras eso ocurre es el que mira. No dice que os enrollaréis con ellos: dice que ocurrirá delante de vosotros. Con lo cual el fin del mundo deja de ser una catástrofe futura y se convierte en una constatación de jerarquía: lo que se enrolla no es lo que sostiene la escena. El cielo pasará, y también el que está sobre él (Logion 11); lo que no pasa es aquello en lo que todo pasa.

De ahí que la segunda cláusula no sea una promesa milagrosa sino una consecuencia: «el que vive del Viviente no verá la muerte». Nótese la preposición — vive del Viviente, no con él ni para él. Se alimenta de la fuente, saca su vida de ahí y no de las formas que se enrollan. Y quien no tiene su vida puesta en lo que pasa no puede verla pasar como propia muerte. Es la promesa del Logion 1 formulada por última vez en el libro, y ya sin misterio, porque a estas alturas el lector sabe de qué está hecha: no de inmortalidad biológica, sino de un desplazamiento de la identidad — de lo enrollable a lo que asiste al enrollarse.

Y luego la extraña pregunta final, que rompe la voz del texto y cit

a a Jesús en tercera persona, como si un discípulo comentara el dicho desde fuera. Esa costura visible es interesante en sí misma: el evangelio deja ver, en su penúltimo tramo, la mano del que recopila y relaciona. Y lo que la mano hace es exactamente lo que este comentario ha venido haciendo: conectar un dicho con otro, remitir a lo dicho antes. Cita, en efecto, la fórmula del Logion 56 y del 80 — de él el mundo no es digno — pero cambia el sujeto: allí era «quien ha encontrado el mundo» o «el cuerpo»; aquí es «quien se ha encontrado a sí mismo».

Y esa sustitución es la última pieza. El itinerario del libro queda cerrado en una sola línea: encontrar el mundo (56), encontrar el cuerpo (80), encontrarse a sí mismo (111). Son tres estaciones del mismo recorrido, y solo la tercera es el destino. Porque el que se ha encontrado a sí mismo — el que ha reconocido la luz que está dentro del hombre de luz (Logion 24), el que conoce al que conoce (Logion 67) — es el que puede ver enrollarse cielos y tierra sin que le tiemble nada. El mundo no es digno de él, no por desprecio, sino por escala: nada de lo que se enrolla puede medir a aquello ante lo cual se enrolla.

Camino desde aquí: 56 · 80 · 11 · 67 · 1

Logion 112 — Ay de la carne y del alma

Jesús dijo: ¡Ay de la carne que depende del alma! ¡Ay del alma que depende de la carne!

Dos lamentos simétricos, y la simetría es la enseñanza. El Logion 87 ya había planteado el problema del depender; aquí se lo lleva a la relación fundamental — cuerpo y alma — y se lo declara doblemente maldito, sin permitir que ninguno de los dos términos quede como el bueno.

La segunda mitad es la que cualquier tradición espiritual reconocería: ay del alma que depende de la carne, es decir, del ser interior sometido al apetito, a la sensación, a la reacción del cuerpo. Es el hombre al que el león se ha comido (Logion 7), el que cree elegir mientras lo vive el instinto. Nada nuevo — todas las ascesis han dicho esto.

Lo original es la primera mitad, y es lo que impide leer el dicho como espiritualismo: ay de la carne que depende del alma. También eso es una desgracia. Un cuerpo sometido al alma — al proyecto, a la idea, a la exigencia espiritual — es un cuerpo violentado. Es el ascetismo que se martiriza, el que ayuna hasta engendrar pecado (Logion 14), el que trata la propia forma como enemiga o como instrumento. Este evangelio, que se maravilla de que tanta riqueza habite en tanta pobreza (Logion 29) y que llama cuerpo al mundo entero como manifestación de la luz (Logion 80), no puede aceptar que la vida interior se construya aplastando la carne. Sería, otra vez, montar dos caballos: dividir el ser en amo y siervo y llamar a eso espiritualidad.

Lo maldito, entonces, no es la carne ni el alma: es la palabra que se repite en ambas frases. Depender. Toda relación de dependencia entre las dos supone que son dos — y ahí está el diagnóstico exacto. Mientras se pregunte cuál manda, se ha aceptado la partición; y sobre una partición aceptada solo caben tiranías alternas. Este dicho no viene a arbitrar el conflicto: viene a declarar que el conflicto mismo es la desgracia.

¿Y qué se propone en su lugar? El libro lo ha dicho ya, y por eso este logion puede ser tan escueto: hacer de los dos uno (Logion 22), lo de dentro como lo de fuera; comer al león en lugar de matarlo (Logion 7); lavar la copa sabiendo que quien hizo el interior hizo el exterior (Logion 89). No un alma que gobierne a la carne ni una carne que arrastre al alma, sino un ser único donde la pregunta por el gobierno no tenga sentido — porque no hay dos partes que puedan gobernarse. El doble ay es el reverso exacto de la única bienaventuranza que este evangelio conoce: dichoso el que es indiviso, porque se llenará de luz (Logion 61).

Caminos desde aquí: 87 · 7 · 22 · 89 · 61

Logion 113 — Extendido sobre la tierra

*Sus discípulos le dijeron: ¿Cuándo vendrá el Reino? Jesús di-
jo: No viene cuando se lo espera. No se dirá: «Helo aquí» o
«Helo allí». Más bien, el Reino del Padre está extendido sobr-
e la tierra, y los hombres no lo ven.*

La última pregunta de los discípulos es la misma que la primera, y esa circularidad es intencionada. Han recorrido ciento doce dic-
hos y siguen preguntando cuándo. Es la pregunta del Logion 51 (¿cuándo el mundo nuevo?), del 18 (¿cómo será nuestro fin?), del 37 (¿cuándo te manifestarás?), del 24 (¿dónde estás?). La mente no se convierte por acumulación de respuestas: vuelve una y otra vez a su forma propia, que es el cuándo y el dónde. Y el evangelio, con paciencia, contesta por última vez.

«No viene cuando se lo espera.» La frase admite dos sentidos y a-
mbos operan. Uno: llega de improviso, cuando no se lo aguarda. Otro, más radical y más fiel al libro: no viene mientras se lo esper-
a — la espera misma es lo que impide su llegada, porque proyecta hacia delante lo que solo puede reconocerse ahora. Quien aguarda está mirando al futuro, y el futuro es el único lugar donde el Rei-
no no está. La expectativa no es paciencia devota: es el obstáculo (Logion 51: lo que esperáis ya ha llegado, pero no lo conocéis).

«No se dirá: helo aquí o helo allí.» Cae también el dónde, como c-
ayó en el Logion 3 con los pájaros y los peces. Ningún señalamie-
nto sirve, porque señalar supone un objeto localizado, y lo que se busca no es un objeto ni tiene lugar: es aquello en lo que hay luga-
res. Toda la industria de los sitios sagrados, de los maestros que

están en tal parte, de los estados que se alcanzan — todo eso que da desactivado en una línea.

Y entonces la afirmación que es, quizá, la más hermosa del evangelio: el Reino está extendido sobre la tierra, y los hombres no lo ven. Nótese el verbo — extendido, desplegado, tendido como una tela sobre todo lo que hay. No escondido en un rincón, no reservado a un templo: cubriéndolo todo, a plena luz, en la superficie. Es la culminación del Logion 5 (conoce lo que está delante de tu rostro) y del 77 (parte la madera, ahí estoy). Y el problema no es su ausencia, ni su lejanía, ni su dificultad. El problema es la ceguera: los hombres no lo ven. Nada falta, salvo mirar.

Con lo cual el evangelio entrega, en su penúltimo dicho, la clave que puso en el primero. Quien encuentre la interpretación de estas palabras no gustará la muerte (Logion 1) — y la interpretación resulta ser esto: que no había nada que interpretar en el sentido de descifrar un enigma lejano. Todo estaba dicho, todo estaba extendido, todo estaba delante. Las palabras eran secretas solo porque señalaban lo demasiado evidente, y lo evidente es el último escondite. El Reino no vendrá. Está tendido sobre la mesa donde le es.

Camino desde aquí: 3 · 51 · 5 · 77 · 1

Logion 114 — Hacerse varón

Simón Pedro les dijo: Que Mariam se aleje de nosotros, porque las mujeres no son dignas de la Vida. Jesús dijo: Mirad, y o la guiaré para hacerla varón, de modo que ella también llegue a ser un espíritu viviente semejante a vosotros, los varones. Porque toda mujer que se haga varón entrará en el Reino de los cielos.

El evangelio termina con su dicho más difícil, y no hay manera honesta de comentarlo sin decir primero lo obvio: leído literalmente, es misógino. Afirma que las mujeres no entran en el Reino como mujeres. Muchos estudiosos lo consideran un añadido tardío, ausente del núcleo original; su tono desentona con un texto que ha hecho de Mariam y de Salomé interlocutoras de primer orden — Mariam pregunta y recibe respuesta en el Logion 21, Salomé obtiene la declaración de identidad más importante del libro y se proclama discípula en el 61. Ninguna de las dos necesitó hacerse varón para eso. Sea añadido o no, el comentario tiene que hacerse a cargo del texto tal como llegó.

Empecemos por quién habla primero, porque es decisivo. La frase misógina no es de Jesús: es de Pedro. Y Pedro, en este evangelio, es el personaje que se equivoca — el que en el Logion 13 comparó al Viviente con un ángel justo, la respuesta religiosa que mantiene la distancia. Aquí vuelve a hacer lo que sabe hacer: excluir, clasificar, decidir quién es digno. Su intervención es un ejemplo perfecto de lo que el libro entero combate: el ser-dos aplicado a las personas, la separación convertida en criterio de acceso. Que el evangelio ponga esa frase en su boca, y no en la de Jesús, es ya un

a toma de posición.

La respuesta de Jesús acepta el marco lingüístico de Pedro — habla de hacerse varón — y lo vacía por dentro. Porque «varón», en el vocabulario simbólico de este texto y de su tiempo, no designa la anatomía sino un polo: lo activo frente a lo receptivo, lo que engendra frente a lo engendrado. Y el Logion 22, que es la ley del libro, ya dijo qué hay que hacer con esa polaridad: hacer del macho y de la hembra uno solo, de modo que el macho no sea macho ni la hembra sea hembra. Es decir, no convertir lo femenino en masculino, sino desactivar ambos como identidades últimas. Leído desde ahí, «hacerse varón» no puede significar volverse hombre — significaría lo contrario de lo que el evangelio ha pedido ciento trece veces.

¿Qué significa entonces? Lo que la propia frase dice a continuación, y que suele quedar tapado por el escándalo de la primera parte: «de modo que llegue a ser un espíritu viviente». Ese es el objetivo, y no es masculino ni femenino. La expresión «hacerse varón» funciona aquí como la fórmula convencional para nombrar el paso de lo pasivo a lo activo — de ser vivido a vivir, de recibir la identidad a producirla desde dentro (Logion 70). Y ese paso se le exige exactamente igual al hombre: los varones a los que se la compra no están dispensados de nada. Toda la enseñanza del libro va dirigida a hombres que también deben dejar de ser lo que son — hacerse pequeños (Logion 46), desnudarse (Logion 37), morir a padre y madre (Logion 55), hacerse hijos del hombre (Logion 106). Nadie entra tal como está.

Queda, y hay que decirlo sin adorno, que el texto usa un lenguaje

que consagra una jerarquía: toma lo masculino como término del progreso. Eso es de su época y no del contenido de su enseñanza, y el propio libro ofrece los instrumentos para desmontarlo. El Logion 22 es más antiguo y más central que este, y dice lo mismo sin jerarquía: ni macho ni hembra. El Logion 61 pone la fórmula definitiva en un diálogo con una mujer que no tiene que transformarse en nada para recibirla. Si hay que leer el 114 desde el 22 o el 22 desde el 114, la elección es clara: se lee lo periférico desde lo central.

Y así el evangelio cierra, curiosamente, con una lección sobre cómo leerlo. La última palabra del texto es una dificultad, no una síntesis — un dicho que obliga al lector a hacer exactamente lo que el Logion 1 le pidió al empezar: encontrar la interpretación. No se le entrega resuelta; se le entrega la piedra que los constructores rechazan, y con ella la responsabilidad. Quien lea el último logion sin el resto, entenderá lo contrario del libro. Quien lo lea desde el conjunto, verá que dice lo de siempre: que hay que dejar de ser dos — y que Mariam, callada en toda la escena, no necesitaba que se lo dijeran.

Apéndice de variantes

[Este apéndice recoge las diferencias relevantes entre el texto copto de Nag Hammadi (NHC II,2) y los fragmentos griegos de Oxirrinco (P. Oxy. 1, 654, 655). Crecerá con el manuscrito.]

Logion 2. El fragmento griego P. Oxy. 654 añade un paso final ausente del copto: «y habiendo reinado, descansará» (anapaēsetai). La secuencia completa griega es: buscar — encontrar — turbarse — maravillarse — reinar — descansar. El comentario sigue la sec

uencia larga por considerar el reposo (anapausis) término clave del evangelio (véanse los logia 50, 60, 90).

Logion 5. P. Oxy. 654 añade al final: «y nada hay sepultado que no vaya a ser resucitado», frase ausente del copto y atestiguada también en un sudario funerario del siglo V-VI hallado en Oxirrincos.

Logion 30. El pasaje está dañado en el copto y difiere sustancialmente del griego. P. Oxy. 1 dice aproximadamente: «Donde hay tres, son sin Dios; y donde hay uno solo, yo digo: yo estoy con él». El copto de Nag Hammadi habla de «tres dioses» y añade «dos o uno». El comentario sigue el copto por ser el único testimonio completo, pero la lectura griega refuerza el mismo eje: la presencia decrece con el número.

Logion 36. El fragmento griego P. Oxy. 655 conserva una versión considerablemente más larga, con la mención de los lirios que no cardan ni hilan y una pregunta sobre quién puede añadir algo a su estatura. El copto de Nag Hammadi reduce el dicho a la fórmula breve que sigue el comentario.

Logion 42. El copto admite al menos dos traducciones: «sed transeúntes» (o «sed pasajeros») y «llegad a ser al pasar». El comentario desarrolla ambas por considerarlas complementarias y no excluyentes.

Logion 46. La frase copta traducida aquí como «de modo que sus ojos no se rompan» es oscura y no hay consenso. Otras versiones proponen «para que sus ojos no se aparten», «no debe bajar los ojos» o dan el pasaje por corrupto. El comentario no depende de ninguna de las lecturas.

Logion 55. El verbo copto traducido por «odiar» corresponde a un semitismo que expresa preferencia radical o desvinculación, no hostilidad afectiva. Se conserva «odiar» en el texto por fidelidad literal, y el comentario desarrolla el sentido.

Logion 61. La expresión copta traducida aquí como «el que es indiviso» se ha vertido también como «el que es igual», «el que es lo mismo» o «aquel que es idéntico». Las lecturas convergen en la ausencia de división interna, que es el sentido que desarrolla el comentario. El pasaje presenta además dudas sobre el reparto de las réplicas entre Jesús y Salomé.

Logion 65. Algunos testigos añaden que el señor, tras la muerte del hijo, castiga a los labradores; el copto de Nag Hammadi termina sin represalia, con la sola fórmula «quien tenga oídos, que oiga». El comentario sigue el copto.

Logion 105. La sintaxis copta no aclara si la pregunta espera respuesta afirmativa o negativa; ambas lecturas están atestiguadas en las traducciones. El comentario desarrolla la lectura afirmativa por coherencia con los logia 55 y 101, y recoge también la negativa.

Logion 114. Numerosos estudiosos consideran este dicho una adición tardía, ajena al núcleo original de la colección; su tono y su jerarquía de géneros contrastan con el papel de Mariam en el logion 21 y de Salomé en el 61, y con la fórmula del logion 22 («que el macho no sea macho ni la hembra sea hembra»). El comentario lee el 114 desde el 22, no a la inversa.

Camino desde aquí: 22 · 61 · 21 · 13 · 106 · 1
